



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

UC-NRLF



B 3 302 999

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
DAVIS

El Páchara físico, político é ilustrado

POR EL DOCTOR

EMILIO CONSTANTINÓ GUERRERO,

ABOGADO,

Actual Vicepresidente de la Corte Federal y de Casación
y Primer Vicepresidente del Colegio de Abogados de la República,
Miembro Honorario de la "Internationale vereinigung für vergleichende
rechtswissenschaft und volkswirtschaftslehre" de Berlín, Miembro
Corresponsal del Instituto Geográfico Argentino de Buenos Aires
y de la Sociedad Mexicana de Geografía y de Estadística de
México, Socio Honorario y Colaborador de la Sociedad
Jurídico Literaria de Quito y Miembro de otras
Corporaciones Científicas y Literarias

CARACAS
Tip. Herrera Irigoyen & Ca.
1905

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS :

Tres Tumbas (Poema en verso).....	B	1,
La Despedida (Poema en verso)		1,
Semblanza del Doctor J. M. Jáuregui.....		1,50
Ecoss de la Patria (Poesías).....		1,
Poesías escogidas.		2,
Epifanio Mora (Esbozo biográfico y juicios literarios).....		0,75
Breve Reseña de los principales sucesos políticos, sociales, económicos y religiosos verificados en La Grita durante el lapso de 1800 á 1900.....		0,50
Campaña Heroica.....		3,
Sangre Patria.....		3,
Lucfa (Novela).....		2,
El Táchira físico, político é ilustrado.....		5,

PRÓXIMAMENTE

Los Códigos Penal y de Enjuiciamiento Criminal comentados, concordados y con modelos para ilustrar el procedimiento, 2 tomos.



DEDICATORIA

Al inteligente y noble Táchira, pueblo magnánimo y viril, que, en el decurso de su vida política, ha sabido comprobar con hechos irrefutables, su constante virtud en el trabajo, su paciente abnegación en el sacrificio y su heroico denuedo en los campos de Belona; á él, en la persona del más ilustre de sus hijos, Benemérito General Cipriano Castro, Restaurador y actual Presidente Constitucional de Venezuela, dedico esta obra, con la cual quiero contribuir á la Gran Exposición de productos de la naturaleza y de la industria, del arte y de la inteligencia, decretada por el progresista General Celestino Castro, cuya liberal y acertada administración en aquel Estado, le ha conquistado justos títulos al aprecio público y una página de honor en el mármol de los benefactores patrios.

Caracas: noviembre 1º de 1905.

PRIMERA PARTE

ESTUDIO FÍSICO, POLÍTICO, ECONÓMICO, SOCIAL É INDUSTRIAL DEL TÁCHIRA

CAPÍTULO PRIMERO

Orígenes, etnografía, descubrimiento, área, situación astronómica y topografía del Táchira

EL Táchira es una de las regiones más bellas de Venezuela, y hasta hoy, de las menos conocidas y estudiadas.

Para la época en que los Conquistadores llegaron allí, estaba ocupado por más de una decena de grupos etnogénicos de aborígenes, que han desaparecido casi en su totalidad. Entre las tribus más notables, se cuentan las siguientes: los Táchiras, aguerridos y valientes, que estaban extendidos á las orillas del río de ese nombre; los Chiriqués, Chinatos y Lobateras, al Norte; ocupaban el valle donde hoy está San Cristóbal, los Oracás ó Mombunes y los Tororos, unos y otros laboriosos y buenos; los Táribas y los Jirajaras, que tenían sus bohíos pajizos en las riberas del Torbes; los Capuchos ó Capachos, los cuales se extendían desde La Popa hasta las Lo-

mas del Viento; y entre La Grita y el Lago de Maracaibo, numerosas tribus, á las cuales superaba en número, en bizarría y en denuedo, la de los Motilonés, que sostuvo contra los peninsulares una lucha de dos siglos, hasta ser arrojada por fuerza á la banda izquierda del Catatumbo y á las selvas solitarias de los ríos Tarra y Sardinata, donde aún existen sus últimos restos.

Vivían en inalterable tranquilidad, cuando un día tocó á sus puertas el intrépido Conquistador Nicolás Federmann, quien, estando á las orillas del río Apure, supo la aproximación del Adelantado Spira, y para esquivar su encuentro, abordó la valiente empresa de atravesar la Cordillera de los Andes. Fué el primero que contempló las Sierras Nevadas, y pasó por los portachuelos de las montañas andinas, hasta ir á tocar en tierras de los Muiscas en 1539.

Ocho años más tarde, siguió sus huellas Alonso Pérez de Tolosa, audaz expedicionario que subió por la banda derecha del río Apure, atravesó el Uribante, pasó por el Valle de San Cristóbal, trasmontó las Lomas del Viento y llegó al valle de Cúcuta, en territorio de Cundinamarca.

Las encantadoras descripciones que de estas tierras hicieron esos atrevidos viajeros, despertaron en los Conquistadores el deseo de ocuparlas, y con tal fin, obtuvo autorización el Capitán Juan Rodríguez Suárez, quien partió de Pamplona, donde ejercía el cargo de Alcalde Ordinario, en 1558. Acompañáronle en su empresa el Capitán San Remo, Marcos de Heredia, Francisco de Montoya y otros muchos peninsulares.

Después de haber dejado los dominios de los

Chipchas y Palenques, atravesó un hermoso río y las Lomas del Viento, entró en un valle, no muy dilatado, que llamó de Santiago, por haber llegado á él, el día del Apóstol de ese nombre, y á pocas jornadas, en otro, que nombró La Grita, «por la mucha gritería que le daban desde las cumbres los numerosos indios que estaban poblados en él», como dice Fray Pedro Simón. De allí, siguió hasta el valle de las Acequias, y á nueve leguas de las Sierras Nevadas, fundó la primitiva ciudad de Mérida.

Más luego, los Capitanes Juan Maldonado y Francisco de Cázares fundaron á San Cristóbal y La Grita, respectivamente, poblaciones que fueron las primeras erigidas por los Conquistadores en el territorio del Táchira.

Tiene éste hoy, una extensión de treinta y tres mil kilómetros cuadrados, sin tomar en cuenta las tierras que están en discusión con el Estado Zulia; y está comprendido entre los 6°45' y 8°30' de latitud boreal, y los 3°34' y 5°39' de longitud occidental del meridiano de Caracas.

Su longitud media, de Norte á Sur, es de ciento ochenta kilómetros; y su anchura, también media, de Este á Oeste, es de ciento ochenta y seis.

Su aspecto físico es tan variado como encantador. Atraviesa el territorio del Estado, de Suroeste á Noroeste, un gran ramal de montañas, que se desprende del núcleo Central de la Cordillera de los Andes en la gran altura del páramo de Tamá: éste, á su vez, da origen á multitud de sierras, montes, cerros y colinas, que van á morir, las del Norte, en las tierras llanas del Zulia; y las del Sur, en las selvas de San Camilo.

Esta irregularidad en el terreno, da al Táchira el

De Luis Manuel Ferrero.

aspecto más bello que pueda presentarse: montañas gigantescas, cuyas cumbres están cubiertas tan sólo de romero silvestre y frailejón de páramo; altiplanicies, verdes como la esperanza, donde humea la campestre choza y pastan la vaca de leche y el buey del trabajo diario; valles extensos, por cuyo medio ruedan ora caudalosos ríos como el Zulia, el Escalante y el Grita, ora riachuelos que, como los del antiguo Peloponeso, arrastran arenas de oro, como el Carira y el Orope; bosques impenetrables, donde se yerguen gigantescos árboles como el cedro, el javillo y el anacao, preciosísimas maderas de construcción; el cascarillo, que da un importante aceite; el vero y el macanillo, cuya madera es de dureza metálica; el otopo y el caraño, que producen resinas medicinales; el pino de tierra fría, cuyo follaje se abre en la altura como un paraguas, y el orumo ó yagrumo, de hojas glaucas como el liquen de las piedras; y luego, aquella variedad inagotable de frutos y de flores, de que los campos se encuentran vestidos en todas las épocas del año; aquel suelo fecundo, que produce dos cosechas anuales; aquellos pueblos y ciudades, en las cimas de los montes, unos; otros, en los flancos de los cerros, y los más, en los valles y llanuras, como fundados allí exprofeso para que adquirieran en lo porvenir un ilimitado ensanche; y aquellas éras y labranzas, ya surcadas por el arado para recibir las simientes, ya vestidas de esmeralda en el estío, ó de dorados frutos en la estación del Can; y aquellos caminos, por donde las recuas de mulas van incesantemente llevando al no lejano puerto el producto de la labor anual; y por último, aquellas gentes industriosas y buenas, que han hecho del trabajo un ídolo, y del honor, un cul-

to ; razas vírgenes, por cuyas venas circulan fluidos impulsores á todo lo grande, y en cuyos corazones palpita—en todas sus diferentes formas—el sentimiento de lo noble y de lo bello.



CAPÍTULO SEGUNDO

Límites, división territorial, organización política y datos históricos

LÍMITES.—Los límites primitivos del Táchira son los que tuvo la Villa de San Cristóbal en su fundación. Refiriéndose á ellos, dice don Andrés Josef Sánchez Cósar, en el informe que, como Teniente Gobernador y Justicia Mayor de dicha Villa, pasó á don Francisco de Alburquerque el 16 de mayo de 1782 lo siguiente: «Esta Villa de San Cristóbal fue fundada por el capitán Juan Maldonado, á nombre y con comisión de los señores de la Real Audiencia de Santa Fe (en el sitio donde antes se nombraba Valle de Santiago) en el año de mil quinientos sesenta y uno, señalándole por término de su demarcación, por el lado de la ciudad de Pamplona hasta el río que llamaban Cúcuta; por la banda de la ciudad de Mérida, hasta el sitio donde llamaban los Españoles el Pueblo Hondo; por otra parte hasta

los Llanos de Venezuela, y por la otra, hasta la Laguna de Maracaibo y brazos de Erinas, con lo demás que de la fundación (que fue aprobada por los mismos señores de la Real Audiencia) consta.»

Actualmente sus límites son: al Norte, el Estado Zulia; al Este, los Estados Mérida y Zamora; al Sur, el Estado Bolívar y Colombia; y al Oeste, la República de Colombia.

Su territorio es el que correspondía á los antiguos Cantones de la Provincia del Táchira, creada por decreto del Congreso Nacional de 14 de marzo de 1856, ensanchado con el Distrito Páez y el Municipio Elorza, del extinguido Estado Apure, los cuales le fueron agregados por la Constitución de 1904.

DIVISIÓN TERRITORIAL.—Para su administración política, judicial y municipal, el Estado se divide en Distritos, los Distritos en Municipios, y éstos en aldeas y caseríos.

Los Distritos son diez: San Cristóbal, Cárdenas, Castro, Junín, Bolívar, Lobatera, Ayacucho, La Grita, Uribante y Páez.

El Distrito San Cristóbal se compone de los Municipios siguientes: San Sebastián y San Juan Bautista, que constituyen la capital del Estado y del Distrito, y Córdoba.

El Distrito Cárdenas, de los Municipios Táriba, que es su cabecera, Sucre y Palmira.

El Distrito Castro, de los Municipios Independencia y Libertad, cabecera Independencia.

El Distrito Junín, de los Municipios Rubio y Las Delicias, cabecera Rubio.

El Distrito Bolívar, de los Municipios Ureña y San Antonio, cabecera este último.

El Distrito Lobatera, de los Municipios Lobatera y Constitución, cabecera aquél.

El Distrito Ayacucho, de los Municipios San Juan de Colón, que es su cabecera, Michelena y Castro.

El Distrito La Grita, de los Municipios La Grita, que es la cabecera, Vargas, San Simón, San Pedro y San José de Bolívar.

El Distrito Uribante, de los Municipios Pregonero, que es la cabecera, Cárdenas y San Antonio de Caparo.

Y el Distrito Páez, de los Municipios Guasualito, que es la cabecera, Palmarito, Santa Rosa de Sarare, El Amparo, La Trinidad y Elorza.

ORGANIZACIÓN POLÍTICA.—La jerarquía político-administrativa la forman el Presidente del Estado, el Primero y Segundo Vicepresidentes, el Secretario General, los Jefes Civiles de los Distritos y los de los Municipios, y los agentes de todos estos funcionarios.

El Poder Municipal se ejerce en la capital de cada Distrito por un Concejo Municipal; y en los Municipios Foráneos, por una Junta Comunal.

El Poder Judicial se ejerce por una Corte Suprema, un Juzgado Superior, un Juzgado de Primera Instancia en lo Civil, dos Juzgados de Primera Instancia en lo Criminal para dos Circuitos Judiciales, Juzgados de Distrito y de Municipio.

HISTORIA.— El Táchira, desde sus días primitivos, estuvo agregado á Mérida, y junto con esta Provincia, formó parte del Nuevo Reino de Granada, hasta 1777 en que aquélla fue incorporada á la Capitanía General de Venezuela. Para entonces se designaba con el nombre de Cantón La Grita.

En 1678, la ciudad de Maracaibo, á petición de los vecinos, como dice Oviedo, se agregó á la Pro-

vincia, la cual se llamaba DE LA GRITA, MÉRIDA Y CIUDAD DE MARACAIBO.

Habiéndose trasladado á esta ciudad, el Gobernador y Capitán General de la Provincia, Maestre de Campo, don Antonio de Vergara Azcárate y Dávila, el Gobierno pasó á ella. En 1781, á causa de algunas injusticias y exacciones cometidas por los Gobernadores, Mérida, La Grita y San Cristóbal desconocieron el Gobierno y siguieron la Revolución de los Comuneros del Socorro; pero sometidas por una expedición que comandó el Ayudante Mayor don Francisco de Albuquerque, continuaron así, hasta 1810, en que, habiendo proclamado la Revolución de 19 de abril, se separaron de Maracaibo y se constituyeron en Provincia independiente. A ella perteneció el Táchira hasta 1856, en que fué erigido en Provincia, la cual pasó en 1863 á Estado Soberano. Este se anexó al Zulia en 1867; pero recuperó su autonomía el año siguiente. En 1881 formó parte del Gran Estado Los Andes, con el nombre de Sección Táchira, y así permaneció hasta 1899, en que, por virtud de la Revolución Restauradora, adquirió nuevamente la categoría de Estado.

El Táchira concurrió al Congreso de 1811, que proclamó la independencia de Venezuela, por medio de su representante presbítero doctor Manuel Vicente de Maya, quien suscribió el Acta como Diputado por La Grita, de cuyo Cabildo trajo credencial é instrucciones privadas.

Entre los acontecimientos más trascendentales que se han desarrollado en el Táchira, se cuentan dos grandes movimientos militares, que han llegado victoriosos á la capital de la República.

En 1813, vencido el Brigadier Correa en Cúcuta

en la batalla de 28 de enero, pasó á Venezuela, y Bolívar concibió entonces el gran pensamiento de seguir con las fuerzas de su mando sobre este País, para lo cual, obtenida la autorización del Congreso de Tunja que le permitió llegar hasta Trujillo, hizo avanzar el ejército, el cual derrotó nuevamente á Correa en la Angostura de La Grita, el 13 de abril : retirados del ejército, por mezquinas rencillas, los Granadinos Manuel Castilo, Joaquín Ricaurte y Francisco de Paula Santander, con gran parte de sus compatriotas, Bolívar pidió soldados á San Antonio, San Cristóbal y La Grita, y reorganizado el ejército, emprendió la memorable campaña que, con los triunfos en Carache, Niquitao, Horcones y Taguanes, lo trajo á la Capital, en donde fué proclamado Libertador el 7 de agosto.

Y en 1899, en Capacho se inició también el vigoroso movimiento revolucionario que, con las victorias de Tononó, Las Pilas, Zumbador, Cordero, Tovar, Parapara, Nirgua y Tocuyito, trajo al General Cipriano Castro al Capitolio Federal para beneficio de los pueblos y gloria del honor venezolano.

CAPÍTULO TERCERO

Orografía, climatología, hidrografía, puertos, aguas minerales
y termales, bosques, saltos y cavernas.

MONTAÑAS.—Las montañas más elevadas del Táchira son: el páramo del Batallón, entre La Grita y Pregonero, que tiene 3.210 metros de altura sobre el nivel del mar; Las Agrías, entre Vargas y Sucre, con 3.051 metros de elevación; El Zumbador, entre Vargas y Cordero, que tiene 2.758 metros; y El Portachuelo, entre La Grita y Bailadores, cuya altura es de 2.551 metros.

En el Batallón y en las demás alturas de la Sierra á que pertenece, hay algunas veces grandes nevadas, en los meses de diciembre y enero.

CLIMAS.—En el Táchira se encuentran temperaturas iguales á las de los diferentes lugares de Venezuela, con muy pocas diferencias. En el mes de enero, marca el termómetro en la cima del

Batallón, dos grados sobre cero; y en agosto, hay lugares en las selvas de San Camilo y en los bosques de Carira, donde el calor llega á treinta y dos grados.

La salubridad del clima es general, con sólo excepción de algunas tierras paludosas. En casi todos los pueblos se encuentran ancianos que pasan de noventa años; y en algunos, como La Grita, no son pocos los casos que se presentan de individuos centenarios, como la renombrada PEYITA que, á los ciento diez y seis años, aún iba por las calles, apoyada en su bordón, pero llevando en su saquito dos ó tres libras de pan, chocolate y otras frioleras.

HIDROGRAFÍA.—Los ríos más importantes del Estado son: el Zulia-Catatumbo, que nace en territorio colombiano, y va á desembocar en el Lago de Maracaibo; el Escalante, cuya naciente está en el páramo de Nájar, en Pueblohondo, y que paga su tributo también al Lago de Maracaibo; el Grita, que nace en el páramo del Batallón y afluye en el Zulia-Catatumbo; el Uribante, que nace en el Tembladal, del mismo páramo, y es tributario del Apure; el Doradas y el Caparo, que tienen origen en la Serranía de Pregonero y caen en el Uribante; el Quinimarí y el Táchira, provenientes del páramo de Tamá, y de los cuales el primero afluye en el Torbes, y el segundo, en el Zulia; el Torbes, que nace en el Zumbador y es tributario del Uribante; el Lobatera, cuya naciente está en el páramo de Urubeca, y el cual es afluente del Grita; el Carapo, que nace en un ramal del páramo de Tamá y va á dar al Quinimarí; el Valle, que nace al pie de las Agrias y cae en el Grita; el Samparote, cuya naciente está en el mismo páramo, y el cual parte,

en dirección opuesta, á caer en el Uribante; el Río-Bobo y el San Antonio, cuyas fuentes están en el páramo de los Nogueras, y los cuales caen en el Uribante; el Aguadía y el Río Grande, entre los cuales está la ciudad de La Grita, tributarios ambos del río de este nombre; el Venegara, que nace en el Zumbador y cae en el mismo río anterior; el Yegüines, que nace en el páramo de Nájar, y va al Escalante; el Caquetría y el Morotuto, cuya nacimiento está en la serranía de La Grita y van á engrasar el río Umuquena; éste, que nace en el Cerro del Tesoro y es tributario del Escalante; el Azua y el Asa, que nacen en el ramal del Tamá y las serranías de Rubio respectivamente, y van á caer, el primero en el Quinimarí, y el segundo, en el Torbes; el Puya, el Río-negro, el Potosí y el Teseo, afluentes todos del Uribante; el Venegara y el Machado, afluentes del Grita, y de los cuales el primero nace en Pueblo-hondo, y el segundo, en el páramo del Verde; y por último, el Carira, río aurífero que nace en la serranía de La Grita y desemboca en la Ciénaga de Orope-Grande.

De estos ríos, sólo son navegables: el Zulia-Catatumbo, en toda su extensión, desde que entra en el Estado hasta que desemboca en el Lago de Maracaibo; el Grita, por el cual se viaja en canoas y bongos desde el puerto de Guamas en adelante; el Escalante, navegable desde el pueblo de Santa Cruz hasta el Lago; y el Uribante, en el cual se puede navegar desde la boca de Burgua.

HOYAS HIDROGRÁFICAS.—La cadena de montañas que atraviesa el Estado, lo divide en dos hoyas ó regiones hidrográficas, la del Lago de Maracaibo, al Norte, y la del Orinoco, al Sur: los ríos

Zulia y Escalante recogen las aguas de la primera, y el Uribante, las de la otra.

PUERTOS.—Los puertos principales del Estado son: el Táchira, en el punto en que se unen los ríos Zulia y Grita; el Escalante, sobre el río de este nombre; el de Guamas, en el río Grita; y el de Palmarito, sobre el río Apure.

LAGUNAS.—Las lagunas más notables del Táchira son: la de Buenos Aires, en el caserío de La Blanca, del Distrito Junín: está á más de dos mil metros de elevación, y tendrá trescientos metros en su mayor anchura; la de la Hoyada del Carmen, en el páramo de los Nogueras, del Distrito La Grita; la que da nacimiento al río Grande, en el mismo Distrito; y algunas otras en las selvas del Zulia. La gran altura á que se encuentran las primeras, hace allí muy sensible el desequilibrio atmosférico por la influencia del calor ó de las presiones bruscas, por lo cual, dan origen á temporales súbitos, los gritos y disparos de fusiles; y como el pueblo ignorante atribuye tal cosa á causas sobrenaturales, llama á dichas lagunas *encantadas*.

AGUAS MINERALES.—El Táchira es rico en aguas minerales. Las de Ureña, en el Distrito Bolívar, son verdaderamente un tesoro. Al pie de un mismo cerro de poca elevación, brotan varias fuentes, situadas á cortas distancias unas de otras: la primera es fría, y su principio mineralizador parece ser el sulfato de hierro; luego vienen las fuentes termales, una sulfurosa, ó sea, hidrosulfurada; otra, ferruginosa, y la más notable, llamada allí agua-hedionda, parece contener hidrógeno sulfurado en combinación con yodo y alguna otra base salificable. Esta fuente ha producido curaciones maravi-

llosas en enfermedades de la piel, vicios escrofulosos, reumatismos crónicos, supuraciones internas, úlceras rebeldes, parálisis, y sobre todo, enfermedades sifilíticas. Si el Gobierno del Estado, obteniendo esa propiedad, estableciese allí unos baños debidamente reglamentados, con su médico hidroterápico, sus casas de alojamiento y demás comodidades, formaría un sanatorio al cual concurrirían enfermos de todo Colombia y Venezuela, y que rivalizaría en éxito con el de Alhama en España y el de Leamigton en Inglaterra, cuyas fuentes contienen los mismos principios terapéuticos que la nuestra. Así, estas aguas darían todo el resultado que debe esperarse, no solamente en las enfermedades en que se han experimentado hasta ahora, sino quizá en muchísimas más. Sabida es la apreciación que Hipócrates hizo de las aguas: «No basta conocer el aire, los lugares y las estaciones; es menester poner el mayor cuidado en apreciar las virtudes de las aguas, que tanto bajo el punto de vista terapéutico, como el higiénico, son un verdadero presente de nuestro Creador;» y esta otra, más concreta todavía, del gran médico de Federico el Grande, Fridrich Hoffmann: «No hay remedio más positivo ni más general que las aguas minerales.»

Son notables también las aguas sulfurosas llamadas Agua Caliente en La Grita, eficaces para curar afecciones herpéticas, reumáticas y sifilíticas; la fuente de El Azul, también en La Grita; la ferruginosa del Torbes, á una legua al Sur de San Cristóbal, y algunas otras, aún poco conocidas.

BOSQUES.—El Táchira tiene grandes regiones de bosques vírgenes, impenetrados aún por el pie humano, y donde se yerguen á empinada altura, los

más corpulentos árboles de la Zona Tórrida. Las selvas de San Camilo, entre los ríos Uribante y Sarare, y los bosques comprendidos entre los ríos Zulia y Escalante, son una riqueza inexplorada con que el Estado cuenta para el porvenir. Y no sólo por los productos vegetales, maderas finísimas y bellas, como la caoba, el javillo, el cedro, el mijao, el vero, la haya y el anacardio; aceites, como los de cabima, cascarillo, coco, ricino, etc.; gomas y resinas, como la adraganta, la guta, la caraña, el caricare, etc.; bálsamos, como los de la Meca, el Tolú y el estoraque, etc.; plantas tintóreas, como el moral; medicinales, como el cabimo, la cuasia, la quina, la sangre de drago, el bejuco de cadena, el árbol de la otaba, el palo de cruz, etc.; sino también ricos por las minas que guardan en su seno, como lo demuestran los ríos Carira y Uribante, que arrastran oro en sus arenas, y por la multitud de animales de toda clase, que viven enseñoreados de aquellas regiones, asiento algún día de prosperidad y de grandeza.

SALTOS Y CASCADAS. Existen en el Estado algunos saltos de agua, dignos de mencionarse como curiosidad natural. El agua de la quebrada «La Blanca,» en la Aldea del mismo nombre, Distrito Junín, se precipita desde una altura de más de doscientos metros. A ser posible aumentar la cantidad de agua, tendríamos allí una fuente de energía para producir luz y movimiento en todo el territorio del Estado.

En el Distrito San Cristóbal, en la quebrada llamada de Las Monas, existe también un salto como de veinte metros de elevación, bien que la cantidad de agua que en él se precipita es menor que en el anterior.

También en jurisdicción de La Grita hay uno bellissimo. En los días de invierno, cuando los ríos están abundados, se ve en el celaje azul de la serranía que pasa al oriente de la ciudad, una como cinta de plata colgada verticalmente y prendida por la mitad, de modo que forma dos senos: es un doble salto del Rio Grande, el cual, á poco trecho de la laguna que lo origina, se precipita por la vertiente del cerro desde una altura como de treinta metros, cae en una pequeña explanada ó descanso, y vuelve luego á lanzarse con más fuerza hasta encontrar nuevamente el cauce á una distancia de más de treinta y cinco metros.

CAVERNAS.—También en los cercanías de la misma ciudad, en el sitio llamado La Honda, existe una curiosidad natural, digna de mención: una caverna, adornada de estalactitas y estalagmitas. En un terreno rocalloso, por encima del cual corre agua cargada de carbonato calcáreo, ésta se rezuma, y va á formar esas concreciones que en épocas pasadas fueron tan célebres en todas partes. La caverna no es muy grande, como otras que existen en Venezuela; pero sí son raras y multiformes las caprichosas figuras que allí se han formado.

CAPÍTULO CUARTO

Clasificación científica (1) de los animales más conocidos que se encuentran en el Estado.

PRIMER TIPO: VERTEBRADOS.

PRIMERA CLASE: MAMÍFEROS.

PRIMER ORDEN: CUADRUMANOS.

Araguato (*simia ursina*); marimonda (*simia belzebuth*); tití (*simia sciurea*); mico (*cebus capucinus*); chucuto (*simia melanocephala*). (2)

(1) He seguido en esta clasificación, el sistema de Cuvier, con las reformas racionales que han introducido en él sus continuadores. La fauna del Táchira es variadísima: representados allí todos los climas, casi lo están también todos los animales de la tierra. Con todo, no indico sino los animales que me son conocidos. Tal vez en otra edición de esta obra, pueda incluir más.

(2) Género de los aluates: tanto el macho como la hembra tienen una larga barba; se reúnen á aullar en las copas de los árboles, con la particularidad de que siempre hay uno que hace primo, otro que le acompaña en el tono correspondiente,

SEGUNDO ORDEN: CARNICEROS.

FAMILIA DE LOS QUEIRÓPTEROS.

Murciélago común (*vespertilio hastatus*); murciélago orejudo (*vespertilio auritus*); vampiro (*vampirus spectrum*). (3)

FAMILIA DE LOS CARNÍVOROS.

Primera tribu: *plantigrados*.

Oso negro frontino (*ursus ornatus*.)

Segunda tribu: *digitigrados*.

Comadreja (*putorius vulgaris*); nutria (*mustela lutria*); perro doméstico (*canis familiaris*); zorra (*canis vulpes*); gato doméstico (*felis catus*); tigre pequeño (*felis tigris*); jaguar (*felis onza*); león (*felis concolor*); mapurite (4) (*viverra putorius*).

TERCER ORDEN: ROEDORES.

Ardilla negra (5) (*sciurus niger*); ardilla rojiza

y luego un coro de todos los demás monos que alborotan la selva con sus gritos estrepitosos y desapacibles. Entre los ríos Zulia y Escalante son muy abundantes.

(3) Todas estas especies de murciélagos se alimentan de frutas, insectos y sangre; pero el vampiro, de pie y medio de longitud, de la punta de un ala á la otra, es el que más ataca á los animales, y aun al hombre, cuyas extremidades le muerde de un modo suavísimo, y batiendo á la vez ligeramente las alas, con lo cual produce, en el lugar atacado, cierta frescura que impide sentir el dolor de la herida.

(4) El pueblo llama á este animal, en el Táchira, *mapurito*; en el resto del país, lo llaman *mapurite*, y así lo designan Codazzi y el doctor Ernst.

(5) Gracioso animalito que abunda en nuestros bosques: no sólo cautiva por la agilidad de sus movimientos, la suavidad y limpieza de su pelaje, la manera como se sienta para comer, llevando las frutas á la boca con las manecitas, sino también por los recursos que tiene para allanar ciertas dificultades, en especial, para atravesar los ríos, lo que hace valiéndose de una concha seca, sobre la cual se monta en la orilla del río, despliega la cola que le sirve de vela, y se deja arrastrar por el agua, donde ésta no es muy torrenciosa, torciendo siempre rumbo hacia la ribera opuesta.

(*sciurus vulgaris*); rata (*mus rathus*); ratón (*mus musculus*); ratón de monte (*mus silvaticus*); liebre (*lepus granatensis*); conejo (*lepus brasiliensis*); puerco-espín (*cercolabis prehensilis*); acuri ó upia (1) (*cavia aguti*); paca (2) (*cavia paca*); cobayo (3) (*cavia aperea*).

CUARTO ORDEN: DESDENTADOS.

Armadillo (4) (*tatus multcinotus*); perozosa ó perico ligero (*bradypus didactylus*); oso hormiguero (*mirmecophaga jubata*).

QUINTO ORDEN: MARSUPIALES.

Faro ó rabo pelado (*didelphis opossum*); ratón de monte (*didelphis dorsigera*); lirón (5) (*chironectes variegatus*).

(1) Nuestro pueblo lo llama *picure*.

(2) El pueblo llama á este animal *lapa*. Habita en los bosques, en madrigueras construidas no lejos de las aguas: su carne es sabrosa y muy solicitada. Algunas veces se instala en las cuevas que hacen los armadillos (*cachicamos*), por lo que nuestro pueblo ha formado este adagio: «Cachicamo trabaja para lapa,» con lo cual quiere expresar que muchas veces el trabajo de uno viene á usufructuarlo otro.

(3) Nuestro pueblo lo llama *curí*: es una especie de conejillo, blanco, negro, amarilluzco, pintado, etc.; de un natural muy suave y tímido; se propaga con fecundidad asombrosa, y regularmente se tienen crías de él en los corrales de las casas, tanto por ser animal bello, como por utilizar su carne, apetecible en guisados.

(4) El pueblo lo llama generalmente *cachicamo*: es del género *tatus*; del tamaño de un perrillo; tiene el cuerpo cubierto de una coraza escamozca, y vive en cuevas profundas, de donde sale á comer. En la cueva, cuando se ve atacado por el hombre, se hincha, de modo que hay que forzarlo para poderlo sacar.

(5) Del género de los sarigues; es anfibio, y se le llama también perro de agua. Es lindísimo, de color blanco y negro; y tiene el vientre, la hembra, abierto en dos pedazos, que cierra tan herméticamente, que apenas puede notarse la abertura. Allí cubre hasta seis hijos.

SEXTO ORDEN: PAQUIDERMOS.

FAMILIA DE LOS PAQUIDERMOS ORDINARIOS.

Cerdo común (*sus scrofula*); váquiro (*sus vaquira*); danta (*tapirus americanus*).

FAMILIA DE LOS SOLÍPEDOS.

Asno (*equus asinus*); caballo (*equus caballus*); mulo (*hibrido de asno y yegua*); mulo romo (*hibrido de caballo y burra*).

SÉPTIMO ORDEN: RUMIANTES.

SUBORDEN RUMIANTES ARMADOS—FAMILIA CADUCICORNIOS.

Venado (*cervus capreolus*); venado más pequeño (*cervus campestris*.)

FAMILIA TUBICORNIOS.

Toro, vaca (*bos taurus*); cabra, chivo (*capra hircus*); carnero, oveja (*ovis aries*).

SEGUNDA CLASE.

PRIMER ORDEN: AVES DE RAPIÑA.

Buitre común (*cathartes atratus*); gavilucho (*vultur barbarus*); gavilán (*herpetotheres cachinus*); tijereta ó milano (*polyborus brasiliensis*); mochuelo (*strix cayenensis*); lechuza (1) (*strix mexicana*); cóndor (*sarcorhamphus gryphus*); zamuro (*pernopterus uruba*); rey zamuro (*vultur papa*) (2).

(1) Los mochuelos y lechuzas son aves nocturnas. Estas últimas entran algunas veces por las claraboyas de las iglesias, y revolotean en torno á las lámparas: el pueblo tiene la creencia de que van allí á beber el aceite; pero probablemente sólo entran á cazar insectos y mariposillas. En La Grita, tanto á los mochuelos como á las lechuzas, se les llama generalmente *surrucucos*, palabra onomatopéyica, tomada del canto de dichas aves.

(2) Este zamuro es de color blanco sucio, con alas pintadas de negro, y el pescuezo colorado. Su nombre proviene de que los demás zamuros, tal vez por temor, le ceden el puésto cuando se arroja sobre algún cadáver que hayan empezado á devorar.

SEGUNDO ORDEN: PASERINOS.

Urraca (*cyanocorax pileatus*); chicuá ó picaza (1) (*pica caudata*); martín pescador (*alcedo ispida*); carpintero (*picus martius*); cucarachero (2) (*regulus americanus*); mirlo (*turdus*.....); paraulata (*turdus polyglotus*); turpial (*icterus turicha*); gonzalito (*oriolus galbula*.....); cardenal (*loxia cardenalis*); canario (3) (*fringilla granatina*); gilguero (*fringilla carduelis*); copetón (4) (*tanagra comunis*); dios-te-dé (5) (*muscapa*.....); verdecito (*tanagra*.....); gorrión (*passer domesticus*); azulejo (6) (*tanagra caerulea*); petirrojo (*loxia pyrrhula*); miracielo (*muscapa*.....); viudita (*viudua*.....); arroceros (*oriolus niger*); trompetero (co-

(1) Familia de los córvidos: es un ave de bellissimo aspecto: cola larga y muy bien hecha; cuerpo elegante; ojos vivísimos, y toda ella de color de chocolate claro. Se alimenta de gusanos é insectos: el nombre chicuá, está tomado de las sílabas que forman su canto. Nuestro pueblo tiene la superstición de creer que llega á las casas, para anunciar viajeros ó visitas que vendrán ese día.

(2) Ave pequeñísima, de color aleonado con pinticas negras y blancas. Está siempre en movimiento, y su canto, variado y bellissimo, pudiera merecerle el título de ruiseñor venezolano.

(3) Se llama generalmente canario de tejado. Es más grande que el de Canarias, y menos fino que él. Vive sobre los tejados.

(4) En La Grita se le llama así; en el resto del Táchira, macero. Es del tamaño de un azulejo; levanta un copete cuando está bravo; canta admirablemente, y es de color aleonado pintado. Vive sobre los tejados y árboles contiguos á las casas, donde anida.

(5) Es el mismo ya-acabó del resto del país. Es del género de los hormigueros: su canto es triste y acompasado: su voz, al toque de oración, semeja un quejido humano.

(6) Ave lindísima, de color azul celeste, y de un canto tan variado como bello. Es uno de los reyes de nuestros cantores. Dificilmente se domestica.

racina scutata); aguaitacaminos (1) (*hirundo...*); golondrina grande (*hirundo rustica.....*); golondrina pequeña (*progne purpurea*); garrapatero (*caprimulgus.....*); pájaro negro (*crotophaga ani*); pájaro judío (género *steatornis*) y bobitos (2) (género *tanagra*).

TERCER ORDEN: TREPADORAS.

Loro (*psittacus leucouphalus*); perico (*psittacus rupirostris*); churiquita (*psittacus passerinus*); guacamaya roja (*psittacus macao*); guacamaya azul (*psittacus atarauna*).

CUARTO ORDEN: GALLINÁCEAS.

Pavo (3) (*meleagris gallo-pavo*); pavo-real (4) (*pavo cristatus*); gallo (*gallus domesticus*); gallineta (*meleagris numida*); gallineta de agua (*fulica armillata*); perdiz (*tetrao coturnix*); paují (5) (*crax pauji*); paloma casera (*columba ænas*); torcaz (*columba palumbus*); tórtola (*columba turtus*); guacharaca (6) (*parraguas*); pava de monte (*penelope cumanensis*).

QUINTO ORDEN: ZANCUDAS, Ó AVES DE RIBERA.

(1) Pájaro abobado, que va de tarde y de noche por los caminos, precediendo á los viajeros.

(2) Especie de turpialitos, muy pequeños, que se alimentan de semillas y frutas. Los hay de muchas especies.

(3) Nuestro pueblo lo llama generalmente *pisco*.

(4) Esta linda ave, que Alejandro el Grande importó de Asia á Europa, fué traída á América por los Conquistadores.

(5) El pueblo le dice *paujil*.

(6) Esta ave vive en bandadas, y su nombre es onomatopéyico. Es tan grande como una gallina; cuando alguna empieza á cantar en los bosques, le responden todas las demás, y forman entonces una gritería extraordinaria. Su carne es sabrosa.

Garza morena (*ardea cinera*); garza blanca (1) (*ardea alba*); garzón (*mycteria americana*); gallito de monte (*psophia crepitans*); alcarabán (2) (género *carandrias*); grulla (*grus americana*).

SEXTO ORDEN: PALMÍPEDAS.

Ganso (*anser domesticus*); pato casero (*anas domesticus*); patos de laguna (*anas fabriculata*); güiriri (*anas araucania*); pato cuchara (3) (*platalea aiaia*); zabullidor (*podiceps americanus*).

TERCERA CLASE : REPTILES.

PRIMER ORDEN: QUELONIOS.

Tortuga (4) (género *araus*); galápago (*testudo lutaria*); morrocoy (*chelys fimbriata*); icotea (*chelys americana*).

SEGUNDO ORDEN: SAURIOS.

Caimán (*aligator schlerops*); iguana (*iguana deli-*

(1) Ambas del género *ardea*. La primera es de color cenizo; la otra, blanca. Se mantienen en las orillas de los ríos y lagunas, descansando sobre un pie. Su carne es sabrosa.

(2) Estas aves van siempre apareadas, macho y hembra: su color es ceniciento, con el vientre blanco, y manchas negras en el vientre y alas. Cantan á ciertas horas fijas, como á las seis de la mañana y de la tarde: en los caminos, son de noche unos como centinelas, que al menor ruido, lanzan un grito y huyen con tardo y pesado vuelo.

(3) De esta ave es de la que dice Cicerón, maravillándose, que expía á las garzas pescadoras, y cuando sacan la cabeza del agua, trayendo algún pecesito, les da un picotazo por el cuello y les arrebatla la presa. Viven de pescados, reptiles y gusanos. Cuando están encolerizados, hacen castañetear las mandíbulas, produciendo un sonido raro.

(4) Las hay de varias especies, especialmente en el río Uribante, donde tienen playas determinadas para poner sus huevos, que constituyen una riqueza. Allí se ve también una tortuga más pequeña que llaman terecay: su postura es de veinte á veinticuatro huevos, y llega á pesar hasta veinte libras.

catissima); lagarto (*lacerta communis*); basilisco (1) (*lacerta agilis*); camaleón (2) (*chamaleon vulgaris*); tuteca (3) (*gymnodactylus geckoides*).

TERCER ORDEN: OFIDIOS.

Boa (4) (*boa scytale*); macaurel (5); traga-venado (6); culebra cascabel (7) (*crotalus horridus*); mapanare (8); coral (9) (*elaps coralinus*); víbora (10) (*vipera atrox*); cazadora (11); sapa;

[1] Este es el célebre basilisco de otros tiempos, del cual se suponía que mataba con la mirada. Es un animal inocente, que vive á las orillas del agua.

[2] Estos animales poseen la notable propiedad de poder variar de coloración según el estado en que se encuentran: expuestos á poca luz ó en la oscuridad, son amarillentos; al sol se ven negros, y á la luz difusa, musgos. De aquí el adagio: «cambia como el camaleón.» El pueblo cree que puede pasar aun años sólo con aspirar aire.

[3] Esta es la salamandresa.

[4] Animal terrible, no por el veneno, que no tiene; sino porque cifie y destruye á la víctima con sus tortuosos pliegues, y la engulle después. Es capaz de agarrar á un toro por el hocico, y sostenerlo, hasta que el animal cae desfallecido, y entonces lo mata y lo devora.

[5] Es venenosísima la llamada macaurel de cuatro narices.

[6] Crece mucho y tiene un fluido magnético con el cual adormece á su víctima, la atrae y se la traga.

[7] Terrible ofidio, que llega á tener hasta dos metros de largo.

[8] Culebra venenosa, cuyos colores forman una cadena de negro y amarillo en la parte superior, y que tiene en la inferior dos hileras de escamas, con las cuales se facilita su locomoción.

[9] Es de color encarnado con anillos negros. Muy venenosa.

[10] Llega á tener tres pies de largo. Es muy venenosa. Su color es amarillo con manchas negras.

[11] Llega á tener un gran tamaño, y en las haciendas es mirada con estimación, porque las limpia de los demás reptiles.

culebra-bejuco (*philodryas viridissimus*); culebra tigre.

CUARTO ORDEN: BATRACIOS.

Sapo (*bufo aquæ*); sapo verde (*bufo viridis*); rana (*rana esculenta*); rana de los árboles (*rana arborea*); salamandra (*salamandra maculosa*).

CUARTA CLASE : PECES.

Los peces que más comunmente se encuentran en nuestros ríos, son: la lisa, la dorada, el bagre (*silurus bagre*), la lamprea rivial, el paletón, el bocachica, el toro, el valentón, el panche, la pescada, el volador, la palometa, la sardina, la sardinata, la chupapiedra, la anguila (*murena anguila*), la raya, y otros muchos, cuya clasificación no hago, porque los más apenas me son conocidos de nombre.

SEGUNDO TIPO : MOLUSCOS.

PRIMERA CLASE : GASTERÓPODOS (1)

Caracol (*helix lactea*); caracol de charco (*limnea stagnalis*); babosas (*limax agrestis*, *limax rufus*, *limax variegatus*).

TERCER TIPO : ARTICULADOS.

PRIMERA CLASE: INSECTOS.

PRIMER ORDEN: COLEÓPTEROS.

Escarabajo pelotero (*scarabacus lunaris*); escarabajo enterrador (*scarabacus necrophorus*); gorgojos del trigo, arroz, etc. (*curculio granarius*); cocuyo (2)

[1] No existen cefalópodos, pterópodos, ni las demás clases.

[2] Dícese indiferentemente cocuyo ó cucuyo; pero entre nosotros se ha hecho más popular el primer nombre, tal

(*lampiris noctiluca*); carcoma (*calandra lignaria*); mariquita de San Antón (*coccinella septempunctata*); gusano luciérnaga (género *lampiris*).

SEGUNDO ORDEN: ORTÓPTEROS.

Cucaracha alona (*blata orientalis*); cucaracha sin alas (*blata americana*); grillo (*grillus domesticus*); langosta (*pachytylus migratorius*); saltamontes (*acridium cristatum*).

TERCER ORDEN: NEURÓPTEROS.

Caballito del diablo (*libellula virgo*); comején de tierra (*termes fatale*).

CUARTO ORDEN: HIMENÓPTEROS.

Abeja (3) (*apis melligera*); pegón (*apis cemen-taria*); avispa colorada (*vespa vulgaris*); avispa negra (*vespa crabro*); bachaco (*formica rufa*); hormiga cazadora (*formica rubra*); hormiga común (4) (*formica communis*).

vez porque no hay quien no sepa de memoria la linda estrofa de Gutiérrez González, en su poesía, ¿POR QUÉ NO CANTO?

«No hay sombras para ti. Como el cocuyo
El genio tuyo ostenta su fanal;
Y huyendo de la luz, la luz llevando,
Sigue alumbrando
Las mismas sombras que buscando va.»

[3] Nuestro pueblo todavía cree que las abejas son perjudiciales á las plantaciones, porque inutilizan las flores, al robarles la mielecita que contienen en el nectario: este error debe extirparse, pues muy al contrario, las abejas, como el aire y como muchos insectillos especiales, son agentes de la fecundación de las plantas, pues llevan el polen de las flores machos á las hembras.

[4] Es un error suponer, como dice la fábula, que las hormigas almacenan provisiones durante el verano para el invierno; pues estos himenópteros son hibernantes, y por lo tanto, estando aletargados durante la estación de los fríos, no pueden alimentarse.

QUINTO ORDEN: LEPIDÓPTEROS.

Mariposas (géneros *Vanessa*, *pieris*, *colias*, etc.); polilla del paño (*tinea sarcitella*); polilla de las pieles y libros (*tinea pellionella*); polilla del trigo, etc. (*tinea granella*).

SEXTO ORDEN: HEMÍPTEROS.

Chinche de cama (*cinex lineatus*); cigarra (1) (*cicada plebeia*); cochinilla del nopal (*coccus cacti*).

SÉPTIMO ORDEN: DíPTEROS.

Tábano (*tabanus equinus*); zancudos (*culex pipi-cus*); mosca común (*musca domestica*); quereza (*musca vomitoria*).

OCTAVO ORDEN: CHUPADORES.

Pulga (*pulex irritans*); nigua (*pulex penetrans*).

NOVENO ORDEN: PARÁSITOS.

Piojos humanos (*pediculus humanus*); piojos de las gallinas (*pediculus passerinus*); ladillas (*pediculus pubis*).

DÉCIMO ORDEN: MIRIÁPODOS.

Cientopías (*scolopendra morcitans*).

SEGUNDA CLASE: ARÁCNIDOS.

Araña (*aranea domestica*); tarántula (*aranea ta-*

[1] Nuestro pueblo la llama *chicharra*, y cree generalmente que este animal sólo se alimenta de aire, lo cual no es verdad. Aparece siempre después que han caído las primeras lluvias del año, canta durante algún tiempo, luego las hembras depositan sus huevos en las ramas de los árboles, y convertidos en larvas, éstos caen al suelo, se sumen en la tierra, donde se alimentan de raíces, pasan después al estado de nin-fas, y viven así hasta el año siguiente.

rantula); alacrán (*scorpio americanus*); garrapata (*acarus ricinus*) arador de la sarna (*acarus scalici*).

TERCERA CLASE: CRUSTÁCEOS.

Cangrejo (*cancer mænas*).

CUARTA CLASE: ANÉLIDOS.

Lombriz de tierra (*lumbricus terrestris*).

CUARTO TIPO : ZOÓFITOS. (1)

PRIMERA CLASE: ENTOZOARIOS.

Lombriz intestinal (*ascaris lumbricoides*); gusanos intestinales (*oxyuris vermicularis*); tenia solitaria (*tænia solium*); triquina (*trichina spiralis*).

SEGUNDA CLASE: INFUSORIOS.

Se encuentran innumerables especies, cuya observación no más, necesitaría tiempo, instrumentos y algún interés particular : por éso, apenas indico su existencia.

[1] No tenemos equinodermos, acalefos, ni pólipos.

CAPÍTULO QUINTO

Clasificación científica (1) de los vegetales más conocidos que se encuentran en el Estado.

PRIMER TIPO :

PLANTAS acotiledóneas, criptógamas ó sin embrión.

PRIMERA CLASE : ACOTILEDONIA.

PRIMERA FAMILIA : HONGOS.

Mohos del pan, frutos, alimentos (*mucor mucedo*); mohos de las pieles (*aspergillus glaucus*); fermentos del vino, etc., etc. (*sacharomyces elipsoideus*);

[1] En esta clasificación he seguido el método de Antonio Lorenzo de Jussieu, aunque modificado con las reformas posteriores de Brougniart, Sachs, Van Tieghen, etc. He adoptado también una numeración particular para las familias que corresponden á cada clase de vegetales.

sarro de los granos (*uredo graminis*) (1); seta de campo (*agaricus campestris*); agárico ú hongo comestible (*agaricus edulis*).

SEGUNDA FAMILIA : ALGAS Ó HIDROFITAS.

Alga de vinagre (*microcus aceti*); alga de los cuerpos grasos (*bacillus amylobacter*). (2)

TERCERA FAMILIA : LÍQUENES.

Barba de piedra (*lichen floridus*).

CUARTA FAMILIA : HELECHOS.

Culantrillo (*adiantum trapeziforme*); polipodio (*polypodium arboreum*).

SEGUNDO TIPO :

Plantas monocotiledóneas, fanerógamas
ó embrionadas.

PRIMERA CLASE : MONOHIPOGINIA.

PRIMERA FAMILIA : CIPERÁCEAS.

Junco de los pantanos (*cyperus lacustris*); junco redondo (*cyperus rotundus*); junco oloroso (*cyperus longus*); gengibrillo (*kyllegia odorata*).

SEGUNDA FAMILIA : GRAMÍNEAS. (3)

Gramma de chorro (*triticus repens*); paja parada ó del Pará (*arundo fragmites*); caña dulce (*saccha-*

[1] Todos estos son hongos microscópicos, que se presentan bajo la forma de un polvillo en el pan, frutas, calzado, vinos, etc.

[2] Estas algas son del orden de las bacterias: todas ellas obran de igual modo que los mohos, alternando algunas substancias, como las que enrancian los cuerpos grasos, las que avinagran el vino, etc.

[3] Las gramíneas, que constituyen la base del mantenimiento de los hombres y de los animales, son una riqueza en nuestro Estado. Las tierras frías producen, en gran abundan-

rum officinarum); cañuto (*arundo donax*); trigo (*triticum sativum*); arroz (*oryza sativa*); maíz (*zea maiz*); cebada (*hordeum vulgare*); mijo (*panicum milliaceum*); heno (*holcus fœnum*); guadua (género *bombaza*); zizafia (*lolium tremulentum*).

SEGUNDA CLASE: MONOPERIGINIA.

PRIMERA FAMILIA: PALMERAS.

Cocotero (*cocus mucifera*); palmera común (*phenix dactilifera*); palmera real (*orcodoxa regia*); palmera de sagú (*phenix sagus*).

SEGUNDA FAMILIA: LILIÁCEAS.

Cebolla (*allium cepa*); cebollín (*allium schoenoprasum*); ajos (*allium sativum*); cebolleta (*allium fistulosum*); tulipán (*tulipa gesneriana*); azucena (*lillium album, rubrum, pallidum*).

TERCERA FAMILIA: BROMELIÁCEAS.

Piña (*bromelia ananas*); zábila (*aloe perfoliata*); magüey (*agave americana*); cocuiza (*bromelia pita*).

CUARTA FAMILIA: CONMELÍNEAS.

Suelda con suelda (*commelina postrata*).

QUINTA FAMILIA: IRÍDEAS.

Azafrán (*croccus sativus*); lirio azul (*iris germánica*); lirio blanco (*iris florentina*).

cia, un trigo como los de Sandomir y Odesa en Rusia, calificados como los mejores del mundo; en las vegas de los ríos, se ven plantíos de caña dulce, tan fecundos, que muchas veces llega á medir una caña cinco metros de longitud; el maíz se desarrolla con igual vigor en las tierras templadas y en las cálidas; el arroz de La Grita es afamado por su calidad; y de cada una de estas plantas, tenemos múltiples especies, ya naturales del país, ya importadas.

Entre las demás gramíneas, unas se emplean en la medicina doméstica, en razón de sus propiedades mucilaginosas y azucaradas, como la grama de chorro; otras, en construcciones, como la caña brava, el cañuto, etc.; y otras, en fin, se abandonan, por atribuírseles propiedades nocivas, como la zizafia, cuyas semillas se tienen por narcóticas.

TERCERA CLASE: MONOEPIGINIA.

PRIMERA FAMILIA: MUSÁCEAS.

Plátano (1) (*musa paradisiaca*); plátano dominico (*musa regia*); cambur (*musa sapientium*); cambur morado (*musa rosacea*); cambur pequeño (*musa sinensis*); cambur pigmeo (*musa humilis*).

SEGUNDA FAMILIA: DIOSCÓREAS.

Ñame (*dioscorea edulis*); mapuey (*dioscorea sativa*).

TERCERA FAMILIA: ORQUÍDEAS.

Existen más de cuatrocientos géneros, cada uno de los cuales comprende numerosas especies, todas variadas y bellas.

TERCER TIPO:

Plantas dicotiledóneas.

PRIMERA CLASE: PERISTAMINIA.

PRIMERA FAMILIA: CONÍFERAS.

Pino (2) (*pinus pinea*); cedro (3) (*pinus cedrus*);

[1] Esta rica musácea, cuyas tres especies principales han merecido ser calificadas por los naturalistas con tres nombres tan pomposos: *musa de los sabios*, *musa real* y *musa del Paraíso*, es una de las delicias de nuestro Estado. Producense allí los plátanos, en todos los climas, y siempre con una exuberancia abrumadora. Numerosos platos se preparan con ellos, ya empleándolos cuando están verdes, ya, cuando maduros ó secos. Y no sólo se utiliza la carne del fruto, sino aun las exfoliaciones del tronco seco, las cuales se usan para empacar objetos; las fibras para hacer cuerdas; y las mismas hojas verdes para envolver los bollos y las apetitosas *hallacas*, platos netamente americanos, y que en vano cambiaríamos por los mejores potajes que se servían en las opíparas mesas de Vitelio y Heliogábalo.

[2] Crece esta hermosa conférra en nuestras tierras frías, para darnos tan sólo el beneficio de la madera. Ya llegará el día en que, con el andar del progreso, podamos extraerle todos los productos que encierra: la trementina, la pez negra,

sabinia (*juniperus sabinia*); enebro (*juniperus vulgaris*); ciprés (*cupressus semper vivens*).

SEGUNDA FAMILIA : SALICÍNEAS.

Sauce (*salix bomplandiana*); suace llorón (*salix humboltiana*); mimbrera (*salix viminalis*).

TERCERA FAMILIA : SALSOLÁCEAS.

Remolacha (*beta vulgaris*); espinaca (*espinacia oleracea*).

CUARTA FAMILIA : MORÉAS.

Morera blanca (*morus alba*); higuera (*ficus carica*); matapalo (*ficus dendroícida*); higuérón (*ficus glabrata*).

QUINTA FAMILIA: URTÍCEAS.

Ortiga (*urtica urens*); árbol de pan (*artocarpus incisa*); yagrumo (*cecropia peltata*).

SEXTA FAMILIA : LAURÍNEAS.

Sasafrás (*laurus sasafra*s); laurel común (*laurus nobilis*); aguacate (*laurus persea gratissima*); palo de alcanfor (*camphora officinalis*.)

la pez de Borgoña, la brea, el agurrás, la creosota y el negro de humo.

(3) Entre las principales maderas de ebanistería y de construcción que tenemos en el Táchira, se pueden indicar la caoba, el anacáo, el cucharo, el cascarillo, el cedrillo, el javillo, el canelo ó punte, la yaya ó haya, el cacheteblanco, el caracolí, el vero, el saisay, el huesito, el carrisalero, el mijao, el estoraque, el carne-asada, el laurel, el macanillo, el quiebrahacha, el peralejo, el moral, el manzanillo, el roble, el limoncillo, el jaboncillo, la jagua, el lacre, el granadillo y otros. La mayor parte de estos árboles están clasificados en el presente capítulo.

SÉPTIMA FAMILIA : EUFORBIÁCEAS. (1)

Jabillo (*hura crepitans*); yuca (*jatropha manihoc*); piñón (*jatropha curcas*); túa-túa (*jatropha gossypifolia*); tártago (*ricinus communis*); tornasol (*crozophora tinctoria*); árbol de sebo (*stillingia sebifera*); manzanillo ó palo-hinchón (*hipomane mancinella*); dítamo real (*pedilanthus myrtifolius*); nogal (*cario-dendron orinocensis*); hevea (*siphonia elastica*).

OCTAVA FAMILIA : BIGNONÁCEAS.

Escorzonera (*cramolaria annua*).

NOVENA FAMILIA : QUENOPÓDEAS.

Paico ó pasote (*quenopodium anti-elminticum*).

[1] Esta numerosa y multiforme familia de vegetales, está representada entre nosotros por varias especies notables, de las cuales algunas son dignas de toda atención. Unas de ellas producen venenos activos; otras, resinas, cauchos ó sebo; otras, harina, fécula; y otras, en fin, tienen propiedades eméticas, diuréticas y emenagogas: éstas últimas serán enumeradas en la nota final de este Capítulo.

La yuca, uno de nuestros más útiles vegetales, es mirada con recelo en algunas partes, á causa de haberse presentado casos de envenenamiento con ella. Depende esto, de que, en el jugo de la raíz, contiene cierto principio volátil altamente venenoso, el cual se evapora con la cocción: por esto no debe emplearse cruda, ni para alimento de los animales de corral; y en especial, la morada, cuyo tóxico es más enérgico. Bien cocida, es un alimento sabroso y sano.

El árbol del cebo produce una especie de cera que se usa para hacer bujías: lo hay abundantemente en el PLAYÓN de la Parroquia Vargas.

El manzanillo ó palo hinchón es tan venenoso, que, á veces, su sola sombra mata; y su jugo, aplicado á la piel, produce ampollas ó inflamación local. Con el jugo de sus hojas envenaban las flechas los salvajes de América.

La túa-túa ó frailejón de tierra cálida, tiene la propiedad de que el jugo de las hojas, cuando éstas se arrancan rasgadas hacia abajo, constituye un purgante; y hacia arriba, un vomitivo. Dicho jugo ha producido resultados admirables en la curación del lázaro, y el polvo que se forma con sus hojas secas al sol, es un gran hemostático.

DÉCIMA FAMILIA : PROTEÁCEAS.

Carne-asada (*rhopala complanata*)

SEGUNDA CLASE: HIPOSTAMINIA.

PRIMERA FAMILIA : AMARANTÁCEAS.

Cadillo punzante (*alterantera caracasana*); cadillo de empedrado (*alterantera viridis*).

SEGUNDA FAMILIA: PLANTAGÍNEAS.

Llantén (*plantago major*).

TERCERA CLASE: HIPOCOROLIA.

PRIMERA FAMILIA : ESCROFULARIAS.

Angelón (*angelonia salicaria*).

SEGUNDA FAMILIA: SOLANÁCEAS.

Berengena (*solanum melongena*); yerba mora (*solanum nigrum*); tomate (*solanum lycopersicum*); papa ó patata (*solanum tuberosum*); dulcamara (*solanum dulcamara*); ají (*capsicum baccatum*); pimienta (*capsicum annuum*); tabaco (*nicotiana tabacum*); totumo (*crecencia cugete*).

TERCERA FAMILIA : JAZMÍNEAS.

Jazmín real (*jasminum officinale*); diamela (*jasminum sambac*).

CUARTA FAMILIA: VERBENÁCEAS.

Verbena (1) (*verbena officinalis*).

[1] Esta planta, tipo de la familia, fue altamente estimada en la antigüedad, atribuyéndole virtudes naturales y sobrenaturales. Los Celtas la asociaban al muérdago, y de ella se servían los Druidas para predecir lo futuro: los Romanos la empleaban para las aspersiones del agua lustral y purificar los altares de los sacrificios. En la guerra, los heraldos llegaban hasta el enemigo llevando una rama de verbena como símbolo de paz. Los mágicos y adivinos la empleaban en sus elixires; los recién casados creían asegurar su felicidad yendo al templo con una rama de verbena oculta bajo el vestido; y

QUINTA FAMILIA: LABIADAS.

Albahaca (*ocimum americanum*); albahaca silvestre (*ocimum silvestre*); orégano (*hyptis capitata*); torongil (*melisa officinalis*); romero (*rosmarinus officinalis*), salvia (*salvia communis*); mejorana (*origanum majorana*); tomillo (*thymus americanus*); mastranzo (*hyptis verticulata*); poleo de tierra (*leucas martinicensis*).

SEXTA FAMILIA: BORRAGÍNEAS.

Borraja (*borrago officinalis*); rabo de alacrán (*heliotropium indicum*); cauvaro (*cordia alba*).

SÉPTIMA FAMILIA: CONVULVULÁCEAS.

Batata (*convolvulus batata*); batatilla (*convolvulus repens*).

OCTAVA FAMILIA: APOCÍNEAS.

Retama (*thevetia neruifolia*); canaleta (*aspidosperma excelsum*).

NOVENA FAMILIA: POMÁCEAS.

Manzana (*pyrus malus*); membrillero (*cydonia vulgaris*).

DÉCIMA FAMILIA: ZAPÓTEAS.

Caimito (*crysophillum caimito*); zapote mamey

para prevenirse contra las enfermedades, colgaban otra en la puerta de la casa. Los médicos, por último, la consideraban como una medicina para todos los males. Hoy, la ciencia la ha relegado tan sólo al grupo de los medicamentos emolientes. Con todo, entre nosotros se usa, y con éxito, como antiespasmódico y vermífugo; ha dado gran resultado en casos de pleuresía; previene contra el paludismo en las tierras palúdicas, y por último, la práctica ha demostrado en San Antonio del Táchira, que es quizá el mejor remedio allí conocido para curar la fiebre amarilla. Sería de desearse que la ciencia estudie con más atención las propiedades de dicha planta, pues no sin algún fundamento la tuvo la antigüedad en tanta estima.

(*photolacca dioica*); purvio (*mimusops globosa*);
níspero (*mespillus germánica*).

CUARTA CLASE: EPICOROLIA-SINANTERIA.

PRIMERA FAMILIA: SINANTÉREAS.

Ajenjo (*absinthium vulgare*); guaco (*aristolochia
anguicida*); dalia (*dahlia variabilis*); estraña (*aster
chinensis*); mirasol (*helianthus annuus*); vira-vira
(*gnafalium vira-vira*).

QUINTA CLASE: EPICOROLIA-CORISANTERIA.

PRIMERA FAMILIA: RUBIÁCEAS.

Rubia (*rubia tinctorum*); cafetero (*coffea arabi-
ca*); quina (*cinchona kina-kina*).

SEGUNDA FAMILIA: CAPRIFOLIÁCEAS.

Saúco (*sambucus niger*).

SEXTA CLASE: EPIPETALIA.

PRIMERA FAMILIA: UMBELÍFERAS.

Hinojo (*anethum fœniculum*); eneldo (*anethum
graveolens*); perejil (*apium petroselinum*); culantro
(*coriandrum sativum*); berro macho (*hidrocotyle
umbelata*); apio (*arracacha sculenta*); cicuta mayor
(*conium maculatum*); anís (*pimpinella anisum*); za-
nahoria (*daucus carota*).

SÉPTIMA CLASE: HIPOPETALIA.

PRIMERA FAMILIA: ANONÁCEAS.

Anón (*annonna reticulata*); guanábana (*annonna
muricata*); chirimoya (*annonna squamosa*).

SEGUNDA FAMILIA: BUTÁCEAS.

Ruda (*ruta graveolens*); abrojo (*fribulus cistoi-
des*); palo-santo (*guayacum sanctum*); culantri-
llo (*xantoxylum americanum*).

TERCERA FAMILIA: GERANIÁCEAS.

Geranio (*geranium sanguineum*).

CUARTA FAMILIA: MALVÁCEAS.

Cacao (1) (*theobroma cacao*); guásimo (*theo-*

[1] En esta nota me propongo, de una vez, señalar las principales aplicaciones terapéuticas que se hacen entre nosotros, de muchas de las plantas clasificadas en este Capítulo. Para el mejor orden, dividiré los vegetales en varios grupos, según la acción especial que ejercen en la economía animal humana. Para este trabajo, obtuve datos de numerosas personas en el Táchira, y en especial, de mi querido é inolvidable padre, cuyos vastos conocimientos prácticos en esta materia, utilicé en diversas ocasiones; y á cuya veneranda memoria, aprovecho esta ocasión para tributar un nuevo testimonio de mi amor filial.

I. VEGETALES DIURÉTICOS.—Polipodio ó palma de helecho; gengibre silvestre; maguey; parietaria ó cristalina; túa-túa; perejil; hinojo; apio de hortaliza; jaboncillo; parcha; espadilla; guaco.

II. ANTISPASMÓDICOS.—Amapola; palo de alcanfor; yerba buena; altamisa [*artemisia indica*]; brusca; guayabo arrayán [*campomanesia aromática*]; naranjo; cidra; guanábano.

III. SUDORÍFICOS.—Zarza [*smilax salsaparrilla*]; maguey; sasafrás; saúco; palo santo; vira-vira; culantrillo.

IV. ESTIMULANTES.—Gengibre; pimienta negra; albahaca; yerba buena; mastranzo; salvia; poleo de tierra; culantro común; anís; hinojo; mostaza; berros; malagueta; zanahoria.

V. TÓNICOS.—Cuasia [*cuassia amara*]; quina; ajenjo; achioté, bija ú onoto [*bixa orellana*]; salvia colorada [*pluchea purpurascens*]; cáscara de naranjas, y demás especies del género citrus.

VI. ANALÉPTICOS.—Agárico ú hongo comestible; oreja de palo; maíz; arroz; plátano; cacao; yuca; apio; ñame y maguey.

VII.—PECTORALES.—Liquen de Islandia [*cladonia rangiferina*]; culantrillo; saúco; borraja; angelón; dítamo real; polipodio; amapola; sasafrás; lechosa; espadilla de los páramos.

VIII. EMÉTICOS ó VOMITIVOS.—La segunda corteza del saúco; guanábano; raíz de sensitiva [*mimosa pudica*]; ipecacuana de tierra.

IX. PURGANTES ó CATÁRTICOS.—Sen del país [*cathartocarpus ligustrina*]; cañafistola; tamarindo; escorzonera; túa-túa.

broma guasimum); algodón (*gossypium herbaceum*); cadiillo de perro (*urena lobata*); malva (*melvechia pyramidalis*).

QUINTA FAMILIA: FILIÁCEAS.

Achiote ú onoto (*bixa orejana*).

X. REFRESCANTES.—Limón; naranja, y todas las especies del mismo género; guanábana; palma de coco; tuna [*cactus opuntia*]; manzana; granada; tamarindo; malva.

XI. DRÁSTICOS.—Zábila; tártago; jazmín encarnado [*mirabilis dichotoma*]; balsamina [*momordica balsamina*].

XII. ASTRINGENTES.—Llantén; granado; suelda con suelda; mamey; limonero agrio; anón; sangre de drago; nispero; siempreviva.

XIII. NARCÓTICOS.—Yerba mora; lechuga; floripondio blanco [*datur arborea*]; barbasco; estramonio.

XIV. ODONTÁLGICOS.—Pimienta común; pega-pega [*plumbago scandens*]; alcanfor; estramonio; ají bravo; dítamo real; clavos de especia; malagueta; barbasco; cardo santo.

XV. ANTISÉPTICOS.—Corteza de quina; retama; alcanfor; raíz de aramo, y todos los astringentes citados.

XVI. ANTIALMORRÁNICOS.—Guayabo; limón; yerba mora; estramonio; tabaco; manteca de cacao; zábila; flores de saúco; tártago.

XVII. DIGESTIVOS ó ESTOMÁTICOS.—Té del país [*capraria biflora*]; paico ó pazote; mostaza; cuasia amarga; quina; guanábano; gengibre; ajenjo; nuez moscada; corteza de naranjas; corteza de granada; simarruba.

XVIII. CARMINATIVOS.—Eneldo; perejil; culantro; anís; albahaca; gengibre; canela; nuez moscada.

XIX. DEPURATIVOS.—Zarzaparrilla ó zarza; maguey; mango; dítamo real; zarza hueca [*buttneria carthaginensis*]; cuscuta.

XX. VULNERARIOS.—Yerba de zorro [*andropogon insularis*]; maguey [la penca]; llantén; verbena; totumo; yagrumo.

XXI. HEMOSTÁTICOS.—Granado; guayabo; llantén; suelda con suelda; algodón; dividive; yerba de zorro; zumo de limón; polvo de hojas de túa-túa; carne rayada de cambur tierno; y todos los astringentes citados.

XXII. ANTIASMÁTICOS.—Mostaza; ipecacuana; mango [hojas]; café; algarrobo; té; yagrumo, y los narcóticos citados.

XXIII. CONTRA LAS QUEMADURAS.—Zábila: algodón;

SEXTA FAMILIA: AURANCIÁCEAS.

Naranja dulce (*citrus aurantium*); naranja agrio (*citrus bigardia*); limón dulce (*citrus lamiata*); limón agrio (*citrus acida*); limoncillo (*citrus silvestris*); lima (*citrus limeta*); toronja (*citrus cedron*); cidra (*citrus cedra*); azahar de la India (*muraya exótica*).

achiote; la pulpa del fruto del totumo; jugo de ortiga; guácima [la baba de la corteza].

XXIV. MADURATIVOS.—Cebolla; lirio blanco y encarnado; zábila caliente; harina de frijoles; rábano cimarrón; pulpa de yuca.

XXV. ANTIESCROFULOSOS.—Berros.

XXVI. ANTIREUMÁTICOS.—Zarza; hojas de tabaco; flores de saúco; alcanfor; mostaza; zumo de limón.

XXVII. VERMÍFUGOS.—Verdolaga; corteza de granada; lechoza; guayaba arrayán y agria; pepas de calabaza; ajo; tabaco; ajeno; coco; paico ó pazote.

XXVIII. ANTIEMBRÍTICOS.—Café en infusión; ipecacuana; zumo de limón verde; quina, y tabaco fumado para la embriaguez alcohólica, y viceversa.

XXIX. ANTIHERPÉTICOS Ó ANTIPSÓRICOS.—Zarza; bejuco de cadena; yerba mora; resina de mango; alcanfor; berengena; guanábano.

XXX. ANTIBLENORRÁGICOS Y ANTISIFILÍTICOS.—Zarza; zábila; maguey: guaco; cardoncillo blanco [*artante adunca*]; dítamo real; mango; zarza hueca.

XXXI. FEBRÍFUGOS.—Llantén; quina; perejil; limón; añil; simarruba; cuasia; sen.

XXXII. EMOLIENTES.—Llantén; borraja; malva; malva-visco; algodouero; cacao; verdolaga; tuna brava; chayote.

XXXIII. ANTIALOPÉTICOS.—Aceite de coco; corteza de guásimo; quina; tabaco; aceite de aguacate; aceite de mamey.

XXXIV. DETERSIVOS.—Zumo de pencas de maguey; tártago; pulpa de yuca brava; guácimo; bejuco de calabaza cimarrona.

XXXV. CICATRIZANTES.—Zábila; quinchoncho; cordoncillo blanco.

XXXVI. ANTIHIDRÓPICOS.—Túa-túa; zábila; gengibre jalapa; saúco blanco [la segunda corteza.]

SÉPTIMA FAMILIA: PAPAVERÁCEAS.

Amapola (*papaver rheas*); adormidera (*papaver somniferum*); cardo santo (*argemone mexicana*.)

OCTAVA FAMILIA: CARIÓFILEAS.

Clavel (*dianthum carioophylus*).

NOVENA FAMILIA: SAPINDÁCEAS.

Jaboncillo (*sapindus saponaria*).

DÉCIMA FAMILIA: HIPERICÓNEAS.

Lacre (*vismia guyanensis*).

UNDÉCIMA FAMILIA: CRUCÍFERAS.

Mostaza (*sinapsis nigra*); rábano (*raphanus sativus*); col (*brásica oleracea*); nabo (*brásica napus*); berros (*nasturtium officinale*); alelí (*cheiranthus cheire*).

OCTAVA CLASE: PERIPETALIA.

PRIMERA FAMILIA: PORTULÁCEAS.

Verdolaga (*portulaca oleracea*).

SEGUNDA FAMILIA: CÁCTEAS.

Cardón (*cactus opuntia*); tuna brava (*cactus coecincilifera*); tuna dulce (*cactus ficus*).

TERCERA FAMILIA: PAPAYÁCEAS.

Lechosa ó papaya (*carica papaya*).

CUARTA FAMILIA: OUCURBITÁCEAS.

Auyama (*cucurbita maxima*); calabaza (*cucurbita pepo*); patilla (*cucurbita citriollus*); pepino (*cucumis sativus*); chayote (*sechium edule*); melón (*cucumis melo*); badea (*melo insipidus*).

QUINTA FAMILIA: PASIFLORAS.

Parcha (*passiflora quadrangularis*).

SEXTA FAMILIA: MIRTÁCEAS.

Mirto (*mirtus communis*); guayabo colorado (*psidium periferum*); guayabo blanco (*psidium pomiferum*); guayabo agrio (*psidium aromaticum*); pomarroso (*cujenia angustifolia*); limoncillo (*calyptranthes paniculata*); malagueta (*pimenta vulgaris*).

SÉPTIMA FAMILIA: SALICARÍDEAS.

Astromelio (*lagestraemia chinensis*).

OCTAVA FAMILIA: ROSÁCEAS.

Rosal de Castilla (*rosa centifolia*); rosal blanco (*rosa alba*); rosal de Alejandría (*rosa galica*); rosal de cuatro estaciones (*rosa semper florens*); caucho (*hirtela silicea*).

NOVENA FAMILIA: TEREBINTÁCEAS

Merey (*anacardium occidentale*); caracolli (*anacardium rhinocarpus*); mango (*magnifera indica*); gateado (*astronium graveolens*).

DÉCIMA FAMILIA: LEGUMINOSAS.

Aroma (*acacia farnesiana*); acacia (*acacia juliflora*); sensitiva (*mimosa sensitiva*); guamo (*mimosa inga*); cují (género *mimosa*); tamarindo (*tamarindus indica*); brusca (*cassia fætida*); cañafistula (*cassia fistula*); frijol (*phaseollus vulgaris*); caraota negra (*phaseollus niger*); haba (*faba vulgaris*); garbanzo (*cicer arietinum*); lenteja (*ervum lens*); alverja (*lathyrus sativum*); alfalfa (*medicago sativa*); guisantes (*pisum sativum*); bucare peonía (*erytrina umbrosa*); bucare liso (*erytrina dubia*); aroma (árbol) (*vachelia farnesiana*); campeche (*hematoxylon campechianum*); ceiba (*eriode-naron aufractuosum*); encina (*catalpa longisilima*);

granadillo (*brya ebenus*); garrocho (*mirodia turbinata*); mora (*mora excelsa*); pino (*pinus occidentalis*); quiebra-hacha ó ébano (*cesalpinea ebano*); dividive (*cesalpinea coriarea*); roble (*platimitium platystachium*); espadillo (*cotalaria sagittalis*); algarrobo (*hymenea courbaril*).

UNDÉCIMA FAMILIA : ASCLEPIADÁCEAS.

Jagua (*genipa americana*); jobo (*spondias lutea*).

CAPÍTULO SEXTO

Indicación de los principales minerales existentes en el Estado.

EL Táchira es una región abundante en productos minerales de toda especie. La dilatada extensión de sus tierras incultas, lo inexplorado de sus bosques y montañas y el limitado desarrollo de los estudios mineralógicos entre nosotros, han contribuido á que ese género de riqueza natural permanezca hasta hoy casi ignorado. Tiempo vendrá en que nuestras minas y canteras atraigan la atención del país, y derramen en él, la abundancia de sus tesoros.

Hé aquí una ligera indicación de nuestros minerales más conocidos.

PRIMERA CLASE

SILICE Y SILICATOS

Género silice

CUARZO CRISTALIZADO. (*Anhídrido silícico, sílice, etc.*) En San Pedro de Seboruco se encuentra una hermosa mina de cuarzo cristalizado, bajo las formas de cristal de roca, cuarzo ahumado, falso topacio y venturina. En las salas de familia, tanto de dicho pueblo como de La Grita, se ven arborescencias de cristal, con las formas geométricas más variadas, extraídas de dicha mina. También en Catarnica, Distrito Castro, se encuentra otra mina, aunque quizá de menor importancia.

CUARZO COMPACTO. Abunda en casi todo el Estado, y no se emplea sino como piedra de construcción.

CUARZO SILEX. Esta subespecie comprende dos variedades: el *pedernal*, abundante en Omuquena de La Grita, donde se emplea para empedrados, y como piedra de chispa para encender yesca; y la *piedra moleña*, de la cual se hacen las muelas de los trapiches y molinos en todo el Estado.

Género arcillas

ARCILLA PLÁSTICA. (*Silicatos de alumina hidratados.*) Es abundante en Independencia, donde se fabrican con ella numerosos objetos de alfarería: igualmente en San Antonio, Tárriba, La Grita, y Pericos, de San Cristóbal.

OCRES. El ocre rojo es abundantísimo en el cerro que está al noroeste de La Grita, y en La Angostura; también lo hay en los campos de Toico y Cua-japiedra, de Táriba; en Paramillo; en Lobatera, y en otros puntos del Estado. El amarillo abunda en Sucre y San José de Bolívar.

Género mica

MICAS. (*Silicatos dobles de alúmina y óxido de hierro, magnesio, etc.*) Estos minerales, que se presentan adheridos á diversas clases de rocas, llaman siempre la atención de nuestros aldeanos, haciéndoles creer que son metales ó piedras preciosas, por el lustre y variados colores con que se exhiben. Abundan en todas partes.

Género serpentina

TALCO. (*Silicato de magnesia hidratado, y, generalmente, hierro.*) En La Grita existe una mina de talco blanco; y de San Antonio y Ureña, he visto grandes trozos de talco amarillento, pero muy limpio: también lo hay en Independencia y otros pueblos.

SEGUNDA CLASE

MINERALES DE PRECIPITACION QUIMICA

Género carbonato

CALIZA. (*Piedro de cal, carbonato de calcio.*) La piedra de cal abunda en Michelena; en el Dis-

trito Castro; en Sorca del Distrito San Cristóbal; en Caricuena de La Grita, y en otros lugares.

PIEDRA LITOGRAFICA. En el Espinal, cerca de Táriba, hay una región de piedra litográfica bastante apreciable.

MÁRMOL. Hay una mina de mármol blanco ve-teado, en Michelena; y la mina de yeso de la Quebrada de San José, en La Grita, tiene algunos filones de piedra tan suave al tacto, tan compacta y tan capaz de lustre por el pulimento, que allí se toma generalmente por mármol.

Género sulfato

YESO. (*Selenita, sulfato de calcio hidratado.*) La mina de yeso más abundante que tiene el Estado, es la de la Quebrada de San José en La Grita. También hay otras minas en Quebrada Seca de San Antonio; y en el Distrito Castro, donde se distinguen dos variedades que el pueblo designa con los nombres de *yeso de espejuelo* y *yeso de riñón*.

ALABASTRO. La mina de yeso de La Grita tiene vetas también de alabastro: éstas están bien caracterizadas, porque sus piedras son más compactas, á la vez que traslucientes, sacaroideas y susceptibles de pulimento. En los templos y en el cementerio de la ciudad, se ven muchas, talladas para lápidas sepulcrales.

EPSOMITA. (*Sulfato de magnesia hidratado.*) En Miraflores, Distrito Junín, en el Cerro del Indio, existe una mina de sal de Epsom.

Género cloruro

Sal común ó sal gemma. (*Cloruro de sodio.*)
Existe una mina en las montañas del Uribante, Distrito del mismo nombre.

TERCERA CLASE

MINERALES METALICOS

Género hierro

HIERRO ARCILLOSO. (*Sesquióxido de hierro.*)
Existe abundantemente entre las quebradas de Agua Caliente y del Hospital, y calle de la Unión, en San Cristóbal: se encuentra superficialmente, y contiene granos de cuarzo. También lo hay en la Sabana de la Concordia y en la Quebrada Machirí, del Distrito expresado.

PIRITA DE HIERRO. (*Bisulfuro de hierro.*) En los Helechales y la Mona, del Distrito San Cristóbal, y en el Río de Oro, Distrito La Grita, existe esta sustancia metálica, que, por su brillo, parece oro. Se reconoce, porque al pulverizarla toma el color del hierro.

Género plomo

GALENA. En Omuquena, Distrito La Grita, existe una mina de plomo, de la cual extraen pedazos los cazadores para hacer perdigones.

Género cobre

COBRE NATIVO. Las minas de cobre más notables que tiene el Estado, son las de San Pedro de Seboruco, en el Distrito La Grita. En 1839 analizaron muestras de estas minas, los mineralogistas R. Hatton, John Neuman Turner y James Treloar, y todos ellos encontraron un setenta por ciento de cobre puro, esto es, más que en las célebres minas de Cornuailles (Inglaterra), y de Copiapó (Chile). En 1846 encontró de un setenta á un setenta y cinco por ciento, el químico P. N. Tohnson; y en 1877, los señores doctor A. Ernst y T. H. Folingsby, analizaron muestras de las mismas minas, á excitación del progresista é inteligente general José Antonio Baldó, y obtuvieron, el primero, un cuarenta por ciento de cobre, y el segundo, un sesenta por ciento de cobre y un ocho por ciento de plata.

Género oro

ORO NATIVO. Existen dos minas de oro en el Estado. La primera en el Cerro del Oro, región del Quinimarí, al Sur de San Cristóbal. De ella dice el ingeniero inglés James Treloar: «que cree fielmente y asegura sin temor de equivocarse, que en dicha peña «del Oro,» existe una mina tan rica y abundante como jamás se ha visto igual en ninguna parte; que esa mina consta de más de veinte vetas, cuya latitud es de más de tres varas, y que los minerales que en ella se encuentran son especialmente oro y plata en abundancia.» La otra mina está en Carira, del Distrito La Grita. El caño

Oropito y el río Carira arrastran arenas auríferas de dicha mina: para 1840 había allí lavaderos de oro, los cuales han sido abandonados por lo enfermizo del lugar.

En Pregonero existe la tradición, de que los Padres Franciscanos descubrieron una mina de oro en las montañas del Uribante, y cuyos planos enviaron á España: tal vez se encuentren en el gran archivo de Simancas; ó en los de Madrid, Sevilla y Alcalá, adonde fué trasportado parte de aquel archivo.

Género plata

PLATA NATIVA. Existe mezclada con los minerales ya descritos.

CUARTA CLASE

COMBUSTIBLES MINEBALES

Género azufre

ACIDO SULFHÍDRICO. Existe en las aguas sulfurosas de Urefia, La Grita, Colón y San Cristóbal, ya descritas.

Género carbón

HULLA Ó CARBÓN DE PIEDRA. Existen minas en La Laja y Miraflores, del Distrito San Cristóbal; en Cerro Negro, del Distrito Junín, y en diferentes lugares de los Distritos La Grita, Castro, Ayacucho y Lobatera.

Género carburo

1 **PETRÓLEO.** (*Carburo de hidrógeno.*) Las minas más notables existen en La Petrólea, Distrito Junín, y en Yegüines y La Fría, del Distrito La Grita: éstas últimas fueron denunciadas por el señor M. Benedetti.

ASFALTO, BETÓN DE JUDEA Ó PEZ MINERAL. Parece que existe en algunos puntos del Estado, donde el pueblo lo llama copé.

ALQUITRÁN. Existe en Los Corozos y Agua Dulce del Distrito San Cristóbal, y en Yegüines del Distrito La Grita.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Agricultura, crías, comercio, rentas y gastos del Estado

AGRICULTURA

LA agricultura es la industria preferente en toda la extensión del Táchira. Sus tierras, dilatadas y fecundas, se hallan en las circunstancias físicas y climatéricas más favorables para la mayor producción posible de vegetales útiles al hombre. La escasez de brazos y el tradicionalismo en los sistemas agrícolas, han impedido el verdadero desarrollo de la agricultura en aquel suelo privilegiado ; pero ya vendrá día en que sus trojes y graneros abastezcan no sólo el Estado, sino que constituyan, con la exportación de sus productos, una invalorable fuente de riqueza pública.

El primero de los frutos que ha venido cultivando el Táchira en los últimos tiempos, es el café. Introducido en 1794 por don Gervasio Rubio, llegó á ser en 1890 el alma de la agricultura regional. Doscientos mil quintales de fruto se exportaban anualmente por las vías de Cúcuta, Colón, Guamas y Escalante.

Hoy, su cultivo está sobremodo abatido: bajado el precio del fruto á su valor natural, y no disminuidos en las haciendas los crecidos gastos con que se beneficiaba en los días de su gran demanda, los agricultores se han visto forzados á trocar los cafetales en campos de frutos menores, para impedir la consumación de su ruina. Con todo, no se exportan menos de sesenta mil cargas anuales.

El cacao fué en otro tiempo una riqueza del Estado, y su calidad lo hizo apreciable en los mercados de fuera. Una enfermedad, que el pueblo llamó *mancha*, destruyó la mayor parte de cacaotales, y hoy, su cultivo es insuficiente para las necesidades de la localidad.

Como se ve, un pequeño obstáculo nos ha privado de un tesoro.

Nuestro pueblo es demasiado ignorante en agricultura: por tradición conserva aún las nociones que nos legó España; pero ignora totalmente los sistemas modernos de cultivo, que hacen la producción más intensiva en menos extensión. Poco observador y fiel á la idea tradicional, aún cree que las abejas perjudican los sembrados, y persigue el lagarto, la rana y el buho como enemigos de las labranzas y las éras. Por eso, no es raro que en vez de buscar los medios de impedir la *mancha* del cacao, prefiriera abandonar su siembra.

Esta enfermedad es característica de la exuberancia del árbol. Cuando éste llega á dar mayor producto, entonces aparece en su tronco una mancha negra, en forma de anillo, que lo mata. El modo de curarlo consiste en hacer una incisión circular en la corteza del tronco, inmediatamente arriba de la parte afectada; y si la enfermedad pasare, entonces se descortezaza toda la porción invadida, con lo cual la mata no sufre y la afección se extingue.

La Caña de azúcar continúa siendo en el Táchira, como en Venezuela toda, uno de los manantiales más caudalosos é inagotables de riqueza. Se conocen varias clases: la común ó criolla, la amarilla de Otahití, la morada, y la extranjera ó cristalina.

Su cultivo está aún muy atrasado: indiferentemente se plantan los cañaverales en las vegas, en los flancos de los cerros ó en las altiplanicies, y sin embargo, es sabido que la clase de terrenos influye poderosamente en el desarrollo de la planta, en la abundancia de las savias, en la vitalidad de la mata y en la cantidad de azúcar que los jugos concentran.

Los terrenos compuestos de piedras ferruginosas y de barro amarillo, los cuales contienen regularmente peróxido de hierro hidratado, peróxido de magnesio y sílice, así como los que tienen piritas de protosulfuro de hierro, son impropios para el cultivo de la caña, la cual se produce exuberante y vigorosa, en terrenos graníticos y calcáreos, donde se encuentran sílice, alúmina, potasa, cal, sosa, magnesia, protóxido de hierro y ácido fluórico, sustancias que al descomponerse por las acciones químicas, suministran á la planta todos los elementos que necesita para su vitalidad.

En cuanto al beneficio de la caña, nuestros mé-

todos son rudimentarios: uno que otro trapiche de hierro, muchos de piedra y un noventa por ciento, de masas de palo. Nuestros motores son: el agua en los primeros, el buey en los segundos y hasta el paciente asno en los últimos.

Con un poco de estudio en el cultivo de la caña y con mejores sistemas de molienda, el Táchira podría abastecer de azúcar á los Estados Zamora y Bolívar, y aun enviarla al Zulia y á la Provincia de Cúcuta en Santander.

Uno de los cereales que en más abundancia se cultivan en el Táchira, es el trigo. En algunas regiones se produce tan vigoroso y tan plétórico de elementos nutritivos, que en nada cede á los mejores de Odessa y Sandomir; pero nuestras harinas no pueden, ni con mucho, compararse á las de Norte América y Europa.

Algunos hacendados, como don Elías Burguera y otros, han introducido aparatos de molienda como los que se usan en los Estados Unidos, para ver de mejorar las condiciones de la harina; pero desgraciadamente, no han sido ayudados en su patriótica empresa, por el buen sentido de los agricultores; y sabido es que la condición de las semillas y la clase de las tierras influyen poderosamente en la calidad de la harina. «Sembrad trigos buenos en tierras flojas, dice Mr. Vilmorin, ó trigos pobres en tierras fértiles, y el resultado será siempre malo: en el primer caso, no cosecharéis nada; y en el segundo, la cosecha no pagará los gastos de la cultura.»

Los tres Estados de la Cordillera están destinados, en no lejano tiempo, á surtir de harinas de excelente calidad á toda Venezuela. Ese día, ya no tendremos el sonrojo de ver introducir harinas ex-

tranjeras á la tierra del trigo y del pan. Pero para ello, urge mejorar nuestros sistemas de cultivo y de molienda : es necesario elegir para la siembra, las mejores semillas y los terrenos más apropiados, y cambiar nuestros tradicionales molinos por los que se usan modernamente.

En algunas partes, nuestros trigos son de malísima calidad : depende ello, en mucho, de sembrar semillas enfermas.

Los principales hongos que alteran el trigo, como á los cereales en general, son el carbunco, la carie, el añublo, el tizón y el cardenillo.

El carbunco es un hongo que transforma el perispermio de los granos en un polvillo negro. Esta enfermedad es incurable, y para que los campos no se contaminen de ella, deben quemarse las pajas y los trigos recolectados, y evitar en lo sucesivo sembrar semillas afectadas de dicho contagio.

La carie trueca verdes las espigas cuando están en la época de la florescencia, mancha las hojas y tallos de la planta, arruga los granos y transforma su fécula en un polvillo negro y fétido : para curar las semillas de esa enfermedad, deben someterse á una encaladura, ó limpiarlas previamente con lejías compuestas de ceniza y cal.

El añublo, ó tizón, resulta de la implantación de unos hongos microscópicos en la superficie de los órganos de la planta, y se presenta bajo la forma de pústulas pequeñas de figura oval, y de color blanquizco ó amarillo. De ellas se desprende un polvillo que el viento lleva á las hojas y granos de las matas vecinas, y así se propaga la enfermedad á todo un sembrado. Aún no se conoce la manera de cu-

rarla; pero los granos viciados deben separarse é incinerarse.

El cardenillo ataca muy especialmente al maíz, y se presenta como una manchita verde que se propaga en toda la fécula, hasta que á vuelta de algunos días rompe la película del grano y ataca á los demás. Los cereales así afectados causan en el hombre una enfermedad grave, por lo cual, lo mejor es detestarlos, á menos que se puedan depurar en hornos calientes á una temperatura de 100°.

El maíz, del cual existe entre nosotros más de media docena de variedades, es uno de nuestros más ricos cultivos. Se produce exuberante en todos nuestros climas. Sólo necesitamos sacar mayor producto de él: elaborar las diferentes harinas que, con los nombres de maicena, maíz-oriza y maiceína, se han popularizado tanto en otras partes, y que tan útiles son en la economía doméstica.

Uno de nuestros vegetales más apreciados es el plátano, del cual tenemos diez especies. Nuestro pueblo comprende la bondad de ese fruto, del que ha dicho Humboldt: «que produce más que cualquier otro vegetal de producto comestible;» y Mr. de Boussingault: «que á su cultivo se debe sin duda el proverbio tantas veces repetido entre los trópicos, *que nadie se muere de hambre en América*, palabras consoladoras que jamás se han visto desmentidas.» En efecto, el plátano contiene gran cantidad de elementos nutritivos, es uno de los pocos vehículos para ingerir hierro en el organismo humano, se presta para preparar con él multitud de platos, y es, además, de facilísimo cultivo, seguro y abundante en las cosechas, ocupa poco espacio y

él solo va produciendo una mancha, sin necesidad de nuevo trabajo de siembra.

Necesitamos, sí, sacar mayor producto de él: elaborar la bananina, harina tan apreciable para diversos usos domésticos; hacer el vino del plátano maduro, y utilizar las fibras para la exportación, y para crear la industria de torcido de cuerdas, tejido de sacos, etc.

El tabaco, bajo las formas de cura seca, de rollo y ambirado, fué un caudal de exportación en el Táchira, no sólo á fines del siglo diez y ocho, sino en toda la primera mitad del diez y nueve. Hoy está muy decaído su cultivo; y sin embargo, nuestras tierras son favorables para su más fecundo desarrollo: sólo que interesa modificar nuestras semillas, introduciendo las del habano, ó *nicotiana repanda*; del de Veracruz ó *nicotiana pusilla*; y otras especies altamente apreciadas por los fumadores.

También se cultiva en gran cantidad, entre nosotros, el arroz; pero pudiera hacerse aumentar su producción, si se tuvieran en cuenta por los agricultores las advertencias siguientes: 1ª El arroz no se desarrolla con todo su vigor, sino en las tierras húmedas, por lo cual deben elegirse éstas para sembrarlo; 2ª Antes de regar la semilla, debe tenerse en agua, durante diez ó doce horas; y 3ª Si se quiere cultivar en terrenos altos y secos, debe introducirse en el país, la variedad llamada *arroz de montaña, seco ó de Cochinquina*, el cual es el *oriza nepalensis* ó *mutica* de Boxburg, cultivado en abundancia en la Carolina del Sur.

Además, para conservar el arroz sin que se pique, como el maíz y otros cereales, conviene adoptar el sistema antiguo de silos, único verdaderamen-

te eficaz; y por último, es necesario romper con nuestra rutina, y darle circulación, no sólo en grano, sino también en harina, así como buscar á ésta nuevas aplicaciones en la economía doméstica, combi-nándola con las de trigo, maíz, plátano, etc.

El Táchira es también rico en toda clase de le-gumbres, raíces y menestras. Entre las papilionáceas leguminosas, tenemos la alverja, el garbanzo, las habas y diversas especies de frijoles: se cultivan en gran abundancia, magníficas patatas (*papas*), así como yuca, apio, batatas, ñames y numerosas hortalizas. Con todo, en el Capítulo IX de esta obra, se indicarán muchísimos vegetales útiles que deben introducirse como una mejora para el Estado.

CRIAS

Región montañosa como es el Táchira, abunda poco en crías, á punto que para surtir de buenas carnes el Estado, se introducen anualmente de Apure y Casanare, más de veinte mil reses de ganado vacuno: esto, hecha excepción del nuevo Distrito Páez, pues todo él está destinado á la cría.

No obstante, en los páramos y aun en las regiones bajas, hay grandes crías de ganados lanar y caballar, de ovejas, cabras, asnos y cerdos. El páramo de los Nogueras, en La Grita, aún tiene muchos centenares de reses que han quedado de los días en que sus dueños tenían allí un inmenso hato de vacas, yeguas y cabras.

COMERCIO

El Táchira mantiene activas y valiosas relaciones comerciales con todos los pueblos que lo rodean.

Por los Puertos de Escalante y Encontrados, exporta café, cueros, tabacos ambirados y algunos frutos menores; para Colombia, maíz, papelón, pescado, alverjas, frijoles, cebollas, repollos, etc.; y para Zamora, café, harina, aguardiente, panela, tabaco en rollo, tabacos ambirados, bocadillos, hamacas de hilo, sombreros de caña Machirí, suela criolla y algunos frutos menores. A su vez, el Estado recibe por vía Maracaibo, mercancías húmedas y secas, sal, pescado y otros productos; de Colombia recibe numerosos artículos, como azúcar de Soconana, tabaco de Girón, anís de Ocaña, cacao, sombreros de Zapatoca y Girón (imitación de jipijapa), diversos tejidos de algodón y de lana, como mantas, ruanas, hamacas y lienzos; sacos de fique, lazos y alpargatas de cocuiza; badanas, zamarros, frenos y espuelas de hierro; conservas; sillas de montar; mulas y caballos. También de Mérida recibe anís del Tocado, conservas, azúcar y otros artículos.

Las mejoras que día por día adquiere el Ferrocarril del Táchira, los magníficos caminos que se están abriendo hacia el Llano, y la reanudación de relaciones con Colombia, harán aumentar muy pronto nuestro comercio, y por ende, nuestra producción agrícola.

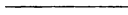
RENTAS Y GASTOS DEL ESTADO

La nueva Ley de Presupuesto del Táchira, presupone como renta para el presente año de 1905, la suma de cuatrocientos cincuenta y nueve mil sesenta bolívares, producto de los siguientes ramos:

Por situado	B.	240,000
» venta de papel sellado		24,000
» el 35 p ^o sobre el producido de la Renta de Licores y Tabacos		120,000
» la asignación al Lazareto de Mi- chelená		39,060
» impuesto de potreros de ceba		36,000
		<u> </u>

Esta suma anual se distribuye así:

Para el Departamento Legislativo . . .	B.	28,202
» el Departamento Judicial		83,400
» el Departamento Administrativo . . .		347,458



CAPÍTULO OCTAVO

Población, raza, instrucción, cultura, costumbres.

POBLACION

LA población del Táchira aumenta en una proporción mayor que la de Venezuela en general.

Para el año de 1.839, tenía el Estado 27.710 habitantes; para 1.846, 42.731: el censo del general Guzmán Blanco, practicado en 1.874, le da 68.619 habitantes; y el del doctor Andueza Palacio, en 1.891, le da 101.709. Si de estas cifras deducimos el aumento medio de población por año, y con él calculamos la población actual, resulta que debe tener hoy, incluyendo el nuevo distrito que se le agregó por la Constitución de 1.904, 135.639 habitantes.

Las guerras, tan frecuentes en el país, son la causa que más impide el aumento de nuestra po-

blación. Por lo demás, la benignidad de nuestros climas, la sencillez de nuestras costumbres y las condiciones de nuestra alimentación, nos inmunizan así contra las epidemias, como contra esas enfermedades endémicas que son una especie de tumba siempre abierta para los mortales.

RAZA

En casi toda la extensión del Táchira, con excepción de algunos campos del Distrito Castro, desapareció la raza que poblaba aquellas regiones para la época de la conquista. En el Distrito La Grita, por ejemplo, no pudo encontrar el naturalista Sievers, un solo individuo que conservase aún los caracteres fisonómicos de los indios que habitaban en aquel suelo. Los restos que se conservan en toda su pureza, de aquella raza importada, se encuentran en las regiones del Zulia, entre los ríos Catatumbo y Escalante, y en lo interior de las selvas de San Camilo. Por informaciones de los cronistas de Indias, y por identidad de apellidos, se desprende que las familias españolas que colonizaron el Táchira, fueron casi todas procedentes de Castilla la Nueva, de Asturias y las Provincias Vascongadas. Probablemente, con las últimas, llegaron también individuos de origen francés, cuyos apellidos aún se conservan, por lo menos, en los libros parroquiales antiguos.

INSTRUCCION

Según la relación del movimiento de los Planteles de Instrucción en el Táchira, publicado con fecha 30 de noviembre de 1904, por el Superinten-

dente de Instrucción Popular, señor Ramón Buena-hora, cuenta el Estado actualmente con ochenta establecimientos de instrucción, en los cuales reciben enseñanza tres mil quinientos sesenta y tres niños de ambos sexos. De estos Planteles, dos son Colegios Nacionales ; dos, Particulares ; y uno, Municipal : cuarenta y ocho, Escuelas Nacionales ; cinco, Federales, quince, Municipales, y doce, Particulares.

La instrucción primaria está bastante generalizada en el Táchira : la masa analfabeta es ya muy reducida : en todas partes se palpa un gran interés por aprender á leer y escribir, y hasta en las más apartadas regiones, no falta quien enseñe al niño por lo menos la Cartilla primaria y el Catecismo cristiano.

La Grita ha venido siendo uno de los mejores centros de instrucción de la Cordillera. Los dos Colegios, de varones y hembras, que fundó allí el sabio levita, Pbro. doctor J. M. Jáuregui, recibieron en su seno, durante un lapso de veinte años el uno, y de cinco, el otro, más de mil quinientos niños de ambos sexos.

CULTURA

En la mayor parte de los pueblos del Táchira, se nota una cultura no común en las gentes de posición social. Generalmente se oye hablar la lengua patria con notable pureza, sin suprimir sílabas en las palabras, ni desfigurar éstas con el cambio de letras ó la adición de elementos innecesarios : y ello proviene, ya de los primitivos colonizadores, ya también del aprendizaje en las escuelas, donde no sólo se enseñan al niño los principios gramaticales, sino también, la

corrección de las palabras adulteradas ó de invención meramente popular.

En todos los hogares se encuentra siempre el libro como compañero de las labores domésticas

Hombres y mujeres, aunque no se hayan dedicado especialmente á un ramo del estudio, están más ó menos al corriente de los nuevos rumbos que toman en el espíritu las artes y las letras; y en todos los pueblos, no faltan por lo menos uno ó dos individuos de ciencia que mantengan encendida en el altar sagrado la lámpara del humano saber.

El tachirense es por naturaleza altivo de carácter; pero culto en sus maneras: desecha, sí, todo amaneramiento que raye en lo ridículo ó revele hipocresía. Es franco en el trato, caballeroso en los procedimientos, cumplido en la promesa empeñada. El espíritu filantrópico que domina en nuestro pueblo, hace que la caridad sea una virtud á la cual se rinde allí culto especial. Aún no hay ejemplo de una persona que haya muerto entre nosotros, en medio de la indiferencia pública, por falta de un abrigo ó de un pedazo de pan.

La música es uno de los placeres de nuestro pueblo. En ella expresa sus dolores y canta sus triunfos.

El requinto tachirense, de cuerdas de alambre, rasgado por uno de esos mozos de pueblo y acompañado por una ó dos guitarras, en una hora de expansión íntima, al sonido de las copas y entre los hurras frenéticos de los circunstantes, constituye la más alta expresión de la armonía, algo que la palabra humana no puede describir y ante lo cual la lira de Anfión y la flauta de Pan habrían callado en éxtasis producido por la más profunda admiración.

En los campos ejecutan admirablemente la bandola, el bandolin, el cuatro y otros instrumentos de cuerdas.

En los Colegios y en las casas de familia, se dan clases de música; pero nuestra música social está muy atrasada, comparativamente con el progreso que ha adquirido en otras partes de Venezuela.

EL HOGAR

En los Capítulos anteriores se ha hablado de las preciosas minas que encierra nuestro suelo, de la multitud de plantas útiles y animales que contienen nuestros bosques, de la fecundidad de nuestras tierras y la inagotable bondad de nuestros climas; pero no son esas minas, ni esos vegetales y animales, ni esa fertilidad del suelo, ni esa dulzura del clima lo que constituye nuestra mayor riqueza; nó: nuestro principal tesoro está en el hogar tachirense, en ese santuario de honor y de virtud, donde el amor tiene culto; el bien, perfume; y Dios altar. Es allí donde está nuestro mayor deleite, nuestro más bello encanto, nuestra riqueza mayor.

El matrimonio no se realiza entre nosotros por conveniencias materiales, sino por mutuo amor. Es el corazón quien atrae á los futuros desposados, quien los deslumbra con las irradiaciones de la pasión, quien los une con diamantina cadena y los lleva un día de brazo á constituir el nido del hogar. Y allí, en ese verjel que el amor alumbró con sus rayos de oro, y la virtud guarnece con sus níveas alas, allí el trabajo es ley; el decoro, hábito; la mutua ayuda, instinto; la cultura, ambiente; y el honor, broquel.

La mujer tachireNSE es un modelo. Niña, sigue á su madre como el planeta al sol, y es sencilla, modesta y pura como un ensueño ideal; esposa, es amante, sufrida y laboriosa, y sabe hacer de su adorado un ídolo, á cuyo culto ofrenda vida y todo; y madre, pone el alma en sus hijos, se connaturaliza con ellos, los cuida hasta en las sombras de la noche, y hasta en la fosa sepulcral, si la muerte, dura y cruel, llega un día á arrebatárselos del seno de su corazón.

El niño se levanta bajo el respeto de sus padres; hace en todo su voluntad, y los ayuda, los favorece, los cuida y los acompaña hasta el momento doloroso en que se ve obligado á abandonarlos en la eterna mansión.

Raras veces se ven en nuestras familias esas escisiones profundas que el odio enciende, y que son mengua y baldón para un hogar cristiano; y es que el interés no puede introducir la discordia en aquellos corazones que saben sacrificarlo ante el ara del verdadero amor.

ALIMENTACION

Entre nosotros se hacen generalmente cinco comidas diarias: desayuno, almuerzo, puntal, comida y cena. Al levantarse la persona, toma un poco de café puro, y á las siete y media de la mañana, el desayuno. Este se compone de café con leche, ó chocolate, pan de trigo ó de maíz, queso ó mantequilla, y algunas veces carne. A las doce, se sirve el almuerzo, que consta generalmente de salcocho ú otra sopa cualquiera; verduras, las cuales comprenden plátano, papas, apio, yuca, maíz tier-

no, batata, ñame, etc., todo cocido; carne hervida, asada ó frita; platos adicionales, como huevos fritos, pasteles, etc.; pan, frutas y café. La comida se sirve á las seis post meridiem, y la constituyen una sopa de fideos ó de otra cosa; otra de alverjas ó caraoatas; carne asada, guisada ó frita; arroz seco; ensalada de lechugas, ó berros ó rebanadas de papas, sanahorias, etc.; dulce y café.

Nuestros platos regionales son el salcocho, el escabeche, el mondongo, el caldo de alverjas molidas, la mazamorra de maíz ó de arroz, las hallacas, los bollos y la costilla asada.

Los niños y las personas de edad, toman á las tres de la tarde lo que llaman *las once ó el puntal*, y que consiste en un pocillo de chocolate con pan y queso, y á veces, dulce; y tambien merienda ó cena, á las nueve de la noche, y la cual se reduce á un pocillo de chocolate con pan y queso, excepto en los campos, donde se sirve á cada persona una gran taza de mazamorra.

La alimentación de los jornaleros es abundante y nutritiva, y tiene siempre como base indispensable la carne.

BAUTISMOS

El bautismo se celebra casi siempre entre nosotros, á los pocos días de nacido el chicuelo. Los padrinos y los invitados concurren á la casa, y, precedidos por dos chiquillas que conducen, la una, el capillo, y la otra, una vela lujosa, se dirigen al templo. Verificado el acto religioso, la concurrencia, acompañada del Cura, retorna á la casa, donde se presenta un obsequio, que puede ser un vaso de

champagne ó cerveza, dulces ú otra cosa: luego, los padrinos regalan á cada persona, una tarjetica ó un ramillete artificial con esta inscripción: «Reuerdo del bautizo de N. N. Padrinos A. A. y B. B.» Una ú otro tienen siempre adherida una moneda de medio real. Algunas veces, sigue un banquete ó un baile.

MATRIMONIOS

El acto civil se verifica regularmente á las ocho de la noche, y el religioso á las seis de la mañana del día siguiente. La novia, conducida de brazo por su padre ú otro miembro de la familia, va á estos actos vestida de blanco, con su guirnalda de azahares en la cabeza y un ramo de flores blancas en la mano. Retornada la concurrencia á la casa, se sirve un opíparo desayuno, al cual sucede, á las doce del día, un almuerzo, ó «boda nupcial.» Esta la preside casi siempre el Cura, y durante ella, suele leerse algún canto epitalámico, ó pronunciarse un discurso por alguno de los amigos de la familia. Sólo en los matrimonios de la gente del campo, hay algunas veces baile.

ENTIERROS

El sacerdote con sus vestiduras de ritualidad y precedido de la Cruz, se dirige á la casa mortuoria, donde esperan las personas que acompañan al entierro. De allí sale el convoy hacia el templo: el clero inicia la marcha; luego va la urna mortuoria, sobre una mesa cubierta con un ropón de terciopelo, tachonado de estrellas, galones de oro y

plata, sigue el cuerpo de doloridos, y detrás, el acompañamiento.

En la puerta de la iglesia, se despide parte de los concurrentes; pero los más, y algunas veces el sacerdote, van hasta el Cementerio, donde se suele pronunciar alguna oración fúnebre ó recitarse alguna poesía elegíaca.

En los campos, y entre la gente de baja esfera, la muerte de una persona es causa más bien de un regocijo general que de duelo. El *velorio* de un adulto se convierte en comida, *bebezón* y charla; y el de un párvulo, hasta en baile, música y canto.

FESTIVIDADES RELIGIOSAS

El espíritu religioso es un carácter distintivo de nuestro pueblo. La fe constituye entre nosotros parte de la vida. Creer es allí algo como amar: una tendencia del espíritu, una manifestación de la actividad.

Nuestro año religioso tiene muchos días de precepto, que se celebran con inusitado fervor; pero cada pueblo, cada aldea, cada familia tiene también sus devociones particulares, que vienen á formar casi otros tantos días de fiesta.

Muchas veces una procesión inmensa se desprende de un campo, conduciendo la imagen de San Isidro labrador, San Lázaro ú otro santo: llegan por la tarde á la ciudad; colocan la imagen en el templo; al día siguiente le hacen celebrar una misa solemne, que el pueblo festeja también con disparos de fusiles, cohetones, etc.; y á la caída del sol, retornan de nuevo al campo, depositan la imagen en su santuario, y la concurrencia va á ocupar pues-

to en el banquete con que parte de la familia había quedado esperando en el hogar.

El seis de enero, después de la festividad religiosa, el pueblo celebra la adoración de los Reyes Magos. La multitud se agrupa en las calles desde el medio-día, hasta que ve asomar por el Oriente la estrella precursora, y luego, á los tres monarcas, ginetes en sus cabalgaduras y seguidos de sus equipajes, cargados en acémilas. En el camino encuentran con un ermitaño, quien les dirige un profético discurso; luego pasan el río Jordán por un puente de cuerdas, llegan al palacio de Herodes, confieren con el feroz Hidumita y van á presentar sus ofrendas al Mesías, que espera en los brazos de su madre y rodeado de su padre putativo y de pastores en una gruta, formada ordinariamente en el vestíbulo del templo. A las seis de la tarde, termina la fiesta, que deja siempre un mundo de recuerdos y de impresiones gratas en los espectadores.

En la Semana Santa, las gentes todas de los campos concurren á la ciudad; asisten fervorosamente á los oficios religiosos, y en algunas partes, practican ciertas costumbres tradicionales, como la de no hacer fuego y podar los jardines y árboles frutales el viernes santo; vestir de luto riguroso el jueves, viernes y sábado, y de color, el domingo de pascua, día en que las familias se cruzan tarjetas de felicitación, regalos, invitaciones á comer, y aun á bailar por la noche.

El mes de mayo está consagrado al poético culto de la Madre de Dios. Su templo, donde lo hay, se engalana suntuosamente desde el primero del mes, y todos los días se celebra en la mañana una misa

solemne, y por la tarde, un oficio religioso que atrae al templo con el cuádruplo encanto de la música, de las flores, de la palabra sagrada y de la mujer.

El día de Corpus es hermosísimo. Las Ermitas se hacen en las calles, ornamentadas con toda clase de adornos y de galas; y la procesión va haciendo posas en cada una de ellas, hasta retornar al templo.

El veinticuatro de junio hay la costumbre de festejar á San Juan con paseos campestres, que dicen *correr á San Juan*: por la tarde hay en cada casa un banquete de familia, y generalmente por la noche, baile.

El mes de diciembre tiene para nosotros atractivos particulares. La naturaleza misma parece que concurre á solemnizarlo: los días son bellísimos, y las noches, serenas. Los campos se visten de variadas flores, el aire es más puro, el cielo más diáfano y el espíritu como que se siente mejor.

Las misas del niño se celebran á la madrugada, y son muy concurridas.

Por la noche, el pueblo se reúne en diversos grupos, los cuales, provistos de sus instrumentos decembrinos, van á las casas de familia, á *cantar los aguinaldos*.

La noche de Navidad nadie duerme: temprano hay tertulia en casi todas las casas; á las once, las familias van á la misa, muchas de las cuales se quedan en el templo á oír también la *misa de gallo*. El día siguiente es de huelga general: banquetes, bailes, paseos, etc. En cada casa se exhibe un *pesebre ó belén*, que pueden entrar á verlo libremente todas las personas. Estos pesebres dan motivo á una serie de tertulias que se prolongan hasta el siete de enero.

El ocho de diciembre, celebran la fiesta de la Inmaculada, las Hijas de María. Los frentes de las casas se ostentan de gala: las niñas van al templo vestidas de blanco y azul, y asisten á la misa en comunidad. Por la noche se verifica una espléndida velada religioso-literaria, en la cual se hace la elección de nuevas funcionarias de la sociedad Hijas de María.

FIESTAS POPULARES

También tienen los pueblos del Táchira sus fiestas patronales, en que toma parte todo el mundo. San Cristóbal la celebra el 20 de enero; Táriba, el 15 de agosto; La Grita, el 14 de setiembre, etc. Prolónganse seis ú ocho días, que están destinados á la feria y al regocijo general. La víspera del patrón, á las doce del día, de un momento á otro, la ciudad se exhibe empavesada con arcos, banderas, gallardetes y cintas. Una ó dos bandas filarmónicas recorren las calles, entre la multitud que se agrupa con motivo de la distribución de los programas. Por la tarde hay corridas de caballos, juegos de cintas, capeo de toros en alguna de las plazas, que previamente se transforma en circo; y por la noche, música, globos, fuegos artificiales, bailes, etc., todo lo cual se repite durante cada día.

Estas fiestas producen entre nosotros el mismo efecto de las exposiciones en los países cultos. Se estrechan las relaciones sociales y de comercio, se abren nuevas válvulas de salida á la producción, se mejoran los caminos públicos, se embellecen las ciudades y se avanza en el progreso material y en la cultura del espíritu.

CAPÍTULO NOVENO

Mejoras que deben introducirse en el Estado

INMIGRACION

EL Táchira, como Venezuela toda, necesita inmigración.

Tenemos regiones inmensísimas de selvas y de bosques, donde no se oye el golpe del hacha, ni se ve salir, de la pajiza choza, la espiral de humo.

Pero necesitamos una inmigración selecta; que proceda de una raza inteligente, honrada y laboriosa; que venga á dar ejemplos de intelectualidad en el trabajo; á enseñar prácticamente los nuevos procedimientos de la agricultura y las industrias fundamentales; á traer hábitos de educación

y de civismo; á desarraigar errores tradicionales en el pueblo, y á trasfundir su sangre en la nuestra, para producir cada vez mejores las excelencias de la raza.

Las inmensas selvas que demoran á las orillas del Uribante y los dilatados bosques que se yerquen entre los ríos Zulia y Escalante, piden á grito herido pobladores que vayan á darles movimiento y vida; á trocar ese suelo en oro, esas arboledas en pan, y ese silencio infecundo en el alegre bullicio del arte y de la industria; del ganado que brama en la dehesa, de las ovejas que triscan en el peñón, de la recua que va á la ciudad conduciendo los frutos del trabajo, ó de la locomotora que viene del lejano puerto, trayendo los múltiples beneficios del progreso y de la civilización.

INSTRUCCION

Para producir un impulso progresivo en nuestro pueblo, necesitamos también cambiar nuestro sistema de enseñanza elemental. El Táchira, como Venezuela toda, ha permanecido extraño á los progresos de la *escuela* en el mundo.

El sistema antiguo de aprendizaje de memoria, hecho rudo é inconscientemente, ha sido ya relegado por los países cultos, convencidos de que él no hace sino cansar el cerebro, depauperar el organismo y apagar las facultades del intelecto. Hoy hay métodos modernos, al frente de los cuales están los sistemas objetivos, que al mismo tiempo que enseñan al niño el por qué de todo, y le dejan un mundo de enseñanzas preciosas para

la vida práctica, le desarrollan y le educan el entendimiento, que es lo principal. Un gran criterio vale más que un sabio. Una inteligencia clara y bien dirigida es preferible á esas erudiciones monstruosas, pero llenas de idealismos y de errores que jamás conducen al hombre por el camino de la verdad; especie de ciegos que, llevando en alto una antorcha, van alumbrando un camino que ellos mismos no ven.

La instrucción elemental es la preparación para la vida, y en esa preparación, lo que se debe desarrollar preferentemente, es el hombre mismo, esto es, una inteligencia para la verdad y un corazón para el bien. Desenvueltas esas facultades, el niño progresa cien veces más, porque lo que bien se ha comprendido pasa desde luego á formar en el patrimonio de nuestras ideas, en tanto que lo que forzosamente se ha llevado á la memoria, está sujeto á olvidarse sin dejar ningún bien.

Para realizar esta revolución en la *escuela*, deben introducirse los libros modernos; hacerse propaganda por la prensa, y fundar, si es posible, uno ó dos establecimientos didácticos en la Capital del Estado, á fin de formar allí profesores que vayan á propagar por todas partes los nuevos sistemas pedagógicos, y á producir, con la objetividad de la enseñanza, los mismos resultados que ha producido en el mundo el *método de observación y de experiencia*, el cual cambió los ideales de la humanidad en el siglo diez y seis, y en el diez y nueve y veinte, ha creado las incomparables maravillas de la Ciencia moderna.

VÍAS DE COMUNICACION

Los caminos constituyen una de las mayores necesidades para todo país. Pueblos que no tienen comunicación están estancados para el progreso. Las relaciones comerciales son, en los tiempos que hemos alcanzado, el más eficaz impulso del adelanto.

El Táchira necesita mejorar sus caminos, para estrechar las relaciones entre sus pueblos, para dar mejor salida á sus inmensos frutos y para introducir más fácilmente todo lo que necesita del exterior.

El camino más importante del Estado, es el que lo comunica con el Lago de Maracaibo; el *Gran Ferrocarril del Táchira* ha resuelto ya esa vía, bien que interesa prolongarla cada vez más á fin de que llene cumplidamente su objeto.

Otro camino igualmente necesario para el Táchira, es el que conduce al nuevo Distrito Páez, y el Estado Zamora en general. Esa vía debe ser una carretera que, partiendo de San Cristóbal, vaya á terminar en el antiguo puerto de Teteo, distancia que mide ciento sesenta y cinco kilómetros. Para utilizar nuevamente aquel puerto, está en la conciencia de todos los habitantes de esas regiones, que deben encarrilarse otra vez sobre su lecho, las aguas del río Uribante, desde el sitio de la Morita, que fué donde en años anteriores empezó el extravío de sus aguas sobre el río Doradas.

Esa carretera y esa navegación del Uribante nos conducirían fácilmente á Periquera, centro á

donde converge todo el comercio de Barinas, Apure y Casanare. Unida así aquella población con San Cristóbal, se surtiría en esta última plaza de todos los efectos y mercancías que hoy compra en Ciudad Bolívar, á ciento veinticinco leguas de distancia y con todas las dificultades de una navegación fluvial penosa y ruda; y entonces nuestro comercio se triplicaría; el Ferrocarril del Táchira daría un rendimiento tres veces mayor; la introducción de ganado sería más fácil y con menos riesgos, y éste podría comprarse á trueque de mercancías y de los productos de nuestro suelo.

Otros caminos también importantes, han sido ya decretados por el progresista Gobierno de la Restauración, cuya huella benefactora es cada vez más imborrable en el país.

CRÍAS

El Táchira es hoy una región en parte agrícola y en parte destinada á la cría. Pero una y otra de estas dos fuerzas productoras, necesitan allí, como en Venezuela en general, reformas radicales que las hagan gozar de los beneficios obtenidos por los adelantos modernos.

En materia de razas de animales domésticos, tenemos apenas las que introdujo España en los días de la Colonia. Por desdén ó por ignorancia, hemos permanecido ajenos al mejoramiento de las razas, en que tanto ha progresado Europa. Nuestras mejores vacas de cría no dan más de diez botellas diarias de leche, y por muy grandes que sean, no llegan á producir gordas, veinte arrobas

de carne; y en tanto en Europa hay vacas que dan de cuarenta á cincuenta botellas diarias de leche, y que llegan á pesar de treinta y cinco á cuarenta arrobas.

Interesa, pues, introducir razas nuevas para mejorar nuestras crías, y obtener así, con el mismo costo, dobles y triples provechos.

En materia de ganado bovino, podríamos importar las siguientes razas, cuyos caracteres principales apunto ligeramente: RAZA HOLANDESA: vacas de talla alta, pelaje negro y blanco, y buenas lecheras, pues dan por término medio, treinta y cinco botellas diarias de leche: RAZA NORMANDA: talla alta, pelaje rojo-negro y blanco-negro, buena para la peza, magnífica lechera, y cada vaca puede llegar á tener cuarenta arrobas de carne; RAZA FLAMENCA: talla alta, pelaje rojo, buena lechera y engorda fácilmente; RAZA NANTESA: talla alta, pelaje color de trigo, buena lechera, engorda bien y excelente para el trabajo; y hay, además, otras razas, como la SHORTHORNS, HEREFORD, GALLOWAY y ABERDEEN ANGUS, en las cuales un toro bien formado y gordo puede pesar más de cuarenta arrobas.

Las razas lecheras regularmente tienen los cuernos cortos, pues se ha observado que el desarrollo de éstos está en razón inversa del de los órganos lactíferos; por lo cual, de una becerrita recién nacida, puede formarse una buena vaca de leche, impidiéndole el crecimiento de los cuernos, para lo cual se le rapa el lugar del nacimiento de éstos, y se le fricciona con potasa cáustica hasta que se juzgue que puede brotar sangre. Una sola operación basta. De este modo, no saldrán cuernos; pero en cambio, se desarrollarán extremadamente la región posterior

de la vaca y los órganos lactíferos. Esta observación se debe á los hermanos Guenón, en Francia, quienes notaron también que una vaca es tanto más lechera cuanto más pequeña y alongada tenga la cabeza, más largo el pecho, más adormecidos y tranquilos los ojos y más ensanchadas las venas de la ubre; y sobre todo, cuanto más marcado tenga lo que hoy se llama **SIGNO GUENÓN**, esto es, dos hileras de pelos finos y suaves, más blancos y brillantes que los demás, las cuales, partiendo de uno y otro lado de la ubre, suben hasta terminar á los dos lados de la raíz de la cola.

Nuestra raza de cerdos también merece ser renovada. En vez de criar esos cerdos españoles, que para engordar necesitan comerse toda una hacienda, ó esos pigmeos, que por mucho que crezcan, no llegan á pesar diez arrobas, debemos importar razas como la **POLAND-CHINA**, **GREAT-YORK-SHIRE**, **ESSEX** y **BERK-SHIRE**, cuyos machos, llegados á un desarrollo y gordura naturales, pueden pesar diez y seis y veinte arrobas. Así, se engorda un animal con alguna esperanza de lucro: lo demás, es sembrar en la roca.

Nuestras crías de ovejas también inspiran lástima. Nos contentamos con una clase de ovejas de pequeño tamaño, que engordan poco y que no dan al año más de dos kilos de lana malísima; pudiendo tener los hermosísimos carneros de **LEICESTER**, de **LINCOLN** y **COTSWOLD**, y sobre todo, los carneros **CHEVIOT** y **MERINOS**, cuyas lanas son de tanto valor, y tan abundantes, que cada oveja puede dar al año, de cuatro á seis kilos, fuera de que son más grandes, engordan más, dan pieles mayores y más estimadas, y hasta son de carne mejor.

Aun en animales de tras-corral, debemos introdu-

cir reformas: cambiar nuestras razas de gallinas por otras más grandes y mejor ponedoras, por ejemplo: RAZA DE CREVECŒUR, que es de talla alta, plumaje negro, cabeza moñuda, buena ponedora y carne delicada; RAZA DE HOUDAN: talla alta, plumaje negro y gris, cabeza moñuda, buena ponedora y carne muy delicada; y RAZA DE LA FLECHE: talla alta, plumaje negro, buena ponedora y carne excelente, todas las cuales se pueden hacer venir de Francia.

Las razas de perros y gatos están tan mejoradas en Europa, que uno se maravilla de ver los éxitos que con ellas se ha podido obtener. ¡Quién creyera que los perros de San Bernardo recorran aquella montaña, ejerciendo una como milagrosa caridad, y que al encontrar á una persona aterida por el frío, la laman, la acaricien y la induzcan á montar sobre sus lomos para llevarla así al hospicio lejano y salvarle de este modo la vida! que un perro de Terranova vea caer al río á un niño, y vuela, se lance al agua y luche con las olas hasta cogerlo en la boca y ponerlo á salvo, como se refiere de un perro dublinense; ó que como el célebre BOB, de los Bomberos de Londres, se precipite entre las llamas de una estación incendiada, y no sólo libre del fuego á hombres y niños, sino que, olvidando ante el peligro la enemistad de raza, salga de entre el incendio trayendo en la boca un gato!

Esas razas, capaces de educación hasta el punto de llegar á revelar algo como luz de inteligencia y como cultura de alma, esas son las que deben tenerse como compañeras del hombre en las faenas de la vida: las razas inferiores son detestables, porque en ellas domina el instinto brutal.

AGRICULTURA

La agricultura no es verdaderamente útil, sino cuando la acción de la naturaleza está ayudada por la inteligencia del hombre.

La tierra es la madre generosa de animales y plantas; pero ella, como todo sér que nutre, necesita también cuidados y atenciones que le reparen las fuerzas y le conserven la vitalidad.

Nosotros obtenemos anualmente nuestras cosechas, pero no tan pingües como se debiera, ni utilizando igualmente todas las tierras que poseemos. Tal sistema de cultivo, de las tierras nuevas con abandono de las que ya están empobrecidas, es el llamado *extensivo*, y que hoy por hoy se sostiene en América por la gran cantidad de tierras vírgenes que tenemos, pero que no será adoptable cuando ya éstas estén cansadas, ó sea, cuando hayan perdido toda su fecundidad.

Por eso, en previsión de un mal futuro, debiéramos desde ahora propagar los conocimientos agronómicos y aplicarlos á la agricultura: así ésta produciría, con menor costo, mayor rendimiento, que es lo que debe buscarse en el cultivo de la tierra.

Hoy, para la ciencia, no hay terrenos *estériles* ni *cansados*. Las propiedades físicas del suelo pueden modificarse por las operaciones llamadas *mejoramientos y enmiendas, y su fertilidad*, con el auxilio de los *abonos*.

Un terreno es de primera calidad, cuando aproximadamente contiene la siguiente composición: ARCILLA, 40 p^o; SÍLICE, 33 p^o; CALCÁREO, 20 p^o; y HUMUS ó MANTILLO 7 p^o.

Si pues un terreno carece de alguno de estos elementos, en todo ó en parte, lo que se conoce por el análisis químico, debe *enmendarse*, y de este modo, es posible igualar todas las tierras en calidad. Los *mejoramientos* tienen por objeto dar al suelo, la cantidad de humedad que sea más favorable á la vegetación, lo cual se hace por los medios llamados *irrigación, desecamiento y saneamiento*.

Abonos son las sustancias fertilizantes de la tierra. El suelo da á las plantas todos los elementos que las constituyen; pero de estos elementos, sólo cuatro son agotados por el cultivo, que son: el *ácido fosfórico, la potasa, la cal, y el ázoe ó nitrógeno*. Los abonos devuelven al suelo, pues, esas cuatro sustancias.

De aquí que una tierra donde se hayan recogido dos ó tres cosechas sucesivamente, se hace infecunda. Nuestros agricultores dicen que se *causa*; y la abandonan para cultivar otra. Ese sistema, llamado también *vampiro ó destructor*, que va agotando las tierras, y que concluiría por extinguir nuestra agricultura, debe cambiarse por el sistema *intensivo*, ó sea, de abonos.

Sí; es necesario abonar la tierra, para poder utilizar permanentemente un mismo suelo, y para hacer que las cosechas dupliquen y tripliquen sus productos. Pero esto no se consigue sino con la enseñanza práctica dada por una buena inmigración, ó con la enseñanza teórica en las escuelas de agronomía. Esa enseñanza es, pues, el primer paso que debemos dar para la reforma de nuestra agricultura.

En segundo lugar, conviene ampliar ésta, cultivando también ciertos vegetales que nosotros no te-

nemos, y que sin embargo, constituyen riqueza positiva de muchos países.

MORERA. Entre estos vegetales, viene primeramente la morera, en la cual se cría el gusano de seda. Ya en Mérida, debido á esfuerzos de sabios y abnegados patriotas, la industria de sedas está desarrollándose de un modo halagador. Conviene ahora fomentarla entre nosotros.

La morera que debe introducirse es la blanca (*morus alba*), que es de la que se alimenta el gusano de seda (*bombix mori*.)

OLIVO Y VID. La vigorosa fecundidad con que en América se producen el olivo y la vid, hizo que el Rey de España prohibiese su cultivo en los dominios de allende el mar, temeroso de que, con el deprecio consiguiente á la abundancia de estos productos, la Península perdiese algún día una de sus mayores riquezas.

Hoy, la prohibición del Monarca español no nos obliga. ¿Por qué, pues, no introducir esos dos hermosos cultivos, y establecer esas dos industrias, de aceites y de vinos, tan lucrativas ambas?

El olivo (*olea europea sativa*) ha sido tan apreciado al través de la historia, que griegos y romanos lo consideraban como árbol sagrado, y como emblema de la paz, de la gloria y de la industria; y la vid (*vitis vinifera*) constituye el principal cultivo de Europa, y del que mayores beneficios obtiene.

ALGODÓN. El algodón (*GOSYPIUM HERBACEUM*) es una planta que enriquecería nuestra agricultura; y la industria del algodón influiría notablemente aun para cambiar los destinos de nuestro pueblo. El algodón es oro, y su cultivo y manufactura, un placer. En un cuadro de tierra, de ochenta metros de lado,

caben 7.500 matas, y calculando que cada mata dé por lo menos seis onzas de algodón en bruto, lo que equivale á dos en limpio, y deduciendo el 60 p^o como peso de las semillas, quedan nueve quintales, que, vendidos á veinte pesos cada uno, dan ciento ochenta pesos. Rebajando de esa suma cincuenta pesos, en que se calculan los gastos de cultivo y recolección, quedan, líquidos, ciento treinta pesos.

El algodón da su producto á los seis meses y medio, á una temperatura de 80° Fahrenheit, y á menor temperatura tarda más tiempo.

AÑIL. A principios del siglo pasado, el Táchira cultivaba el añil (género *indigofera*), cuyo índigo tiene tan buen precio en los mercados europeos. Ignoro por qué se abandonó esa siembra. Junto con el añil puede introducirse la HINIESTA ó RETAMA MACHO (*genista tinctoria*), que suministra un color amarillo también apreciable en los mercados de los países manufactureros.

HENEQUEN. Esta variedad del agave (*agave sisalana*), constituye una de las mayores riquezas de México. Recordaré tan sólo que en Yucatán, apenas se ha invertido un capital de seis millones de pesos para la explotación de tal planta, y que en 1.903, exportó dicho artículo por valor de treinta y tres millones y medio de pesos. Qué riqueza sería para el Táchira este precioso cultivo!

SORGO ó ZAHINA. Un cultivo utilísimo también es el del sorgo (*andropogon saccharatus*), muy estimado en las Antillas. De él todo se aprovecha, pues el grano es un pan apreciable, y cuando lo aprenden á comer las aves y las bestias, las engorda como el maíz, siendo más sano que éste; la hoja verde es

un forraje magnífico, nutritivo y ansiado por vacas y bestias, y las panojas ó espigas se emplean para hacer escobas. En Jamaica, una familia aldeana que tenga un cuadro de tierra de ochenta metros de lado, obtiene los siguientes resultados en cada cosecha, que tarda tres meses: en ese terreno caben 25.000 cepas, cada una de las cuales da por término ínfimo diez panojas, y como en cada escoba se gastan sesenta, pueden hacerse 3.507 escobas, las cuales, vendidas á dos reales, dan \$ 876,75. Además, cada diez espigas producen cuatro libras de granos, ó sean, ciento cuarenta y ocho quintales, que, vendidos á doce reales, dan \$ 222. Si de éstos \$ 1.098,75, deducimos \$ 300 de gastos generales, quedan á dicha familia \$ 798,75. Entre nosotros, la industria de escobas no produciría tanto, por falta de consumidores; pero siempre es un buen rendimiento.

HENO DE AZÚCAR (*holcus saccharinus*). Esta planta, traída á las Antillas desde la China, es también importante, ya para la elaboración de azúcar, ya para usarla como forraje, ya por las semillas, utilísimas para bestias y aves.

VAINILLA. Hé aquí un vegetal preciosísimo, de fácil cultivo, y hoy, de un gran resultado monetario. Mientras se conserve el precio de doce dollars que actualmente tiene el kilo en New York, puede asegurarse que un campo sembrado de vainilla produce un resultado muchísimo mayor que el que daría el mismo campo á estar sembrado de cualquier otro fruto.

La clase que debe introducirse es la *vainilla sativa* (Schied), principalmente la especie llamada *leg ó legitima*, pues hay también otras clases, como la *pompona* y la *planifolia*.

Además de estas plantas, acerca de las cuales llamo muy especialmente la atención de los agricultores, debemos también introducir multitud de vegetales utilísimos, de los que sólo voy á indicar las clases y familias más notables.

GRAMÍNEAS. Entre las gramíneas, nos hace falta el CENTENO (*secale cereale*), que constituye en Suecia, gran parte de Alemania y Rusia, la base de la alimentación, y cuya harina, mezclada á la del trigo, mantiene el pan fresco por muchos días; la AVENA (gén. *avena*), la cual, con los diferentes géneros de heno, *holcus*, *poa*, *bromus*, *festuca* y *aira*, que no tenemos, es un magnífico pasto para caballos y bueyes. Además, considero útiles el ESPARTO (*machola tenacisima*), cuyas hojas, rectas, alongadas y tenaces, se emplean, secas, para fabricar objetos como alfombras, esteras, papel, terciopelo, etc.; y el GAZÓN, CÉSPED INGLÉS Ó RAYGRAS, bellísimo para cubrir de verde el suelo de los patios y jardines.

PALMAS. Entre éstas, nos hacen falta la PALMA COMÚN (*phenix dactilifera*), que produce los dátiles, y las del género *ceroxylon* de las cuales se recoge una cera casi tan estimada como la de abejas.

LILIÁCEAS. De éstas, no tenemos los ESPÁRRAGOS (*asparagus officinalis*) y los PUERROS (*allium porrum*), tan usados como condimentos en otras partes.

CANNABÍNEAS. Entre éstas, apunto el CÁÑAMO (*cannabis sativa*); el LÚPULO (*humidus lupulus*), y la ESPINACA (*spinacia oleracea*): el primero como planta textil; el segundo, utilizable en la fabricación de cerveza, y la tercera, como hortaliza.

LAURÁCEAS. De éstas, nos serían útiles el ÁRBOL

DE LA CANELA (gén. *cinnamomum*), y el del ALCANFOR (gén. *camphora*).

PAPILIONÁCEAS. De éstas, debo citar el REGALIZ (*glycyrrhiza glabra*), como planta medicinal; las LENTEJAS (*ervum lens*), los GUIANTES (*pisum. sativum*), y los ALTRAMUCES (*lupinus albus*), como plantas de huerta; la ESPARCETA, la SULLA, la ALFALFA y la MIELGA, como pastos; el CACAHUETE (*arachis hypogea*), como comestible y para extraer de sus semillas aceite; y el GARROFERO (gén. *ceratonia*), cuyas garrofas ó algarrobas secas, son alimento para animales, y aun para el hombre.

POMÁCEAS. Entre éstas, indico el *peral* (*pyrus communis*); el ACEROLO (gén. *crategus*), cuyos frutos son bastante apreciados para la mesa.

AMIGDÁLEAS. De éstas, no tenemos el ALMENDRO (*amygdalus communis*), cuya semilla es comible y produce el famoso aceite de almendras; el MELOCOTONERO (*persica vulgaris*); el CIRUELO (*prunus doméstica*); el ALBARICOQUERO (*armeniaca vulgaris*), y el GUINDO (gén. *cerasus*), todos los cuales aumentarían la variedad de nuestras frutas, y el último, además, nos daría una industria, la fabricación del MARRASQUINO.

SOLANÁCEAS. De éstas podríamos introducir la DULCAMARA (*solanum dulcamara*); la BELLADONA (*atropa belladonna*); la MANDRÁGORA (gén. *mandrágora*); el ESTRAMONIO (*datura stramonium*), y el BELLEÑO (*hyoscyanus niger*), todas plantas medicinales.

LABIADAS. Apuntaré, entre éstas, el HISOPO (gén. *hyssopus*); el TOMILLO (gén. *thymus*), y el ESPLIEGO (*lavandula spica*), todas también medicinales.

MIRTÁCEAS. De éstas, indico el ÁRBOL DEL CLAVO (gén. *cariophyllus*).

UMBELÁCEAS. De éstas, el COMINO COMÚN (gén. *cuminus*), especia muy usada; y la CHRIVÍA (gén. *pastinaca*), excelente para ensaladas.

COMPUESTAS. Por último, entre las compuestas, la más vasta de las familias fanerógamas, sólo citaré el ALAZOR [*carthamus tinctorius*], planta industrial; la ALCACHOFERA [*cynara scolymus*]; la ACHICORIA DULCE [*chondrilla juncea*]; los CADILLOS [*scolymus hispanicus*], y la ESCAROLA [*chicorium endivium*], necesarias todas en el arte culinario.

INDUSTRIAS

Es una verdad económica que para el establecimiento de las industrias en un país, se requiere que haya una gran masa de población. Nosotros no la tenemos todavía; pero sí podríamos ya elaborar muchos efectos y manufacturas que importamos de Europa ó de países vecinos.

Da pena que introduzcamos, por ejemplo, alpargatas, calzados, sacos de fique, mantas, lienzos ordinarios, sombreros de pajas y de pelo, hamacas, chinchorros, cobijas; brandi, cervezas, rones, aguas gaseosas; зуelas, cueros de becerro, patentes, tafletes, cordobanes, antes; aceites de ricino y de almendras; betunes, alquitrán, jabones y velas esteáricas; salchichones, jamones, encurtidos, carnes alimenticias; dulces, confiterías, frutas en su jugo; galletas, pastas; manteca de cerdo, mantequilla; muebles, tintas y pinturas; lozas, etc.. etc. Todo eso debiera ya fabricarse entre nosotros, tanto para atraer em-

presas y trabajadores, como por abrir nuevos horizontes en el trabajo y dar nuevos estímulos á nuestro pueblo.

También debiéramos empezar la explotación de nuestras minas. Ese es un medio para atraer población, y para fundar, sobre la base del trabajo, la paz y la estabilidad de las instituciones públicas. La Historia nos demuestra que el punto de partida para la prosperidad de muchos países, ha sido el establecimiento de una industria ó la explotación de una mina. Yes que el trabajo es la mejor escuela de la moralidad. Las guerras constantes y los crímenes son muchas veces efecto de la vagancia y de la pobreza de los pueblos. El trabajo y el capital son salvaguardias del orden y de la paz.

CAPÍTULO DÉCIMO

Itinerarios del Estado

VIAS PRINCIPALES

Distancias kilométricas entre los lugares más notables del camino

VÍA HACIA EL GRAN FERROCARRIL DEL TÁCHIRA

DE San Cristóbal á Táriba hay 5 kilómetros; de Táriba á Palmira, 4 id.; de Palmira á Lobatera, 15 id.; de Lobatera á Michelena, 5 id.; de Michelena á Colón, 15 id.; de Colón á La Blanca, 6 id.; de La Blanca á La Uracá, 13 id.

VÍA HACIA COLOMBIA

De San Cristóbal á Independencia hay 13 kiló-

metros; de Independencia á Libertad, 1.200 metros; de Libertad á Las Lomas Altas, 6 kilómetros; de Las Lomas Altas á Las Lomas Bajas, 3 id.; de Las Lomas Bajas á La Cacahuita, 7 id.; de La Cacahuita á San Antonio, 5 id.

VÍA HACIA EL APURE

De San Cristóbal á San Josesito hay 15 kilómetros; de San Josesito á Torondoy, 14 id.; de Torondoy á Río Frío, 6 id.; de Río Frío á La Espuma, 10 id.; de La Espuma á Cuite, 10 id.; de Cuite á Teteo, 15 id.; de Teteo á Burqua, 6 id.

VÍA HACIA RUBIO Y LA FRONTERA

De San Cristóbal á Tote hay 6 kilómetros; de Tote á Miraflores, 6 id.; de Miraflores á El Aliñadero, 3 id.; de El Aliñadero á La Legía, 5 id.; de La Legía á Rubio, 5 id.; de Rubio á El Yagual, 6 id.; de El Yagual á Bramón, 6 id.; de Bramón á Las Cruces, 5 id.; de Las Cruces al Río Táchira, 5 id.

VÍA HACIA EL ESTADO MÉRIDA

De San Cristóbal á Táriba hay 5 kilómetros; de Táriba á Cordero, 13 id.; de Cordero á Salomón, 7 id.; de Salomón á La Raya, 13 id.; de La Raya á El Palmar, 8 id.; de El Palmar á La Yerbabuena, 7 id.; de La Yerbabuena á Vargas, 5 id.; de Vargas á La Quinta, 18 id.;

de La Quinta á La Grita, 5 id.; de La Grita á Campo-Alegre, 4 id.; de Campo-Alegre á Las Porqueras, 16 id.; de Las Porqueras á El Portachuelo, 2 id.

VÍAS SECUNDARIAS

DE LA GRITA Á SAN ANTONIO DE CAPARO

De La Grita á la salida de Los Callejones hay 6 kilómetros; de Los Callejones á El Batallón, 4 id.; de El Batallón á El Hato, 15 id.; de El Hato á El Blanquizal, 10 id.; de El Blanquizal á Pregonero, 13 id.; de Pregonero á San Antonio de Caparo, 40 id.

DE LA GRITA Á PUERTO ESCALANTE

De La Grita á Sabana Grande hay 9 kilómetros; de Sabana Grande á Pueblo Hondo, 11 id.; de Pueblo Hondo á Yegüines, 10 id.; de Yegüines á Las Tiendas, 15 id.; de Las Tiendas á El Guayabo, 13 id.; de El Guayabo á Puerto Escalante, 7 id.

DE LA GRITA AL ABANDONADO PUERTO LA MADERA

De La Grita á Corralitos hay 4 kilómetros; de Corralitos á Santo Domingo, 2 id.; de Santo

Domingo á La Hojita, 11 id.; de La Hojita á Caquetría, 20 id.; de Caquetría á La Arenosa, 10 id.; de La Arenosa á La Madera, 35 id.

DE LA GRITA Á SUCRE Y SAN ANTONIO DE CAPARO

De La Grita á Vargas hay 23 kilómetros; de Vargas á Los Murtos, 8 id.; de Los Murtos á Las Agrias, 5 id.; de Las Agrias á Sucre, 7 id.; de Sucre á San Antonio de Caparo, 60 id.

DE LA GRITA Á PUERTO GUAMAS

De La Grita á La Quinta hay 5 kilómetros; de La Quinta á El Azul, 5 id.; de El Azul á San Pedro, 5 id.; de San Pedro á Palmarito, 5 id.; de Palmarito á La Fría, 10 id.; de La Fría á Puerto Guamas, 15 id.

Nota.—El pueblo expresa generalmente estas distancias en leguas de 5 kilómetros, ó sean, 5.000 metros.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Descripción del Distrito San Cristóbal

§ I

Estadística demográfica y riqueza agrícola y pecuaria

TIENE el Distrito San Cristóbal treinta y un mil quinientos ochenta y tres habitantes. Su natalidad media está representada mensualmente, por noventa y cuatro individuos, de los cuales, cincuenta y tres son varones, y cuarenta y uno, hembras. La mortalidad es, por término medio, de ochenta y cuatro defunciones mensuales; de ellas, cuarenta y tres son de varones, y cuarenta y una, de hembras. La diferencia favorable á la población, es de diez individuos en el mes.

Este Distrito tiene ocho mil novecientos cinco hectáreas de terreno cultivadas: de ellas, cuatro mil quinientos ochenta y cuatro, son de tierras al-

tas; tres mil ochocientos dos, de sequeros; y el resto, de vegas. Su producción anual de café es de cuarenta y nueve mil ciento ochenta y ocho quintales; la de cacao, de mil setecientos cuatro; y muy abundante la de papelón, azúcar, aguardiente, arroz, papas, maíz, frijoles, plátanos, cebolla, yuca, etc. Tiene también dos mil ciento treinta y ocho hectáreas de tierra cultivadas de pasto; y su riqueza pecuaria está representada por ochocientos noventa y nueve animales de ganado vacuno; trescientos nueve, caballar; seiscientos veintiseis, mular; quinientos seis, asnal; dos mil quinientos tres, porcino; y poco cabrío y bovino.

Las tierras de este Distrito son generalmente fecundas, á punto que el café, el cacao y las cañas no necesitan sembrarse en mucho tiempo; y hay frutos menores de los cuales se producen dos cosechas anuales. Aunque casi la mitad de sus tierras son de secanos, hay en ellas la humedad necesaria para la vegetación, de tal modo que las incultas están siempre cubiertas de matorrales y selvas, y en las de sembrío nunca deja de hacerse la cosecha anual.

§ II

CIUDADES Y PUEBLOS

SAN CRISTOBAL

La ciudad de San Cristóbal, Capital del Estado Táchira y del Distrito Capital, fué fundada por

el Capitán Juan Maldonado, de orden de la Real Audiencia de Santa Fe, el año de 1561, en el Valle de Santiago, que habitaban los indios Tororos. Está asentada en una ligera elevación del suelo, un poco inclinada de Este á Oeste: tiene al Oriente una alta serranía, cubierta de exuberante vegetación, y al Occidente, los altos cerros de Tote, Pericos, El Cedral y La Ranchería, cubiertos de plantaciones de café y frutos menores con que se surten los mercados de la ciudad y pueblos vecinos.

Al Sur de la Ciudad corren las quebradas Bermeja y Potrera, de aguas ferruginosas y saludables: y al Norte y por su centro, ruedan la Quebradita y la Piedra Gorda, todas las cuales van á afluir al río Torbes, que pasa á muy corta distancia.

San Cristóbal está situada á los 7° 21' de latitud boreal, y 5° 19' de longitud occidental del Meridiano de Caracas. Su altura sobre el nivel del mar, es de 845 metros, y su temperatura media de 21° centígrados. Está dividida en dos parroquias, tanto en lo civil como en lo eclesiástico: San Sebastián y San Juan Bautista. La primera tiene un gran templo en construcción; la otra tiene una iglesia espaciosa, si bien de una arquitectura inelegante.

Existe en la Ciudad un teatro, construido á sus expensas por el Doctor Arístides Garbiras, persona honorable que murió hace pocos años. Tiene también seis plazas, dos bonitas alamedas, la de Bellavista y la del Cementerio, y tres puentes, uno sobre el Torbes, y dos, sobre la Quebrada Bermeja.

Al Noreste tiene varias quintas, edificios hermosísimos, entre los cuales se distinguen la de Don José Antonio Guerrero, la del General Espíritu S. Morales y la del Orfanato, instituto de beneficencia fundado allí en 1898 por el progresista sacerdote Pbro. Doctor J. M. Jáuregui, y cuyo edificio regaló á la Ciudad el General Cipriano Castro. Tiene también un Mercado cubierto; un Hospital de Caridad; varias casas de comercio fuertes; cinco tipografías; varios periódicos, entre ellos un diario fundado por los señores Quintero Hermanos; Oficinas Centrales de Teléfonos y de Telégrafo; alumbrado eléctrico y una sociedad respetable, en la cual figuran personas distinguidas por su honorabilidad, su ilustración y su saber.

Durante el Gobierno de la Restauración, la ciudad ha progresado inmensamente. El General Castro decretó la construcción de una Casa de Gobierno, capaz de contener todas las oficinas del tren político y judicial, y á la fecha, el edificio está ya casi terminado.

San Cristóbal es por hoy, una de las principales ciudades de Venezuela, y está destinada á ser en no lejano tiempo, un emporio de riqueza, de cultura y de prosperidad. Muy pronto tendrá su acueducto, que piensa obtener para ella su actual y progresista Presidente, General Celestino Castro, á quien ya debe la ciudad, la mayor parte de su embellecimiento y de sus mejoras de pública utilidad.

SANTA ANA

Empezó á fundarse esta población, en 1883, y formó parte del Territorio Federal Armisticio, hasta 1890.

Su gran desarrollo se debe, ya á la numerosa inmigración que de todas las regiones cercanas concurrió á formarla, ya también á la fecundidad de aquellas tierras vírgenes y bellas, que devuelven con usura al agricultor, el esfuerzo de sus labores y fatigas.

El Gobierno de la Restauración ha cooperado á su fomento, dotándola con un hermoso puente sobre el río Quinimarí, el cual constituía una necesidad vital para aquella población. Muy pronto tendrá otro sobre el Carapo, también de radical interés.

Santa Ana es cabecera del Municipio Córdoba, y está destinada á ser, en no lejano tiempo, una gran Ciudad, pues á ello tienden las riquezas de su suelo, la laboriosidad de sus hijos y la inmigración que constantemente le llega. El Municipio tiene hoy 5.277 habitantes.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Descripción del Distrito Cárdenas

§ I

Estadística demográfica y riqueza agrícola y pecuaria

ESTE Distrito tiene trece mil ciento treinta y cinco habitantes. Su natividad media, mensualmente, está representada por sesenta y cuatro individuos, de los cuales, treinta y tres son varones, y treinta y uno, hembras. La mortalidad es, por término medio y en la misma unidad de tiempo, de cuarenta y nueve defunciones: veintinueve, de varones; y veinte, de hembras. La diferencia favorable á la población es de quince individuos en el mes.

Tiene el Distrito cuarenta mil doscientas se-

setenta y cinco hectáreas de terreno cultivadas; de ellas, dos mil novecientas quince son de vegas; tres mil cuatrocientas sesenta y seis, de secanos; y el resto, de tierras altas. Su producción anual de café es de diez y siete mil setecientos noventa y ocho quintales; y los frutos menores que más se cultivan, son caña, plátanos, maíz, frijoles, trigo, papas, yuca, tabaco y otros. Tiene también dos mil ciento treinta y una hectáreas de tierras cultivadas de pasto; y su riqueza pecuaria está representada por mil ochocientos dos cabezas de ganado vacuno; quinientos veintiún caballos; cuatrocientas setenta y siete mulas; cuatrocientos tres asnos; gran cantidad de vacas de ordeño; y algún ganado lanar, cabrío y porcino. Las tierras son generalmente fecundas, y pocas veces se pierden las cosechas por las anormalidades del tiempo.

§ II

CIUDADES Y PUEBLOS

TARIBA

Cuando en 1547, al frente de sus valientes compañeros, atravesaba la serranía de los Andes el intrépido Capitán Alonso Pérez de Tolosa, recibió no poca sorpresa, al descubrir el pequeño pueblo que servía de centro á la altiva tribu de los indios Táribas, y el cual, desde luego, fué bautizado con el

nombre de dicha tribu. La resistencia que los naturales opusieron al audaz conquistador, dió lugar á varios combates (en uno de los cuales salió herido Tolosa) y á la destrucción, en vil venganza, del campestre pueblecito.

Algún tiempo después de edificado San Cristóbal, se fundó la ciudad actual, sobre la parte alta de las vegas del Torbes y faldas del cerro de Mochileros. Tiene una perspectiva bellísima desde cualquier punto del contorno que se vea. Su clima es sano y delicioso. Tiene una temperatura media de 25° centígrados, está á 867 metros de elevación sobre el nivel del mar, y es la capital del Distrito.

Las casas de habitación no son de una construcción arquitectónica elegante y bella; pero sí son espaciosas y cómodas: tiene muchos establecimientos mercantiles; una hermosa Iglesia; una Caja de Ahorros, fundada en 1880; un Hospital de Caridad, y un Orfelinato, cuyo edificio regaló el señor Gabriel Cárdenas.

Entre las obras públicas de vital interés actual para Táriba, están los dos puentes sobre el río Torbes, y un tranvía que la ponga en comunicación con San Cristóbal.

SUCRE

Durante los primeros años de la Guerra de la Independencia, muchas familias españolas que se vieron hostilizadas en La Grita por las fuerzas revolucionarias, huyeron al fondo de las montañas del Sur, y fueron á situarse en una alta meseta, á la margen derecha del río Samparote, donde empezó á fundarse la población que hoy lleva el simpático nom-

bre del vencedor en Ayacucho, y que en los documentos y libros viejos, se conoce con el nombre de Queniquea. Está á 1.640 metros de elevación sobre el nivel del mar; goza de un clima sumamente sano, y es su temperatura bastante fría.

La población tiene más de trescientas casas; un templo regular, y varios establecimientos mercantiles. Sus moradores son laboriosos, y de costumbres sanas. Tiene una escuela federal de varones, y otra municipal de niñas.

Sucre es cabecera del Municipio del mismo nombre, el cual tiene actualmente dos mil setenta y nueve habitantes. El Gobierno de la Restauración ha tendido mano protectora á aquella población, decretándole un camino que, partiendo de Táriba y pasando por El Combudo, vaya á terminar en San Antonio de Caparo. Esta vía impulsará el desarrollo de toda esa región, poniendo á Sucre en mejor comunicación con Táriba y Pregonero, y dando fácil salida á los múltiples productos con que remunera el esfuerzo del labrador, aquella tierra fecunda y regalada.

PALMIRA

Esta población, cuyo nombre recuerda la famosa ciudad de la reina Cenobia, está situada á cuatro kilómetros de Táriba, en una llanura ligeramente inclinada de Noreste á Suroeste, al pie de la empinada cerranía de Mochileros. Su clima, seco y fresco, la hace un delicioso lugar de temperamento, además de tener una perspectiva encantadora, pues por la altura á que está situada, domina todo el valle del Torbes, ve á sus faldas la capital de su distrito, y

allá, á la distancia, la gentil metrópoli del Táchira, con su incansable movimiento y su hormigueo de seres humanos.

Palmira tiene un bonito Templo, Cárcel pública, una plaza, y casas de sólida construcción. Es cabecera del Municipio, y está llamada á prosperar notablemente, ya porque á su redor se ensanchan cada vez más los potreros de ceba, que son allí una riqueza positiva, como también, por estar situada en la vía que une á San Cristóbal con el gran Ferrocarril del Táchira.

LA FLORIDA

Esta población, fundada hace pocos años, está situada á la margen derecha del río Uribante, á una altura sobre el nivel del mar, de 1.060 metros. Indudablemente está llamada á prosperar, tanto por la fecundidad de sus tierras, como por la fácil salida que tendrá para la exportación de sus productos, el día que se haya realizado la navegación del río Uribante, echando sobre él, en el sitio de La Morita, las aguas del río Doradas.

La Florida fué cabecera de la Parroquia del propio nombre, la cual tenía seiscientos noventa y cuatro habitantes. Su temperatura es cálida, pero seca. La población está construida en una meseta, donde tiene espacio para un gran ensanche.

CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

Descripción del Distrito Junín

§ I

Estadística demográfica y riqueza agrícola y pecuaria

EL Distrito Junín tiene catorce mil setecientos ochenta y cuatro habitantes. Su natividad mensual media es de sesenta y cuatro individuos; y su mortalidad, de cuarenta y nueve: aquélla, en la proporción de treinta y tres varones por treinta y una hembras, y ésta, en la de veinticinco varones por veinticuatro hembras. La diferencia favorable á la población es de quince individuos en el mes.

El Distrito tiene doce mil ochocientas sesenta y cuatro hectáreas de terreno cultivadas: de éllas, cuatro mil novecientas noventa y cinco son de tie-

rras altas; cuatro mil cuatrocientas sesenta y siete, de sequeros; y el resto, de vegas. Tiene tres millones quinientas cincuenta y nueve mil seiscientas cuarenta y una matas de café, de las cuales se cogen anualmente, ciento un mil cuatrocientos veintidós quintales. Su producción anual de frutos menores, es de veintitrés mil seiscientos sesenta y ocho quintales de papelón; cuatro mil ochocientos cincuenta y dos, de azúcar; mil doscientas cargas de magnífico aguardiente; y gran cantidad de trigo, maíz, frijoles, plátanos, cebollas y otros frutos. Tiene pastos en una extensión de tres mil seiscientas cincuenta hectáreas de terreno, en las cuales pastan tres mil novecientos sesenta y un animales de ganado vacuno; mil quinientos cincuenta y tres, de ganado caballar; y más de mil quinientos animales entre mulas y asnos. Sus tierras son fecundas, y en gran extensión, vírgenes.

§ II

CIUDADES Y PUEBLOS

RUBIO

El señor don Gervasio Rubio, natural de San Antonio del Táchira, fundó esta población en tierras de su propia hacienda, á principios del siglo diez y nueve. Su hijo, presbítero doctor Carlos Rubio, cantó su primera Misa el 4 de diciembre de 1809, en la

Capilla allí edificada por su padre. El Illmo. señor Milanés erigió en Viceparroquia eclesiástica aquel caserío en 1810; y en 1855 fué erigido en Parroquia Civil.

Rubio, capital del Distrito, está situada à una y otra margen del río Carapo, afluente del Quinimari, á 860 metros de elevación sobre el nivel del mar. Tiene una temperatura media de 24° centígrados. Sus habitantes son de gran laboriosidad y emprendedores. Tiene en los contornos numerosas y ricas haciendas de café, en las cuales se ha logrado perfeccionar el beneficio de este fruto, por medio de grandes maquinarias, del mismo modo que se hace en las colonias inglesas.

Rubio tiene una sociedad muy respetable; buenos edificios públicos, un hermoso Hospital de Caridad, fundado por el abnegado sacerdote presbítero Justo Pastor Arias; almacenes de mercancías y un comercio muy activo. Entre los propietarios que más han contribuido al desenvolvimiento de aquella ciudad, y de su agricultura é industrias, están los señores don Diego y don Ramón Febres Cordero, distinguidos y honorables caballeros que han llevado allí, y puesto en práctica, un gran concurso de ideas progresistas y útiles. El inteligente periodista general Lisandro Acosta Canales y los hermanos Pulido-Rubio y Rojas Fernández han sido también grandes impulsores del progreso en aquella localidad.

JABONERA

Hasta ahora es apenas un caserío, que, por fuerza de las circunstancias, fué elevado á cabecera del Municipio Las Delicias. Tiene una Capilla, y está

situada en una planicie que puede contener una gran población. El Municipio todo tiene mil setecientos cincuenta y ocho habitantes.

Cerca á esta población fué asesinado alevosamente, en 1.887, el denodado y meritorio coronel José Rojas. Era Juez Nacional de Hacienda, y se encontraba en desempeño de su destino, cuando, al atravesar una arboleda, cayó sobre él, y su secretario, el estimable joven Miguel Morantes, una lluvia de balas, que los llevó á la tumba.

Era Rojas un joven de veintisiete años, inteligente y valeroso, de hermosísimas prendas personales que le daban un gran ascendiente sobre sus amigos, y que le auguraban alto ascenso en la política del País. Esta circunstancia puso en manos de sus adversarios el fusil homicida.

Crimen infecundo, como todos los crímenes; insensato, como todas las maldades humanas. Así cayó un día, en la montaña de Berruecos, la gallarda figura del vencedor de Ayacucho; y así también más luego, y en el mismo sitio, se dobló al disparo de armas fraticidas, la enhiesta frente del militar poeta, del inspirado autor de GONZALO DE OYÓN.

Por el crimen jamás se llega á la luz. Los hombres, como los partidos políticos, deben buscar su encumbramiento por la alteza de las ideas, por la honradez en los procederes, por el esfuerzo activo, por el bien. El delito sólo engendra delito, y las manchas que él produce no bastan á borrarlas ni los años, ni los siglos.

Afortunadamente, ya en nuestros pueblos han desaparecido los enconos de las pasiones banderizas; y hoy, en todas las diferentes fracciones políticas, hay hombres de talento y de saber, incapaces de retro-

gradar á las prácticas de la barbarie y del canibalismo. Hoy, la cultura progresa; la masa analfabeta disminuye; el sentimiento moral se refina, y por sobre los instintos de la pasión brutal, se levanta el respeto que nos merece toda opinión, y el acatamiento que debemos á todo conciudadano.

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

Descripción del Distrito Castro

§ I

Estadística demográfica y riqueza agrícola y pecuaria

TIENE este Distrito diez mil novecientos cincuenta habitantes. Su natividad media mensual es de treinta y seis individuos, y su mortalidad, de veinte: la primera está en la proporción de veinte varones por diez y seis hembras; y la segunda, de diez varones por diez hembras.

La diferencia favorable á la población es, pues, de diez y seis individuos en el mes.

Tiene el Distrito cuatro mil ciento sesenta y ocho hectáreas de terreno cultivadas: de ellas, tres mil quinientas seis son de tierras altas; las demás, de

vegas y secanos. La agricultura es allí sumamente próspera. Su producción anual de papelón es de diez mil quinientas ochenta y seis cargas; la de plátanos, de dos mil diez y nueve; la de yuca, de seis mil seiscientos ocho; la de café, de dos mil doscientos cincuenta y cinco quintales; la de maíz, de dos mil doscientas fanegas; y sólo la de tomates, es de trescientos cuarenta y cinco almudes: se cultivan también en abundancia, cebollas, frijoles, papas, ajos y otros frutos.

Tiene el Distrito cinco mil noventa y ocho hectáreas de terreno cultivadas de pasto; y su riqueza pecuaria es de dos mil doscientas treinta y cuatro cabezas de ganado vacuno; y gran cantidad de caballos, mulas, asnos, cabras, ovejas y cerdos.

INDEPENDENCIA

Varias familias del antiguo Capacho, amedrentadas por los horrores del terrible terremoto de 18 de mayo de 1875, vinieron á edificar sus casas de seguridad, en una pequeña planicie que corta uno de los flancos del cerro del Blanquizal: así empezó la pintoresca población que hoy se conoce con el nombre de Independencia, y que es la capital del Distrito. Dicha población está á 1.235 metros de elevación sobre el nivel del mar: tiene una temperatura media de 17° centígrados, y su clima es tan saludable, que hoy es uno de los mejores lugares de temperamento del Estado.

En la plaza Monagas de dicha población, se dió el célebre grito del «23 de mayo», con el cual empezó la revolución de 1899, en que el Benemérito General Cipriano Castro, con sólo sesenta valien-

tes compañeros, emprendió una lucha gigantesca que tuvo por resultado la ocupación de la Capital de la República y el establecimiento de un Gobierno eminentemente liberal y restaurador de la Patria, con el lacónico y decidor programa político de «nuevos hombres, nuevos ideales y nuevos procedimientos».

Esta circunstancia ha hecho que el General Castro favorezca aquella población, que es como el glorioso pedestal de su prodigiosa campaña, decretándole varias obras públicas de la mayor importancia, como son el acueducto, ya terminado; la composición y embellecimiento de la plaza llamada hoy «23 de mayo»; la construcción de un gran edificio para Colegios de varones y hembras y la instalación del alumbrado eléctrico.

Tiene el Distrito dos Municipios, notables ambos por la laboriosidad y energía de sus habitantes, por la feracidad del suelo y por la abundancia de frutos con que surten los principales mercados del Táchira. El Municipio Independencia tiene 5.074 habitantes.

LIBERTAD

En la cima de una cuchilla que forma parte del cerro de Palo Gordo, ásiento un día de la numerosa y valiente tribu de los Jirajaras, está construida la población de Libertad, en un clima delicioso y á una altura de 1.395 metros de elevación.

Parece que á mediados del siglo diez y siete, existía ya esta población, y que se llamaba para entonces el sitio donde se levanta, la «Sabana del

León». Es lo cierto que se ignora el nombre de su fundador y los de sus primitivos pobladores.

Antes de 1875, esta población gozaba de mayor importancia, pues tenía más habitantes que hoy, y era el principal lugar de temperamento de los pueblos circunvecinos. El incremento que ha venido tomando Independencia, le ha absorbido poco á poco toda su antigua vitalidad. Con todo, ambas poblaciones están destinadas á unirse y constituir en lo futuro, una gran ciudad. Una de las calles de esta población, divide las aguas de las dos hoyas hidrográficas del Táchira: la del Lago y la del Orinoco.

El Municipio Libertad tiene cinco mil setecientos ochenta y seis habitantes, extensos campos cultivados de frutos menores, muchos ganados de cría y una riqueza que se hace sentir al recorrer, siquiera sea ligeramente, el territorio que la constituye.

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

Descripción del Distrito Bolívar

§ I

Estadística demográfica y riqueza agrícola y pecuaria

TIENE este Distrito nueve mil ochocientos sesenta y seis habitantes. Su natividad media mensual es de treinta y cuatro individuos; y su mortalidad, de catorce: la primera está en la proporción de veinte varones por catorce hembras; y la otra, de nueve defunciones de varones por cinco de hembras. La diferencia favorable á la población es de veinte individuos en el mes.

Tiene el Distrito seis mil cuarenta hectáreas de terreno cultivadas: de ellas, cuatro mil ciento son de tierras altas; mil doscientas cuatro, de vegas; y el resto, de secanos.

La riqueza agrícola está representada por doscientas mil ochocientas cincuenta matas de café; cuarenta mil novecientas noventa y cinco, de cacao; doscientas ochenta y dos hectáreas cultivadas de caña dulce; y trescientas sesenta y dos, de frutos menores, entre los cuales, los principales son: plátanos, yuca, cocos, maíz, frijoles y otros.

Tiene nueve mil seiscientas cincuenta y cuatro hectáreas de tierra cultivadas de pastos de ceiba, lo cual constituye, por ahora, su principal riqueza. Sus dehesas de cría tienen más de tres mil animales de ganado vacuno, y las solas vacas de ordeño dan anualmente, para el consumo, quinientas ocho mil treinta y ocho botellas de leche.

§ II

CIUDADES Y PUEBLOS

SAN ANTONIO

Esta «noble y muy heroica villa» como la llamó el Libertador en 1813, y la cual es capital del Distrito, fué fundada á mediados del siglo diez y ocho, en tierras del rico propietario Don Eugenio Sánchez Osorio, en una pequeña planicie que está al pie del cerro de «Las Cruces», y sobre la margen derecha del río Táchira, lugar que fué un día asiento de la numerosa tribu de indios que dió nombre al Estado.

Su altura sobre el nivel del mar es de 819 metros, y su temperatura media, de 23° á 24° centígrados.

A principios del siglo diez y nueve, San Antonio era una ciudad rica; y en sus campos se cultivaban en gran escala, el cacao, el algodón y el añil, cultivos que se han cambiado hoy por el de caña de azúcar y el de pastos: la industria de potreros de ceiba es hoy quizá su principal fuente de vida.

En San Antonio está establecida, desde 1842, la Aduana Fronteriza con Colombia, lo cual le da importancia como plaza comercial, desde luego que por allí pasan forzosamente todas las mercaderías de uno y otro país.

La ciudad tiene un lindo templo; un obelisco, que recuerda el Centenario del Libertador, celebrado allí con fastuosidad; y muy buenas casas de habitación, construidas modernamente, pues el terremoto de 1875 la redujo á escombros.

UREÑA

Don Pedro Ureña, rico propietario que vivía en el sitio de Los Quemados, puso la primera piedra de esta población en 1848. El construyó á sus expensas una Capilla, y algunas casitas que destinó al abrigo de los pobres. En 1852, el pueblecito fué erigido en Parroquia Civil y Eclesiástica, con el nombre de su fundador. Hoy es cabecera del Municipio, que tiene dos mil seiscientos veintiocho habitantes.

Ureña tendrá gran importancia, el día que se dé á sus aguas termales todo el mérito que justamente poseen. En ningún otro lugar de la tierra están reunidas, como allí, varias fuentes de aguas de propie-

dades diversas; y en muy pocas termas de Europa, se encuentra una fuente como la «Agua Hedionda,» que contenga á la vez hidrógeno sulfurado y yodo. Por hoy, los potreros de ceba y el cultivo del cacao, constituyen la principal riqueza de aquella región, cuyo clima, todo, es ardiente, pero sano.

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO

Descripción del Distrito Lobatera

§ I

Estadística demográfica y riqueza agrícola y pecuaria

EL Distrito Lobatera tiene seis mil doscientos diez y siete habitantes. Su natividad media mensual es de veinte individuos ; y su mortalidad, de once: la primera está en la proporción de nueve varones por once hembras, y la segunda, de cinco varones por seis hembras. La diferencia favorable á la población es de nueve individuos en el mes.

Tiene este Distrito mil novecientas ochenta y una hectáreas de terreno cultivadas ; y su mayor producción es de café, cacao, papelón y maíz.

Tiene también dos mil cuatrocientas setenta y cin-

co hectáreas de terreno cultivadas de pastos. En la estadística última, sube á seiscientos sesenta y cuatro el número que tiene de cabezas de ganado vacuno, entre las cuales se cuentan ciento sesenta vacas de ordeño.

§ II

CIUDADES Y PUEBLOS

En una mesa de poca extensión, á las orillas del río Lobatera, sobre un terreno quebrado, que le proporciona, no obstante, una bella perspectiva, está situada la ciudad de Lobatera, capital del Distrito, á una altura de 985 metros de elevación sobre el nivel del mar, y con una temperatura media de 20° centígrados. Ignórase la fecha de la fundación de esta ciudad, bien que no pudo ser antes de 1662, en que se fundó San Faustino de los Ríos. El lugar que ocupa era la mansión de los Indios Chinatos y Lobateras, los cuales fueron arrojados á las riberas del Zulia y del Catatumbo.

Lobatera fué Parroquia del Cantón de San Cristóbal hasta el año de 1835, en que el Congreso Nacional creó el Cantón de ese nombre, anexándole las Parroquias de Constitución y Llanos de San Juan.

Lobatera fué destruida completamente por el terremoto de 26 de febrero de 1849. Vino el terrible sacudimiento á las cinco de la mañana, hora en que

la mayor parte de los habitantes estaban aún recogidos en sus lechos, por lo cual fué crecido el número de muertos y de contusos. Hoy es una población de bello aspecto: tiene dos Templos, una Cárcel pública, una plaza, varios establecimientos mercantiles, y una simpática asociación literaria, fundada á iniciativa y con la cooperación del señor don Trinidad Mora, uno de los hombres más progresistas de aquella localidad.

A principios del siglo diez y nueve, Lobatera cultivaba abundantemente la caña de azúcar, el añil y el algodón; y tenía, entre otras manufacturas, la de lienzos y telas burdas, de las cuales se surtían también las regiones comarcanas. Es una gran lástima que tales cultivos hayan desaparecido, excepto el de la caña; y que los telares hayan paralizado su movimiento. Su progreso está unido en mucho al desarrollo del ferrocarril del Táchira.

CONSTITUCION

Es ésta la población más alta del Táchira. Está situada sobre una cuchilla del empinado cerro que se interpone entre Táriba y Lobatera, á 1505 metros de elevación sobre el nivel del mar, y con un clima sumamente agradable y sano.

Constitución se ha llamado también Boratá y Santa Rosalía: es cabecera del Municipio, que tiene 1978 habitantes: su progreso es muy lento: tiene una plaza, una Cárcel pública y un Templo.

CAPÍTULO DÉCIMOSÉPTIMO

Descripción del Distrito Ayacucho

§ I

Estadística demográfica y riqueza agrícola y pecuaria

TIENE este Distrito, nueve mil veinte habitantes. Su natividad media mensual está representada por treinta y nueve individuos, y su mortalidad, por veintinueve: la primera está en la proporción de diez y ocho varones por veintiuna hembras; y la segunda, de diez y siete varones por doce hembras. La diferencia favorable á la población es de diez individuos en el mes.

Tiene el Distrito tres mil novecientas sesenta y una hectáreas de terrenos cultivadas: de ellas, mil ochocientos doce son de tierras altas; mil ciento

nueve, de secanos; y el resto, de vegas y tierras llanas. Su producción anual de café llegó á seis mil quinientos quintales; pero ha disminuido mucho el cultivo de dicho fruto á causa de su depreciación en los mercados extranjeros. Produce también cinco mil trescientas cuarenta cargas de papelón al año, y algunos frutos menores. Su riqueza pecuaria está representada principalmente por la gran cantidad de mulas que se ocupan en el transporte de frutos y mercancías, y que no bajan de cuatro mil. También tiene ganados vacuno, cabrío, porcino, etc.

§ II

CIUDADES Y PUEBLOS

COLON

En 1852 dispuso la Municipalidad del Cantón Lobatera, fundar un pueblo en la planicie llamada Llanos de San Juan, á fin de que sirviese de escala al comercio entre dicha ciudad y Encontrados. Los señores presbítero doctor José Amando Pérez y Pedro María Reina, fueron designados para trazar la plaza, delinear las calles y poner la primera piedra del templo, comisión que desempeñaron cumplidamente.

A pesar de que el terremoto de 1875, destruyó todos los edificios, hoy es Colón una bella población, de calles espaciosas y rectas, buen templo, próspero

comercio y de gran animación y vida. Sus tierras son feracísimas, propias para toda clase de cultivos, y en ellas aumentan día por día, así la agricultura, como los potreros de cebay de cría de ganado.

Colón está situada á 805 metros de elevación sobre el nivel del mar, con una temperatura media de 22° centígrados y un clima sano. Es capital del Distrito, y á la vez, cabecera del Municipio del propio nombre, el cual tiene cuatro mil trescientos treinta y un habitantes. A medida que el Gran Ferrocarril del Táchira vaya prolongando su línea, el progreso de esta población aumentará, así como todos los elementos de su riqueza. Hoy es ya una población importante.

MICHELENA

Con motivo del terremoto de 1849, los habitantes de Lobatera buscaron refugio en el no lejano sitio llamado La Sabana; y allí, á iniciativa del presbítero doctor José Amando Pérez, empezó á fundarse la población de Michelena, cuyo nombre recuerda al eminente diplomático y estadista venezolano, muerto prematuramente en un día de tormentas populares, y cuando se sentaba en la primera curul del Congreso de la Nación.

Michelena es una bonita población, situada en una alta y despejada planicie, con una temperatura media de 18° centígrados, y un clima sano. Fué erigida en Parroquia civil en 1850; y para 1860 era ya Contón. Es proverbial allí la generosidad de su fundador, doctor Pérez: él, con sus propios recursos, compró el agua para el abasto de la población, donó una buena casa para escuela de varones, construyó

un edificio para Hospital de Lázaros, y empleó regulares sumas de dinero en la Iglesia y en la apertura del camino de Guamas.

El terremoto de 1875, que tantos estragos causó en todo el Táchira, destruyó en parte la población; pero poco tiempo después ya volvía á levantarse con toda su belleza primitiva.

Michelena es cabecera del Municipio de su nombre, el cual tiene cinco mil cuatrocientos setenta y nueve habitantes. La población tiene un Templo espacioso y bien construido; dos plazas; una Casa Municipal, con departamentos para Jefatura Civil, Juzgado y Cárcel pública; una casa para Jefatura Municipal; un Lazareto, bien construido y ventilado, y con setenta y cuatro enfermos; y varias capillas en puntos cercanos, como El Río, Los Palmares y Tribiños. A medida que se prolongue el Ferrocarril del Táchira, la población verá ensanchar su progreso y las fuentes de su vitalidad.

CAPÍTULO DÉCIMOCTAVO

Descripción del Distrito La Grita

§ I

Estadística demográfica y riqueza agrícola y pecuaria

TIENE el Distrito La Grita veintinueve mil ciento diez y ocho habitantes. Su natividad media mensual es de setenta y ocho individuos, de los cuales, treinta y siete son varones, y cuarenta y uno, hembras: en la misma unidad de tiempo, hay, por término medio, treinta y nueve defunciones, de las cuales, corresponden diez y siete á varones, y veintidós, á hembras. La filiación de los nacimientos está en razón de cincuenta legítimos por veintiocho ilegítimos; y en el número de defunciones, corres-

ponden ocho á párvulos, y treinta y uno á adultos. El promedio de matrimonios es de once en el mes.

Tiene el Distrito cuatro mil setecientas cuarenta hectáreas de terreno cultivadas, y distribuidas así: dos mil quinientas cincuenta y una, de tierras altas; mil trescientas setenta, de sequeros; y el resto, de vegas. Su producción anual de café es de seis mil doscientos diez y seis quintales; la de trigo, de seis mil doscientos veintitrés; la de arroz, de mil setenta, y la de tabaco, de ciento; la producción de cacao es de mil ochocientas sesenta fanegas al año; la de maíz, de mil ciento cincuenta y nueve; la de frijoles, de setecientas cuatro; y de cuatrocientas diez y ocho, la de papas: la producción anual de papelón es de cuatro mil cuatrocientas treinta y siete cargas; de setecientas veintiuna, la de aguardiente; y de tres mil trescientas seis, la de plátanos. Se cultivan, además, cebada, yuca, apios, sagú, ajos cebollas y otros frutos.

Tiene el Distrito dos mil quinientas noventa y dos hectáreas de terreno cultivadas de pasto; y en ellas, tres mil ochocientas cuarenta y nueve cabezas de ganado vacuno; mil ochocientas cincuenta y siete, de ganado lanar; quinientas veintiseis, de ganado cabrío; y hay, además, cuatrocientos treinta caballos, quinientas una mulas, y tres mil doscientos setenta y ocho cerdos. La producción diaria de leche es de cuatro mil ochocientos sesenta y cuatro litros, que se obtienen de mil quinientas diez y siete vacas de ordeño. La producción mensual de queso es de ciento treinta y seis quintales.

§ II

CIUDADES Y PUEBLOS

LA GRITA

La Ciudad del Espíritu Santo de La Grita fué fundada por el Capitán Don Francisco de Cázares, el día de Pentecostés del año de 1576. Era aquel audaz conquistador hermano del Secretario de la Cifra del Rey de España, y se vino á Santa Fe de Bogotá, trayendo cartas de creencia para el Presidente de la Real Audiencia, que lo era á la sazón, el Doctor Don Venero de Leiba.

Despachado favorablemente, se internó hacia el Sureste del País, con rumbo á las espaldas de la Cordillera de Guatavita, el año de 1573; y en un sitio que aún no se ha podido determinar con precisión, fundó la primitiva ciudad de La Grita el mismo año. Como lo hizo sin permiso de la Real Audiencia, ésta no le acogió bien su descubrimiento, por lo cual hubo de irse á España á presentar sus descargos, y regresó de allí, trayendo el nombramiento de Gobernador de La Grita y su territorio, de por vida, y con derecho á transmitirlo á sus hijos.

Al regresar á Tierra Firme, encontrése con que la población había sido destruida por los naturales; y entonces, á persuasión de los Capitanes Pedro de Zapata y Alejandro de Castilla, fundó, en otro lugar, de tierras más feraces y bellas, la actual ciudad.

Está situada ésta sobre una hermosa mesa, á cuyos lados corren los ríos Grande y Aguadía, que se reúnen al pie de ella. Al Oriente, á unos seis kilómetros de distancia, se yergue una enhiesta serranía, y por los otros tres costados, y á menor distancia, se levantan cerros, vestidos casi todo el año de flores y de frutos. El clima es de lo más delicioso que puede darse; la temperatura, de 20° centígrados por término medio, y la altura de la ciudad, de 1450 metros sobre el nivel del mar.

Fray Pedro Simón, que estuvo allí el año de 1610, describe así aquel lugar:—«El sitio donde está poblada la ciudad, es un valle templadísimo, sin frío ni calor en todo el año, no muy extendida su llanura por ser el valle estrecho, que corre de Este á Oeste, por cuyos lados corren dos ó tres ríos pequeños, de agua clarísima y saludable, tan templada la tierra, que se dan casi todos los frutos y hortalizas de España y naturales de la tierra, y ésto con tan grande abundancia que me certificó su Padre Guardián, que lo era de nuestro Convento que tenemos allí el año de 1610, que se había dado en el claustro de él una caña de maíz con más de treinta mazorcas. Danse por excelencia higos de los de Castilla, y las higueras valentísimas, grandes membrillos, plátanos y toda suerte de raíces, legumbres y granos, en especial el trigo, que parece ha hallado allí su propia tierra, aunque no en toda la de aquel país se da, sino en los valles, donde también se cría algún ganado mayor, aunque por ser estrechos no hay tantos como en las tierras más extendidas, si bien hay el que basta para sustentarla: tiene minas en todo su circuito, de finísimo oro; de plata, hasta hoy

no sé que se hayan hallado; pero de cobre se hallaron unas en la cabecera del valle de San Bartolomé, tan maravillosas, que estaba el cobre fundido como si saliera del horno de la fundición, y ésto en tan grandes planchas y pedazos, que se tenía por más dichoso el que lo hallaba en menores, porque no le costaba el partirlo, como á los que lo llevaban en pedazos de diez y quince quintales, que fue una grosedad nunca vista, en especial por la suavidad que tiene, pues sin otra liga se labra. Hállase también cerca de la ciudad una mina de azul, abundante, bien fino y á propósito para pintores.» (Noticias Historiales de las conquistas de Tierra Firme. Séptima Noticia. Cap. XXXII.

En el Capítulo General celebrado en París en 1579, fue creada la Provincia de La Grita, y allí mismo se dispuso enviar ocho religiosos para fundar el Convento de San Francisco. Vinieron éstos con Fray Francisco de Maqueda, edificaron su Monasterio en el sitio donde hoy está la plaza de los Angeles hasta la primera avenida oriental. Casi tres siglos existió aquella comunidad, dedicada no sólo á la oración y prácticas piadosas, sino también á la enseñanza de religión, artes y oficios.

Las crueldades de que fueron víctima, durante los primeros años de la Guerra Magna, hizo que muchos de los frailes se fueran para otros lugares, y los que quedaron hubieron también de retirarse cuando fue extinguido el Convento por la ley de 28 de julio de 1821. Todavía para 1835 se encontraban en San José de las Palmas, Fray Pedro de Corella, y en San Buenaventura, hoy San Faustino, Fray Miguel de Cervera, ambos

emigrados del Convento de La Grita, y el primero de los cuales tenía fama en esas montañas, de ser un elocuente y patético orador.

El Capitán Francisco de Cázares gobernó su Provincia hasta el año de 1585, en que murió, habiendo antes nombrado como heredero suyo en el gobierno, á su sobrino Andrés Calvo de Cázares.

La ciudad fue destruida por un terremoto, el año de 1610. Fray Pedro Simón lo describe así: «El 3 de febrero de 1610, á las tres de la tarde, hubo un fuerte terremoto en la ciudad de La Grita, el cual se extendió á muchas leguas á la redonda; y no sólo derribó las casas, sino que presentó fenómenos desconocidos...

«Yo no podré decir si estos sacudimientos fueron ó no precedidos de las señales precursoras que ordinariamente tienen lugar; (siete según Aristóteles, y diez según otros); mas sí se vió que las aves manifestaban grande inquietud, y que volaban con dificultad. El agua de los pozos se puso turbia y salada; dentro de la tierra se oían ruidos sordos, y el frío era extraordinario antes de abrirse la tierra. Muchos otros indicios previos ocurrieron; pero nadie del lugar ó de las inmediaciones se fijó en ellos hasta que de repente el 3 de febrero del citado año de 1610, día de San Blas, como á las 3 de la tarde, la tierra se estremeció. El movimiento era tan fuerte que nadie podía tenerse en pie, y mucho menos andar. La tierra oscilaba como las olas del mar. Muchas casas cayeron, entre otras, el convento de nuestra orden y la iglesia.....

«Los molinos se inutilizaron; los riachuelos de

todas las comarcas se secaron; las aguas se hundieron en las zanjas y grietas del suelo; pero al siguiente día reaparecieron, y aunque turbias, tan abundantes, que causaron inundaciones, seguidas de nuevos desastres. Toda la población huyó espantada y sobrecogida de terror.» (Obra y Noticia citadas).

Después de aquella época, La Grita ha sido destruida total ó parcialmente por los siguientes terremotos: el de 26 de marzo de 1812, Jueves Santo, á las cuatro de la tarde; el de 24 de junio de 1827, á las seis de la tarde; el de 1849, que se verificó á las cinco de la mañana del 26 de febrero; y el de 18 de mayo de 1875, que se sintió allí á las once y media de la mañana. También destechó algunas casas y derribó muros el de 28 de abril de 1894.

La Grita está dividida en dos Parroquias Eclesiásticas, la Matriz, y la de Nuestra Señora de los Angeles, erigida ésta por el señor Boset el 18 de abril de 1852.

El templo matriz es una de las mejores iglesias del Estado, y la única cuyo presbiterio termina en cúpula. La iglesia de Nuestra Señora es de una construcción tan sólida como elegante. El santuario de Lourdes, situado en la colina de La Meseta, es una capilla espaciosa y desde la cual se domina admirablemente la ciudad. No menos bella y pintoresca es la capilla de La Espinoza, concurridísima en los días santos, y el 14 de setiembre, día de la Santa Cruz, que se venera allí. Existen además, las iglesias filiales de El Llano, La Quebrada de San José, Sabana Grande y Pueblo Hondo,

y las capillas de Omuquena, Tadea, El Tesoro y Alto de Duques.

La ciudad tiene dos magníficos Colegios: uno de varones y el otro de hembras. El primero lo fundó el señor Pbro. Doctor J. M. Jáuregui el 1º de enero de 1884, bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús. El otro se fundó también á iniciativa de él, el 14 de setiembre de 1895, bajo la dirección de las señoritas Beatriz Camargo y Sara María Guerrero, Profesoras Normales.

Existen también en La Grita dos hospicios de caridad, sostenidos por el pueblo: el Hospital, inaugurado en 1884, y el Orfelinato. Ambos tienen edificio propio, están servidos por Hermanas de la Caridad, y fueron fundados por el mismo doctor Jáuregui.

La Grita tiene cerca de seis mil habitantes, más de mil casas, muchos establecimientos mercantiles, imprenta, periódicos, tres hermosas plazas y una sociedad culta y distinguida. Entre los grandes benefactores de la ciudad, se cuentan los miembros del Cabildo que compró las tierras del Municipio al Rey de España en 1657; los abnegados Padres de San Francisco, que durante tres siglos se consagraron á la enseñanza de letras, artes y oficios en su mismo Monasterio; el Doctor Don Antonio Bernabé Noguera, fundador del primer colegio que tuvo la ciudad; Don Nicolás de Tolentino Guerrero y su hijo Doctor Francisco Antonio Guerrero, que vivieron siempre consagrados á la instrucción y al bien general, y el señor Pbro. Doctor. J. M. Jáuregui, cuyo nombre vive en el recuerdo de todos los gritenses, y en cuyo loor fue erigido por la

ciudad, el monumento que se levanta en el paseo de «El Calvario».

Don José Gregorio Villafañe, en sus *Apuntes Estadísticos del Estado Táchira*, dice de La Grita:— «El aspecto del lugar en los días de trabajo es triste y solitario; en cambio, los domingos y otros días de fiesta la ciudad se torna alegre, agitada y bulluciosa con la muchedumbre que va y viene al mercado y á las tiendas; gentes todas de campo, vivaces y despiertas; entre éstas se distinguen por su hermosura física las mujeres, pues todas ó casi todas son de una blancura remarcable, rosadas y esbeltas, con ojos negros, grandes y de mirar expresivo y penetrante. Ya sea por la raza especial á que deben su origen (netamente español); ó por la bondad del clima de aquella región, ó debido en fin, á los fuertes ejercicios corporales de todo el año en sus campos y con motivo de largas y frecuentes cabalgatas, es lo cierto que la robustez y belleza de las griteñas ha llamado siempre la atención y héchose hasta proverbial». A causa de esto La Grita ha sido llamada la *Circasia de Los Andes*.

El General Cipriano Castro, Jefe Supremo del País, acaba de hacer un gran servicio á La Grita, disponiendo la apertura del camino de La Fría á Pregonero y San Antonio de Caparo, para lo cual destinó la suma de sesenta mil bolívares. Esta vía pondrá á la ciudad en inmediata comunicación con el Estado Zamora, le dará la industria de potreros de ceba, y todas las ventajas que le traerá el tránsito comercial entre aquel Estado y el Zulia. Tiene también La Grita urgente necesidad de dos edificios: uno para mercado público, y el otro, para el Colegio de Niñas; y de un puente para conducir al Ce-

menterio, sobre el Callejón de San Francisco. No dudamos que el General Castro, cuyo Gobierno puede describirse con dos palabras que lo caracterizan: dignidad nacional y beneficencia pública, hará á La Grita este oportuno servicio, decretando la ejecución de esas tres obras, cada una de las cuales se llevaría á cabo con sólo cinco mil pesos.

La Grita es Capital del Distrito, y á la vez, del Municipio cabecera, el cual tiene 11.978 habitantes: sus campos son todos muy bellos, y generalmente cultivados de frutos menores. Envía semanalmente al mercado de San Cristóbal, de trescientos á cuatrocientos quintales de papas, arroz, tabaco, carne de cerdo y otros efectos. Tiene abundante ganado vacuno en sus campiñas, y en los páramos tiene también crías de ganados caballar y lanar. Su riqueza está muy bien distribuida, y á causa de ello no existen allí capitales fuertes, pero tampoco, indigencia absoluta.

SAN PEDRO DE SEBORUCO

Esta población fué fundada después del terremoto de 1827. Entre sus fundadores se recuerdan Don Lorenzo Duque y Don Henrique Rojas, propietarios honorables que vivieron en la primera mitad del siglo. Es un pueblo de lo más simpático y atraedor: tiene una temperatura media de 22° centígrados, y está á 905 metros sobre el nivel del mar.

Seboruco está situado en una mesa pequeña, pero completamente plana: á uno de sus costados corre el río Grita; y dista tan sólo cinco leguas de La Fría, estación del Ferrocarril del Táchira. Tiene una her-

mosa Iglesia, una buena Casa cural, Casa municipal, Cárcel pública, dos plazas, varios establecimientos mercantiles, y una sociedad culta que sabe atraerse todo respeto y estimación. En sus contornos están las reputadas minas de cobre, que le reservan un indudable porvenir, fuera de algunas de alumbre, albayalde, cristal de roca, petróleo y otras sustancias.

Actualmente es Cura del pueblo el señor Pbro. Ramón de la C. Mora, inteligente sacerdote de quien espera mucho el progreso de toda la localidad. El Municipio tiene cuatro mil setecientos veintiocho habitantes.

VARGAS

San Bartolomé del Cobre se llamó en sus tiempos primitivos esta población, que hoy se enorgullece llevando el nombre del primero de los médicos venezolanos y de uno de nuestros más distinguidos hombres públicos. Está situada en el declive oriental del páramo del Zumbador, á más de dos mil metros de elevación sobre el nivel del mar, y con una temperatura bastante fría. Tiene dos hermosos Templos, una espaciosa Casa cural, Casa municipal, Cárcel pública, dos plazas y algunos establecimientos mercantiles. Sus campos son bellos, y su agricultura produce abundante trigo, papas, cebada y demás producciones de tierra fría.

Vargas está poblado por una raza muy bien formada, de tez blanca, facciones bellas y estatura corpulenta y vigorosa: sus hombres tienen fama por el valor en los combates, y sus mujeres, por la laboriosidad y la virtud. El Pbro. Juan de la R. Zam-

brano ha sido uno de los mayores benefactores de aquel pueblo : él influyó poderosamente en la educación de las masas, é hizo cambiar aquellos instintos guerreros que caracterizaban á sus habitantes, por hábitos de paz, de cultura y bienestar. Hoy lo ha sucedido en el Curato otro hijo también del mismo pueblo, el inteligente joven sacerdote Pbro. Pedro M. Morales, quien habrá de continuar la labor educadora de su antecesor, convencido de que sólo en la paz y en el trabajo, en la virtud y en el bien son los pueblos grandes, prósperos y felices.

El primitivo nombre de esta población se debe á las minas de cobre sobre las cuales está situada, y que no son sino un filón de las de Seboruco. El día que estas ricas minas lleguen á explotarse, ambos pueblos obtendrán un inmenso beneficio. Vargas es capital del Municipio, el cual tiene cuatro mil setecientos veintisiete habitantes.

SAN SIMON

San Simón es una población muy pequeña: debe su importancia al gran cultivo de café que se hace en sus campos. Tiene un Templo, Casa municipal, Casa cural, plaza y Cementerio, y varios establecimientos mercantiles. Su temperatura es elevada, pero el clima es sano. El Municipio tiene cuatro mil setecientos cuarenta y un habitantes.

SAN JOSE DE BOLIVAR

Esta es también una población incipiente. Tiene un Templo, Casa cural, una plaza y algunos establecimientos mercantiles. Las calles están bien deli-

neadas, y el llano en el cual está situado el pueblo, tiene espacio para una gran ciudad. La temperatura es de 15° centígrados, por término medio; el clima, muy sano; los campos bellísimos y muy bien cultivados; la gente, laboriosa; y el Municipio todo tiene dos mil cuatrocientos setenta y ocho habitantes.

CAPÍTULO DÉCIMONONO

Descripción del Distrito Uribante

§ I

Estadística demográfica y riqueza agrícola y pecuaria

TIENE este Distrito nueve mil cuatrocientos cincuenta y seis habitantes. Nacen allí, al mes, treinta y cuatro individuos por término medio, y mueren, diez y nueve: los nacimientos están en la proporción de diez y ocho varones por diez y seis hembras, y las defunciones, en la de diez varones por nueve hembras.

Las tierras cultivadas abarcan una extensión de tres mil novecientas sesenta y nueve hectáreas, de las cuales, ochocientas veintiocho son de tierras altas; dos mil quinientas treinta y ocho de secanos, y el

resto de vegas. La producción anual de café es de cuatro mil trescientos tres quintales; la de papelón de mil ciento cincuenta y dos cargas, y cuantiosa la de papas, alverjas, trigo, maíz y otros frutos. Su ganado vacuno, y porcino, sobre todo, es abundantísimo, superior en mucho á las cifras marcadas en la estadística oficial del Distrito.

§ II

CIUDADES Y PUEBLOS

PREGONERO

Don Francisco de Borja y Mora, abnegado y activo servidor del Rey de España, á quien éste hizo gracia de algunas tierras en jurisdicción de La Grita, fué el fundador de Pregonero, á fines del siglo diez y ocho. Está situada la población á 1.285 metros sobre el nivel del mar, detrás de los enhiestos páramos El Rosal y El Batallón. Su clima es fresco y sano; sus tierras feraces y bellas; su agricultura, abundante y variada; y su riqueza, proporcionalmente distribuida.

La Ciudad de Pregonero tiene un templo, una Cárcel pública, un buen Cementerio y dos plazas. Actualmente es su Cura de almas, el inteligente y progresista sacerdote Pbro. Bachiller Ovidio E. Olivieri H., quien á no dudarlo, hará mucho en pro de los intereses generales de aquella localidad.

El Gobierno del General Castro ha destinado la suma de sesenta mil bolívars para la apertura del camino entre La Grita y Pregonero, y la continuación hasta San Antonio de Caparo: con esta vía, el Distrito verá ensancharse todas las fuentes de su riqueza, y la población será un punto de escala para el comercio entre el Estado Zamora y el Táchira y el Zulia, con lo cual ganará inmensamente.

LA FUNDACION

Así se llama una población incipiente, cabecera del Municipio Cárdenas, el cual se compone de las aldeas y caseríos Campo Alegre, Barranquilla, Dorados, Santa Rita y Alta Mira. Tierras fecundas y gran laboriosidad de los habitantes, son los caracteres distintivos de esta dilatada región, asiento algún día de ricas y hermosas poblaciones.

SAN ANTONIO DE CAPARO

Pequeña población, muy antigua, situada á las orillas del río Caparo, límite entre los Estados Táchira y Zamora. El camino, mandado á abrir por el Gobierno de la Restauración, dará salida á su abundante riqueza, inexplorada todavía; y habrá de llevarle los elementos de progreso y de cultura que tanto necesita. Actualmente es cabecera del Municipio del mismo nombre.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

Descripción del Distrito Páez

§ I

Estadística demográfica y riqueza agrícola y pecuaria

TIENE el Distrito tres mil seiscientos setenta y ocho habitantes. Nacen mensualmente por término medio, doce individuos; y mueren, ocho: aquéllos, en la proporción de siete varones por cinco hembras; y éstos, en la de cinco varones por tres hembras.

La producción anual de café es de doscientos cincuenta quintales; la de cacao, de novecientas cuarenta fanegas; de novecientas cargas, la de papelón; de mil setecientas cuarenta y cinco cargas, la de plátanos; de ochocientas quince fane-

gas, la de maíz, y se produce además, arroz, aguardiente, cazabe, almidón, etc.

La zona de pastos es inmensa; y el número de cabezas de ganado vacuno, pasa de ochenta mil. Hay también algún ganado caballar, mular y porcino.

§ II

CIUDADES Y PUEBLOS

GUASDUALITO

Esta población, capital del Distrito, y á la vez del Municipio Cabecera, está situada á 170 metros sobre el nivel del mar; tiene una temperatura media de 28° 89' centígrados y dista 2.500 metros del río Sarare.

El Municipio Guasualito tiene setecientos setenta y ocho habitantes, y las tierras que lo constituyen están divididas en dos zonas perfectamente caracterizadas. La primera está compuesta de hermosísimas sabanas, destinadas á la cría de ganados, y tiene, entre otros hatos importantes, los llamados EL CAIMÁN, MENDERO y LA BALZA, del General Celestino Castro; LA MARGARITA, del Doctor Ramón Sánchez J; LA MATA DE LA MIEL, de José de la O. González y LA MATA DE VENADO, de los hermanos Torres. Esta región ha adquirido en poco tiempo una gran prosperidad, y está destinada á un

gran porvenir. La otra zona, que se extiende desde el confín de las sabanas del Nula y el Sarare hasta la orilla del Uribante, está formada por la espesa selva de San Camilo, tesoro de inúmeras riquezas para el mañana de la Patria.

PALMARITO

Población muy pequeña, aun cuando tiene ya casi un siglo de existencia: es puerto sobre el río Apure, y de poco tiempo para acá viene prosperando, gracias á los esfuerzos de sus laboriosos habitantes. Es capital del Municipio del mismo nombre, el cual tiene quinientos habitantes, y está principalmente destinado á la cría de ganados. Sus principales hatos son LA MATA DE LEÓN, de Francisco Fulco; LA GLORIA, de Miguel Guerrero; MATAPALO, de Manuel Flores; CORRALITO, de Juan E. Zapata y LA ESPERANZA, de Francisco Villafaña.

EL AMPARO

Este puerto, hoy bastante floreciente, es el mayor centro mercantil del Distrito: exporta, así para Ciudad Bolívar como para Casanare de Colombia, todos los productos que se cultivan en el alto Sarare. Es la capital del Municipio del Amparo, en el cual principian los célebres Llanos Venezolanos, inmensas llanuras, surcadas en su parte occidental por bosques seculares, en los cuales el hacha del labrador ha hecho sus brechas para cosechar con éxito la caña, el tabaco, el maíz, la yuca, el banano y muchos otros frutos menores. El Municipio tiene quinientos habitantes, y sus hatos principales son:

LA GALLARDERA, EL MORICHITO y LA VENGANZA, de Angel Ignacio Moreno; MATA RALA, de la sucesión Centella; SAN PEDRO y CAMORUCO, de Antonio Samudio; LAS ANGOSTURAS, de Moros y Pérez Romero y MATA DE AGUA, de Víctor Machado. De ellos sale casi todo el ganado que se consume en el Táchira y Santander.

SANTA ROSA DE SARARE

Población muy pequeña, capital del Municipio del mismo nombre, el cual tiene quinientos habitantes, y está formada por una zona agrícola, tan fecunda, que, sin las rudas faenas del arado, se producen opípara y regaladamente todos los frutos de la tierra.

LA TRINIDAD

Es un pueblo pequeño, capital del Municipio del mismo nombre, el cual tiene trescientos habitantes. Sus tierras, de agricultura en los bosques que existen á las márgenes de los ríos, y de cría, en las demás, son fértiles y hermosas.

ELORZA

Esta población, hoy bastante floreciente, es puerto del río Arauca, y capital del Municipio Elorza, el cual tiene 600 habitantes. Sus tierras están destinadas principalmente á la cría de ganados, y sus principales hatos son: LA CONCEPCIÓN, de Julio Calderón; MATA DE TOTUMO, de Francisca de Vásquez; EL MENOREÑO, de Pablo M. Castillo; y MATA NEGRA,

de Bruno Estrada. Este Municipio es el mas extenso.

Una de las causas que impiden la mayor prosperidad de esta región, como la de todo el Distrito Páez, es la peste que destruye anualmente las bestias, y aun los ganados, ocasionando á los propietarios inmensas pérdidas. El Gobierno debe hacerla estudiar por veterinarios hábiles, y ver la manera de estirpar las causas que la producen, para prestar de este modo un gran servicio á aquellas regiones, en las cuales siempre se habrá de encontrar una de nuestras mayores fuentes de riqueza: la cría.

SEGUNDA PARTE

BOCETOS Y SEMBLANZAS

**Ilustrísimo Señor Doctor Agustín Jaime Pastrán, Obispo
de Santa Marta (1)**

EN la segunda mitad del siglo diez y ocho, en un modesto, pero virtuoso hogar, vino á la vida este preclaro pontífice de la Iglesia, en el pequeño pueblo de Capacho, tierra fecunda del talento y del valor.

De niño cuidó los rebaños de su padre, como Sixto V y Alejandro IV; y contemplando las bellezas de los campos, los primores de la luz y las maravillas de los cielos, anheló officiar un día como sacerdote en los altares de ese Dios-Bondad, que dió al hombre por morada, el más bello palacio, el universo; por corona, la más rica, la inteligencia; y por destino, el más sublime, el bien.

(1) En la nueva edición de esta obra, se aumentará la presente sección con las semblanzas de otros hombres notables cuyos datos biográficos reúne actualmente el autor.

Con el fin de realizar esa ilusión de oro imploró la bendición de sus amados padres; dijo adiós á su campestre choza; puso en la alforja un pan, y tomando el bastón del peregrino, emprendió marcha hacia Pamplona, donde cursó estudios elementales, y de donde más luego siguió á Bogotá, en cuyo Seminario hizo los estudios de Teología y Cánones, que coronó con el grado de Doctor y la ordenación sacerdotal.

El brillo de su inteligencia, la seriedad de su ilustración y la santidad de su virtud, le atrajeron aura popular y general estimación; y un día, en el fondo del Seminario donde se ocupaba en regentar varias cátedras y decir la misa de reglamento, se sintió profundamente sorprendido al ver las investiduras episcopales que le enviaba directamente el Rey Carlos III, para que fuese á ocupar la silla de Santa Marta.

Bajo tan sabia dirección, aquella ciudad creció en prosperidad y buenas costumbres. El señor Pastrán fundó en su propia casa de habitación, una Escuela Episcopal para la formación del clero, promovió frecuentes Concilios diocesanos, impulsó la predicación evangélica en todos sus dominios, dando él mismo el ejemplo, pues, dotado de una elocuencia arrebatadora y de una facundia inagotable, muchas veces se le oyó predicar en los templos á mañana y tarde, en medio de numerosísimo auditorio, que se sentía siempre electrizado al influjo de su voz.

Largos años alcanzó aquel pastor ilustre, de quien se cuenta que, como San Francisco de Sales, jamás sintió los impulsos de la ira estallar en su abnegado corazón. Como el apóstol de Patmos, ya

en la tarde de la vida, subía también á la cátedra sagrada, y sin alientos para grandes esfuerzos oratorios, se contentaba con recomendar á sus feligreses la práctica del mutuo amor.

En la cátedra se encontraba una tarde del año de 1770. Era ya un anciano venerable: pocos y blancos cabellos le cubrían la cabeza; estremecíanse las manos con el temblor muscular de la vejez: tenía los ojos sin vida y apagada la voz: hablaba y lloraba á la vez cuando, en un arrebato de ferviente amor, se sintió morir, dobló las rodillas ante el Omnipotente, y exclamó: «Domine, in manus tuas commendo spiritum meum,» y espiró...

Su pueblo le veneró como santo, y sus cenizas fueron siempre conservadas como un talismán precioso para calmar los rigores de la desgracia y atraer las bendiciones de los cielos.

Don Gervasio Rubio

En todos los ramos de la actividad humana, cuando el bien es el móvil de la acción, puede el hombre hacerse acreedor á las bendiciones de la posteridad.

Parmentier, introduciendo y própagando en Europa el cultivo de la patata durante la gran penuria que reinó á mediados del siglo XVIII, le prestó un servicio más grande, dice Luis Gregoire, que el que le han hecho los Capitanes de todos los siglos con sus estrepitosas victorias, que el que le han producido con sus luchas infecundas los políticos de todos los tiempos, que el que le han hecho los Jefes de Estado con la fuerza de su poder y el brillo de su autoridad.

Desclieux, trayendo á la América, con cuidados infinitos, las primeras matitas de café que regaron el bendito fruto por todo el Continente, le ha dado más dinero á la tierra americana, que plata las minas del Potosí, y oro, los inagotables filones de California.

Y todos los benefactores sociales que, por instinto generoso, han llevado un cultivo, una arte ó una industria de un país á otro, bien merecen el recuerdo cariñoso de los siglos ya que han contribuido con su sabia previsión á aliviar la suerte de la miseria y del dolor en la noche interminable de la triste humanidad.

Don Gervasio Rubio fué uno de los propagadores en el Táchira, de importantes cultivos, que han venido á constituir más tarde fuentes positivas de riqueza general.

Nació en San Antonio á mediados del siglo XVIII, y ya hombre, se trasladó al sitio de La Yegüera, fundación que había hecho allí don Diego de Omaña y Rivadeneira, y en la cual, con el correr de los años, vino á levantarse la actual ciudad de Rubio.

Hombre de energías y de trabajo, supo transformar aquellas tierras montañosas é incultas que eran, en campos de cereales, en hermosas dehesas de ganados ó en cortiños de legumbres y hortalizas.

El introdujo allí el cultivo del añil, que para 1800 constituía una riqueza de aquella región; y propagó también más luego la siembra del café, que, para 1890, había convertido en una taza de oro á aquel pueblo que surgió en medio de su hacienda y que hoy se enorgullece de llevar su nombre.

En el hogar, supo formar una familia distinguida,

que fue honor y prez de la Patria, en la alborada del siglo XIX.

El doctor Carlos Rubio, sacerdote venerable que celebró la primera misa en la naciente población iniciada por su padre, hizo en Mérida sus estudios teológicos, que coronó con la borla del doctorado, y luego mereció ser nombrado Canónigo de la Catedral de dicha ciudad.

Ramón, Nepomuceno y Marco Antonio, sus hermanos, se educaron también en la Universidad de Mérida. El primero, poeta de inagotable fecundidad y escritor culto, fue reputado para su tiempo como uno de los más profundos jurisconsultos del País.

El señor Rubio era, á la vez, un hombre de inagotable generosidad. En su hacienda tuvieron siempre refugio los desvalidos de la fortuna: numerosas casitas, colocadas aquí y allá, daban alojamiento á pobres y á huérfanos que iban allí á cubrirse bajo el ala bondadosa de aquel hombre bueno; y fue así como empezó á fundarse esa hermosa población que perpetúa con orgullo el nombre de su fundador; que fué erigida en Parroquia Civil en 1855 y en capital de Distrito en 1864, y que es hoy una de las principales poblaciones del Estado.

Ignoro la fecha en que murió el señor Rubio; pero es lo cierto que su alma palpita todavía en aquel pueblo inteligente é industrioso, y que la fecunda laboriosidad y el espíritu emprendedor que distinguieron al ilustre muerto, constituyen uno como legado que han sabido conservar incólume las generaciones que le han sucedido.

Doctor Antonio Bernabé Noguera

La Grita fué un centro de personalidades con-
spicuas en los siglos diez y siete y diez y ocho.

Distinguidas familias españolas, atraídas por aquel
clima delicioso, por aquellas tierras fecundas y por
aquel suelo rico en productos minerales, fijaron allí
su residencia en la esperanza de obtener en no leja-
nos días, un risueño porvenir.

Los Borjas y Mora, los Nogueras, los Agredas, los
Escalantes, los Garcías, los Labradores, los Guerre-
ros, los Contreras, los Rojas, los Morenos y otros
más, son apellidos de familias que gozaron de alta
posición social y de una vida holgada é independi-
ente. Ellas tenían el patrimonio de la riqueza y
de la ilustración, y ellas influían en los altos magis-
trados de la Colonia para obtener beneficios, exen-
ciones y regalías.

Entre las figuras más gallardas que se dibujan en
la polvosa bruma de aquellas épocas lejanas, está
la personalidad conspicua del doctor Antonio Ber-
nabé Noguera, sabio, literato, maestro, funcionario pú-
blico, civilizador y padre del pueblo.

Nació en La Grita en 1750, y su familia le envió
á Madrid, donde cursó á la vez medicina y jurispru-
dencia Civil, ciencia ésta última que coronó con el
grado de Doctor.

Retornado al seno de su ciudad natal, contrajo
matrimonio con la distinguida señorita Doña Josefa
García. Su hogar fué un nido de virtudes sobre el
cual derramó el cielo sus gracias y sus bendiciones.
Quince hijos se levantaron á la sombra de aquel
techo, que protegieron siempre con sus alas el amor,
la dignidad y el bien. Sacerdotes, los unos; médi-

cos y abogados, los otros; matronas distinguidas, aquéllas; y todos igualmente honorables y meritorios: tal fué aquella descendencia que supo conservar con brillo el nombre de su progenitor.

Como abogado, el Doctor Noguera ejerció siempre su profesión noble y generosamente, habiendo hecho de su bufete un tribunal de arbitramento, donde todos los litigantes terminaban sus contenciones con un abrazo de cordialidad; como médico, era más que un sacerdote de la ciencia, un padre amoroso y bueno, que pasaba largas horas junto al lecho del dolor prodigando los recursos de su saber; como persona social, era una como encina majestuosa que cubría con su ramaje protector aquel núcleo de familias que le respetaban y le querían; y como magistrado, casi siempre estuvo al frente de los intereses de la Municipalidad, y con su conducta recta y levantada, mereció que el Rey Carlos III, en cédula especial, declarase al Cabildo de La Grita MUY ILUSTRE, por consideraciones á su meritísimo presidente.

Su labor era incansable y múltiple: él llevó á cabo la apertura de las principales vías de comunicación entre La Grita y pueblos circunvecinos; puso puentes á los ríos; empedró las calles de la ciudad; levantó edificios públicos; construyó el Templo Matriz que demolió el terremoto de 1827; fundó escuelas, y trajo de España institutores, entre los cuales se recuerda al distinguido maestro Agreda, que más luego fué su yerno, pues contrajo matrimonio con su hija Teodora. Ya en la ancianidad, él mismo se dedicó á la enseñanza de la juventud, y de su instituto salieron hombres notables, como los presbíteros Bernardo y Fernando García, muerto el

primero en Barinas, y el segundo, en la misma Grita, en 1837.

Ignoro con precisión el año en que murió; pero sus últimos días fueron los de un filósofo. Rodeado de sus hijos, les recordó todas sus enseñanzas, que comprendió sabiamente á dos palabras: «cumplimiento del deber;» les indicó el cielo, como destino de la vida, y el bien, como fuente de la felicidad, y espiró. Era un anciano que llegaba á la tumba por un camino de luz, no para hundirse en la sombra, sino para vivir en el recuerdo de las generaciones.

Cuando La Grita levante un monumento para consagrar la memoria de sus hijos esclarecidos y de sus grandes benefactores, allí, con letras de oro, deberá leerse en primer término, el nombre de este sabio, apóstol y benefactor social.

Presbítero Doctor Lorenzo Santander

De la cepa ilustre, de donde salió, para brillar en los cielos de la gloria, la gallarda figura del General Santander, de allí surgió también este distinguido sabio, cuyo nombre está unido á los días épicos de la Gran Colombia.

Como el Ilustrísimo señor Talavera, cantó las glorias de la patria, en las fiestas triunfales de la libertad, desde la sagrada tribuna de los templos; como el señor Coll y Prat, estuvo así mismo en los sitios heroicos, alimentando con su palabra el denuedo de los soldados; y como el Ilustrísimo señor Méndez, concurrió también á los congresos, y en cascadas de arrebatadora elocuencia volvió por los fueros de la República y del Derecho.

Nació en San Antonio del Táchira, en la penúltima década del siglo diez y ocho; cursó estudios superiores en Mérida, en cuya universidad se recibió de Doctor en Teología en 1809.

Terminado el Congreso de Cúcuta en 1821, al cual concurrió en su carácter de Diputado, se trasladó á Bogotá, de cuya Iglesia Catedral fué nombrado Canónigo Penitenciario.

El General Santander lo distinguió con particular afecto, y en muchas ocasiones le consultó graves y difíciles cuestiones de la política y de la administración.

En la Universidad y en el Seminario regentó diferentes cátedras, á las cuales dió siempre brillo con su ciencia y su erudición.

Era amable de carácter, de una bondad indefinible, suave en su decir y en su andar, majestuoso en su porte, y elocuente, hasta en su conversación familiar.

«Nació para la tribuna, dice un escritor colombiano, y en la basilica de Santa Genoveva, habría sido un Flechier ó un Bourdalou.»

Ignoro el año de su muerte; pero debió acaecer de 1840 á 1845.

Aunque pasó la vida lejos del suelo de su cuna, bien merecería que la ciudad donde nació, le tributara algún recuerdo, siquiera fuese inscribir su nombre en un bloque de mármol junto con los de los hermanos Rubios, que, á no dudarlo, son estrellas que brillan en la historia para iluminar con sus splendores aquella tierra hermosa y rica.

Los grandes hombres de un país son, quizá, el más bello de sus tesoros.

Don Nicolás de Tolentino Guerrero

Una alma noble y bella es el primer tesoro de la vida.

Los benefactores sociales no mueren; porque su obra continúa al través de las edades.

Toda semilla benéfica, sembrada en el campo social, siempre dará fruto.

Sólo la obra del bien es inmortal: lo demás es aire que pasa, sombra que huye, espuma que se disipa.

No importa que se ignore quién inventó la escritura, quién fundó la medicina, quién ideó el lenguaje: la humanidad seguirá con esas tres invenciones sublimes, eternizando sus triunfos, aliviando sus dolores, expresando sus pensamientos, y eso basta.

Si el espectro de Caín debe temblar cada vez que cae al golpe del arma homicida una nueva víctima, las sombras de los zapadores del bien han de sentirse gozosas cada vez que por su obra se evita un mal y se mitiga un dolor.....

Cuántos servicios importantes prestó á la Cordillera el anciano venerable cuyo nombre encabeza estas líneas.

Como hombre de luces, fué un propagador incesante de la instrucción popular; como magistrado, dejó inscrito su nombre en obras imperecederas; como padre de familia, fundó un hogar para el honor y para el bien; como elemento social, abogó siempre por los intereses públicos, y como individuo particular, dejó altos ejemplos de entereza de carácter, de desinteresado patriotismo, de generosidad y abnegación, de hombre de bien.

Aún se recuerdan la austera integridad de sus

costumbres y los severos lineamientos de su fisonomía moral. Era el Catón romano, rehecho al influjo de las ideas cristianas; el estoico Marco Aurelio, sin la soberbia de la corona, y educado en la escuela del Evangelio de Jesús.

Nació en La Grita en 1800, y niño aún, se trasladó á Mérida, donde recibió su instrucción y se formó al lado de esos patriarcas venerables que supieron hacer de la ciudad de las Nieves, un emporio de cultura, de honorabilidad y de saber.

Joven todavía, fundó un hogar, tomando por compañera á una distinguida señorita de su pueblo, y aquel hogar fué una escuela de virtud en la cual se formaron hombres dignos y probos, que supieron conservar incólume la tradición del apellido.

La antigua Provincia de Mérida lo honró con altos cargos, en cuyo desempeño hizo gala de su probidad y su ilustración. Y después de haber vivido muchos años en aquella ciudad, donde nacieron varios de sus hijos, se trasladó á Lagunillas, de cuya mina de urao fué nombrado Administrador.

En 1839 retornó difinitivamente á La Grita, donde se contrajo en un todo, á dar impulso á las diferentes faces del progreso en su ciudad natal.

En este tiempo prestó á La Grita y al Táchira en general, eminentes servicios, de lo cual dan fe los documentos públicos.

Queriendo introducir una reforma en la enseñanza, hizo viaje á Bogotá con el objeto de traer profesores, y Lobatera tuvo entonces al Maestro Ramírez, que murió desgraciadamente en el terremoto de 1849; La Grita, al renombrado Maestro Guarín, y Táriba, al Maestro Secundino Jácome, quien más tarde se trasladó también á La Grita, perfeccionó allí

sus estudios teológicos al lado de un sacerdote venerable, y luego regresó á Colombia á recibir la ordenación sacerdotal.

En ese viaje nuestro biografiado contrajo una enfermedad que poco á poco fué minándole la salud : incapacitado para una labor más activa, se dedicó á la enseñanza de la juventud, para lo cual fundó una escuela superior, que dió durante muchos años, los más notables resultados.

En ese tiempo, su vida era tranquila y apacible. Compartía las horas entre las labores didácticas y la lectura. El pueblo le veneraba como á un filósofo antiguo ; y numerosas personas iban á pedirle consejo y á oír de sus labios raudales de sabiduría.

En los salones de su escuela había escrito algunas sentencias que dan idea de su estatura moral :

La felicidad consiste en el cumplimiento del deber.

En la vida sólo hay un verdadero mal, que es la ignorancia: los demás males no son sino formas de él.

Los padecimientos físicos nada valen para quien tiene un corazón entero y una conciencia tranquila.

No hay más civilización verdadera sino la que descende de los brazos de la Cruz.

Y en su sala de familia, tenía estas inscripciones :

La mentira es la muerte del alma.

El hogar más feliz es el que no debe sus riquezas á la injusticia; que no las conserva por mala fe, y cuyos gastos no cuestan un arrepentimiento.

Los niños son lo que se quiere que ellos sean.

El egoísmo es la negación del sentimiento; y la práctica del bien general es una aproximación á Dios.

Murió en 1872; y conservó la entereza moral has-

ta en sus últimos instantes. Cuando ya se sintió próximo á abandonar la vida, se incorporó en la cama, llamó á sus hijos, los bendijo y les dió sus últimos consejos, y luego se reclinó en la almohada, diciendo con Franklin: *me hundo en la tumba, como un libro despastado y roto que se arroja por inútil; pero reapareceré un día, también como ese libro, corregido y empastado en una nueva edición.*

El 1º de enero de 1900, la familia Guerrero celebró improvisadamente el centenario del natalicio del ilustre muerto; y en el acto verificado en la Iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, el eminente doctor Jáuregui pronunció la oración fúnebre, que rayó en los más altos límites de la elocuencia. Es gran lástima no haber podido conservarla, como un monumento literario digno de ser trasmitido á la posteridad.

Presbítero doctor José Amando Pérez

El Evangelio es un alba de los cielos en la noche de la vida.

En ese libro sublime, todo es luz y amor, verdad y bien.

Sus principios son amables como la virtud; y sus máximas para la perfección susurran gratamente al oído, como los cánticos de la inocencia ó las músicas sutiles con que se hablan en su lenguaje los favonios y las flores.

Formado en esa fuente celestial el sacerdote católico, debe ser un trasunto fiel del divino Galileo, de esa alma blanca y pura que pasó por los abrojales de la existencia como un rayo de luz por la superficie de las cosas, como un perfume que se des-

prende del nectario para aromar el aire, como un tinte que colora por un instante la mejilla del niño para desaparecer luego entre las blancuras de la tez.

Esos corazones duros como el hierro, y esas almas que gustan, como las hienas, de aspirar las emanaciones de la sangre, son extrañas en el santuario del Evangelio.

El Cardenal Cisneros, mostrando á sus adversarios los cañones como la última razón de los reyes; Richelieu, con su birrete rojo, combatiendo espada en mano en el sitio de la Rochela; y Mazarino, con un arca de doscientos millones de francos, obtenidos con sus expoliaciones y despojos al pueblo, son sacerdotes ajenos á su misión, y á quienes el Dios del Discurso en la Montaña no reconocería como sus discípulos.

Y causan horror monjes como Terray, Ministro de Luis XV, quien decía al rey, para justificarle sus exacciones, «que el pueblo es una esponja que debe saberse exprimir»; Arzobispos como Sourdis, jefe de la escuadra francesa en tiempo de Luis XIII, y Dubois, de quien dice Saint-Simon «que en él, todos los vicios luchaban por ocupar el primer puesto, y que era tan falaz y pérfido que aun al través de los poros, veíasele salir algo como un humo de falsedad.»

Y es que en el sacerdote cristiano deben brillar, ante todo, la modestia y la mansedumbre de Aquél que dijo á sus Apóstoles: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.»

*
* *

Trasunto fiel del sacerdote evangélico, fué el mo-

destísimo doctor José Amando Pérez, á cuya memoria quiero dedicar estas líneas.

Su vida es un poema de ternura y de caridad; su muerte, la de un cenobita del desierto en los días tempestuosos de las persecuciones romanas.

Nació en un campo de Lobatera el 8 de febrero de 1812, en un hogar humilde, donde las riquezas jamás ostentaron su fastuoso brillo; pero donde la virtud fué culto y gloria, aliento y vida.

Niño aún, pastoreando su rebaño, se internó en una selva, y allí encontró á un sacerdote español que, huyendo de la tea revolucionaria que incendiaba el país, había ido á buscar refugio en aquella soledad: era el presbítero Francisco Estrella, cura de La Grita, á quien el niño acompañó algún tiempo y de quien aprendió las primeras nociones de saber.

Más luego, sintiendo su vocación para el altar, y no teniendo medios para atender á su instrucción, puso su fe en el cielo, tomó el bordón del peregrino y emprendió viaje á Mérida, entre los suspiros ahogados de sus amorosos padres y los ayes de sus tiernos hermanitos.

La fe tiene recursos supremos de poder y de fuerza; y unida á una actividad incansable, vence todos los obstáculos y realiza todos los prodigios.

Cincuenta leguas de viaje, por caminos abruptos y á largos trechos solitarios, no fueron obra á detener al joven peregrino en su audaz resolución; y un día, extenuado y macilento, se presentó al Illmo. señor Obispo é imploró su admisión en el Seminario Episcopal.

El éxito coronó sus anhelos: en 1843 se recibió de doctor en Sagrada Teología, y seguidamente fué llamado á la ordenación sacerdotal.

Tenía á su cargo el Curato de Lobatera, cuando se verificó el célebre terremoto del 26 de febrero de 1849, que redujo á escombros no sólo aquella ciudad, sino la mayor parte de los pueblos del Táchira.

De debajo de las ruinas, todavía en medio de las conmociones de la naturaleza, tuvo que sacar á sus ancianos padres que habían quedado sepultados por el techo de la casa; y al día siguiente, trasladado con ellos á un llano próximo, conocido con el nombre de La Sabana, trazó los fundamentos de una nueva población, que hoy embellece al Estado, y que recuerda el apellido de un eminente diplomático y estadista venezolano, muerto trágicamente un día de lucha de las pasiones populares: Michelena.

El, con sus propias manos, trabajó en el templo de aquella población, al servicio de la cual puso, no sólo sus pequeños haberes, sino hasta los proventos de su ministerio parroquial.

Fundado Michelena, trató de darle vida por todos los medios posibles, y desde luego concibió la idea de una carretera que, partiendo de San Cristóbal por el camino de recuas, y pasando por Táriba, Lobatera, Michelena y San Juan de Colón, fuese á terminar en la boca del río Grita, para facilitar así la comunicación de aquellos pueblos con Maracaibo

Con tal fin, él mismo se trasladó á las montañas de Guamas, y no obstante las inclemencias de aquella naturaleza bravía, hizo exploraciones y reconoció la bancada que ya en 1842 había indicado el Congreso Nacional para realizar esa vía, el eminente patriota presbítero José Félix Blanco.

A pesar de sus grandes esfuerzos, luchando casi solo contra invencibles dificultades, apenas consiguió

por entonces, mejorar las condiciones del camino existente. El hermoso ferrocarril que hoy atraviesa aquellas ricas regiones, ha venido á resolver el problema, dando al Táchira una gran vía que siempre habrá de ser la primera arteria de ese importante Estado.

El doctor Pérez alcanzó una larga vida. Sus altas virtudes le formaron una aureola de merecimientos que siempre le rodeó la sien. Tuvo la mansedumbre de San Luis Gonzaga, la prudencia de San Francisco de Sales y la caridad ardiente de San Vicente de Paúl.

En 1873 fundó un Hospicio de Lázaros, en el cual se recluyen hoy numerosos enfermos á quienes la desgracia oprime con el peso del dolor.

Allí principalmente, en ese refugio del infortunio, vive su nombre entre las múltiples bendiciones con que á diario le saludan labios purificados por el carbón de la adversidad.

Sus feligreses le consideraron siempre como una providencia del pueblo; el Táchira, como un ciudadano distinguido y un patriota abnegado: la Iglesia lo exhibe como un ministro digno de sus altares.

José Ignacio Cárdenas

En el candente estadio de las pasiones políticas, donde se derrama la hiel de los más acerbos odios y se les rasga la clámide á los más conspicuos ciudadanos, pueden también conservarse incólumes—como en el fondo del hogar,—personalidades excelsas, que lleven la virtud por guía; el bien, por norma; la dignidad, por broquel. Los primeros tiempos de nuestra República son fecundos en hombres de esa

talla, como los fueron también los días genésicos de la Patria ; y como, por gloria nuestra, lo son los que hemos alcanzado.

Tales hombres son figuras esplendorosas, que embellecen la vida ; cariátides, que sostienen el edificio social ; corazones de turquesa, almas de oro, que concentran las miradas del presente, irradian luz en las sombras del pasado y rasgan las tinieblas del porvenir para abrir á las generaciones que surgen, el camino donde se recogen triunfos y se conquistan glorias.

El personaje cuyo nombre va al frente de estas líneas, es una de aquellas figuras ante las cuales los partidos políticos se descubren, la vehemencia de las pasiones se acalla y las diatribas y los odios enmudecen.

Nació en Pregonero el 23 de agosto de 1826, en un hogar que fué siempre nido de virtudes cristianas. Sus padres, don Antonio M. Cárdenas y doña María de los Angeles Díaz, supieron formarle el corazón para el bien, y grabarle en la inteligencia, los principios salvadores en las grandes tormentas de la vida.

Muy niño, fué enviado á Mérida, en cuya Universidad hizo los estudios de filosofía, que le valieron elogios merecidos por su inteligencia y su aprovechamiento. Una modestia, quizá mal entendida, no le permitió obtener su borla de doctor, que tan bien hubiera lucido sobre aquella frente enhiesta y pensadora. Condiscípulos suyos fueron Monseñor J. C. Acevedo, sacerdote eximio en ciencia y en virtud ; el doctor Miguel N. Guerrero, abogado, ingeniero, escritor y hombre público que nació para exhibirse siempre en elevadas alturas y en escenarios de luz ;

y el doctor Foción Febres Cordero, sabio distinguido, jurista reputado, ciudadano conspicuo, cuyas virtudes públicas y privadas nos recuerdan las de los días clásicos de Atenas ó de la época de oro de Roma; y otros, no menos ilustres, que volaron como águilas caudales, salidas de un mismo nido para ir á ostentar el lujo de sus plumajes entre las raras reverberaciones del sol.

Retornado al Táchira, en 1855, entró en el campo de la lucha como infatigable batallador; y en él, y llevado por las alas de su mérito propio, fué subiendo hasta llegar á los más altos puéstopos de la Magistratura.

En 1856 formó parte del cuerpo docente en el Colegio Nacional de Varones, y desempeñó á la vez el juzgado de Primera Instancia en lo Civil; en 1857 fué diputado al Congreso Nacional; en 1858 fué miembro de la Convención de Valencia, convocada por el general Julián Castro, y á la cual concurren hombres prominentes de todas las parcialidades políticas; en 1859 fué nombrado Gobernador de la Provincia del Táchira; y otra vez diputado al Congreso, en 1860.

En 1863, al pronunciarse el Táchira por la Federación, sus mismos adversarios en la contienda política, le eligieron Presidente del Estado, cargo que aceptó á trueque de alternar en el Gobierno con el general Jesús Entrena, reputado como la personalidad más culminante y el alma de la Federación en aquellos pueblos de Occidente.

Su conducta en las altas esferas del poder, fué siempre aquilatada y pulcra. El revivió los rasgos sublimes de Epaminondas y Arístides; tuvo las vir-

tudes privadas de Catón, y fue abnegado y generoso como un cenobita cristiano.

En tres lustros de vida pública, sus arcas privadas no atesoraron una docena de maravedís.

En cierta ocasión hizo liquidar sus sueldos, que no había querido recibir en la Tesorería del Estado, y alcanzando á más de \$ 4.000, los entregó al Superintendente de Instrucción para que los invirtiese en tal ramo. En 1868 se hizo borrar de la plancha de Senadores al Congreso para colocar en ella á un émulo suyo, que aspiraba á tal honor. Su respeto á la ley fué siempre tan profundo, que jamás consintió ni en imponer siquiera el sentido exegético de ella sobre el sentido natural.

Hé aquí por qué la Constituyente de Timotes, en 1881, se apresuró á dar su apellido á uno de los Distritos del Táchira, nombre que han respetado todos los partidos políticos que después de aquella fecha han subido al poder; y hé aquí por qué el Salón del Consejo Municipal de San Cristóbal, exhibe hace largos años, el retrato de aquel varón eximio, sin que ninguna pasión banderiza haya osado jamás quitarle aquel puésto de honor.

El 7 de agosto de 1872, un gran concurso fúnebre iba por las calles de Táriba: los altos Funcionarios Civiles del Estado, las Autoridades Militares, los gremios de comerciantes é industriales, los alumnos de los Colegios y Escuelas: todos, religiosamente, rodeaban un féretro mortuorio: era el de don José Ignacio Cárdenas, cuya preciada existencia se había apagado el día antes, en medio de las manifestaciones más sentidas del público dolor.

Había vivido tan sólo 46 años; pero dejaba á su

familia, á su pueblo y á la posteridad, una memoria esclarecida y un nombre immaculado.

Presbítero doctor Santiago Sánchez

Si la violeta diese tinta para escribir, en esa tinta ensoparía la pluma para trazar estas líneas; si los colores del ocaso, al espirar el día, pudiesen tomarse en el pincel, con esos colores formaría este cuadro; si lo que inspira el sonreír del niño pudiese trasladarse á otra alma, querría esa inspiración para expresar estos conceptos.

Humilde como la violeta que se oculta en el bosque; tierno como los colores del Ocaso al despedirse el día; candoroso como las sonrisas del niño que se revuelve entre la cuna; tal fué el modesto sacerdote cuyo nombre encabeza este perfil.

*
* *

No lo busquéis al lado del Crisóstomo, convirtiendo en Sinaí la tribuna sagrada con el rayo de sus ideas, con el trueno de su torrentosa palabra; no, junto á los Atanasios y Agustinos, demoliendo las herejías con el poder de su ciencia y anonadando á los sectarios del error con la energía suprema de su alma; tampoco creáis hallarlo entre los Hildebrandos y Sixtos, ejerciendo su autoridad con todo el vigor de un corazón indomable en la lucha contra los abusos de los tiempos: no. Id á Castiglione en Italia, penetrad en los claustros de los discípulos de Jesús, buscad allí á un joven en cuya frente chispea una corona de luz; en cuyos ojos brilla el amor; cu-

yos labios vierten miel: que es manso como un corderillo, tímido como una gacela, tierno como una paloma, y á quien el mundo conoce con el nombre de Luis de Gonzaga: allí, á su lado, en paternal consorcio, hablando del amor á Dios y del perdón á las miserias humanas, allí encontraréis al doctor Santiago Sánchez.

*
* *

Nació en Egido, en 1827: estudió las primeras nociones del saber en el Seminario Episcopal de Mérida, y luego pasó á la Universidad á cursar estudios superiores, los cuales coronó con el grado de Doctor en Teología, en 1853.

Poco después de ordenado de sacerdote, recibió el título de Cura de La Grita, á donde se trasladó acompañado de sus ancianos padres.

Veintidós años vivió bajo el cielo encantador de esa mi ciudad natal, y en esos veintidós años, la dulzura de su carácter fue siempre una misma, la bondad de su corazón, un tesoro inagotable.

*
* *

Si la metempsícosis fuese cierta, yo diría que el alma de San Luis de Gonzaga reapareció en él. Si Dios, al crear los seres, no estuviese siempre en una misma disposición, creería que el alma del doctor Sánchez la hizo en una hora de embelesos, en un instante de dulcísimas fruiciones.

El fuego de la ira no prendió en él, porque siempre estaba inflamado por el fuego del amor. No

codició las riquezas de la tierra, porque tenía los ojos fijos en las riquezas del Cielo. No aspiró á las glorias humanas, porque sólo tenía por verdadera la gloria de Dios.

Como el discípulo amado de Jesús, su predicación constante era: *filioli mei, diligite alterutrum*. Reconocía en la Caridad, el único lazo que puede estrechar á los hombres; la única senda que puede conducir al país de la dicha.

No conoció el mal, porque no cesó de practicar el bien. La felicidad de su pueblo fué su constante anhelo; el cumplimiento del deber, su más ansiada aspiración.

Cincuenta y cuatro años tenía cuando se hundió en la tumba, y sin embargo, estaba joven. La nieve de la vida no se posó en su frente: los sinsabores del mundo no llevaron absintio á su alma.

Fue amigo querido de mi familia, y echó sobre mi frente el agua bautismal. Me recibía en su hogar, pequeñuelo, y me acariciaba con palabras de dulzura que aún tengo grabadas en el fondo del pecho. Por eso, al trazar estas líneas, lo he hecho movido por un sentimiento de gratitud y de cariño, y alentado por los recuerdos que me han entristecido el corazón.

*
* *

El doctor Sánchez murió en Egido el 28 de enero de 1891. Cinco años antes había sido nombrado Canónigo Magistral de la Catedral de Mérida, puésto que desempeñaba cuando la segadora cruel le cortó el hilo de la existencia.

La Grita le elevará algún día un monumento para inmortalizar en el mármol las virtudes preclaras del sabio y del levita. Entre tanto, su memoria vive en el corazón de todo un pueblo.

Juan y José de Jesús Entrenas

Cuando el Gobierno que surgió en el País por consecuencia de los sucesos de 1830, había ya fatigado al pueblo, y la autocracia de Páez pesaba sobre las conciencias, ávidas de libertades y de nuevos horizontes en el pensamiento nacional; cuando la voz de Guzmán, de Lander y de Larrazábal se dejó oír como una protesta contra el orden imperante, y las columnas de *El Venezolano* aparecieron como un volcán amenazador y terrible, dos hombres de ilustre cuna y de altísimo valer respondieron en la Cordillera á aquel grito de protesta, y se hicieron desde luego propagadores incansables del programa liberal: Juan y José de Jesús Entrenas.

Nacieron á principios del siglo XIX, y por sus venas corría sangre de la nobleza española y de distinguida alcuernia francesa. Sus padres, general Juan Entrena y señora Genara Chaveau, eran, en sus respectivos países, personas de alta prez.

Las contingencias porque atravesaba Venezuela en los días genésicos de nuestra Independencia, impidió á los dos jóvenes ir á España á recibir una instrucción como correspondía á su clase y á sus deseos; pero, ello no obstante, pudieron formarse en nuestros Colegios, en la lectura privada y en el trato con los hombres, hasta llegar á sobresalir en la época á que pertenecieron.

El primero de ellos ascendió por su mérito propio,

hasta ocupar una alta posición política y social en el País: estuvo en relación con las más conspicuas figuras de la política venezolana en toda la primera mitad del siglo, adquirió una gran fortuna, fundó un hogar que fue escuela de virtud, laboró por el progreso y la cultura de nuestros pueblos, y después de haber ocupado altos puestos en la administración pública, llegó á la primera magistratura del Estado Táchira.

Su nombre está aureolado por una reputación justamente adquirida. La austeridad de sus costumbres y la circunspección de su carácter le merecieron el más alto aprecio de sus conciudadanos. Murió en una edad avanzada, legando á su familia un apellido ilustre y una historia sin manchas.

El segundo fue un hombre de mayor actividad, de brillantes talentos, de habilidad política, y que llegó á adquirir vasta ilustración. Sus conocimientos en Derecho fueron notables, y asertadas sus ideas sobre política y administración. Durante muchos años sostuvo una ilustrada correspondencia con los corifeos de las ideas liberales en el País, y entre los papeles de familia, aún se conserva su correspondencia con don Antonio Leocadio Guzmán, quien le tuvo siempre en el más alto aprecio.

Desde muy joven entró, alta la visera y arma en mano, al estadio político, y fue él, propiamente, el fundador del Partido Liberal del Táchira; él, quien lo organizó, quien propagó sus doctrinas, quien le atrajo prosélitos, quien lo hizo una entidad militante, y quien lo llevó, por último, á las alturas del poder.

No tuvo más arma de combate que su pluma, y con ella venció. Jamás estuvo en los campos de batalla, y no obstante, obtuvo triunfos y se cubrió

de glorias. Sus adversarios llegaron á temerle, y no pudiendo vencerlo en el terreno intelectual, decidieron quitarle la vida, y tan sombrío crimen se llevó á cabo.

Corría el año de 1869. Un grupo de militares reunidos en «El Cobre», y cumpliendo instrucciones superiores, decidió asesinarlo; y preso como estaba, sin causa, y sin formalidades ningunas, fue conducido en el silencio de la noche á un paraje solitario, «El Palmar», y allí, toda una guerrilla disparó sobre él, dejándole tendido, atravesado el pecho por doce balas.

Sería inexplicable tan negro delito, si así también no hubiese caído un día en la lóbrega montaña de Berruecos, la gallarda figura del Héroe de Ayacucho; y si así también, y en aquel mismo sitio, no se hubiera doblado más tarde, al golpe de oprobiosa bala, el poeta-capitán, el autor de Gonzalo de Oyón, el ilustre Arboleda.

Han trascurrido muchos años desde aquel día nefasto, y el crimen de «El Palmar», aun atrae las justas protestas de todo un pueblo noble y digno.

Crimen estéril, como todos los crímenes; porque por el camino del delito jamás se ha llegado á la conquista del derecho. La sangre todo lo mancha, y con mancha que jamás se borra. Los partidos que tratan de vencer inmolando á sus adversarios en el silencio de las sombras ó á la vuelta de los caminos, son impotentes, y no tienen derecho á existir.

La lucha en el campo social es una ley, y en esa lucha todo contendor tiene libertad para exhibir su pensamiento: del contacto de las diversas opiniones es como surge la luz, como nace el progreso y como brilla la civilización. Pero tratar de imponer

nuestras ideas aun con el imperio del puñal, es satánico. La verdad no necesita de armas para surgir; ni el bien, de las tinieblas de la barbarie para vencer.

En 1874, siendo Prefecto de La Grita el general Miguel Entrena, hijo del ilustre victimado, condujo en triunfo los restos de su padre á la Iglesia Matriz de aquella ciudad. El pueblo se apresuró á tributar á aquellas cenizas venerandas, honores de apoteosis; se desplegó toda la pompa y el fausto que la solemnidad merecía; la palabra sagrada protestó en el templo contra el sangriento crimen é hizo la apología del mártir, y así, aquella sombra veneranda, tuvo post mortem la vindicación que justamente reclamaba.

Luis Felipe Brioso

I

Los siglos modernos han contado con un obrero de la civilización que ha ganado las más grandes batallas del progreso: el periódico.

El orador, desde las cumbres de la tribuna, podrá regar lluvias de ideas sobre las multitudes que le escuchan, como granea Dios el rocío sobre los campos que reseca el sol; el sabio podrá arrancar sus secretos á lo desconocido y producir en el silencio de su gabinete las ruedas que impulsan la evolución científica del mundo; y el maestro de escuela, rodeado de cabecitas rubias y frescas como las espigas de la simiente humana, llevará rayos de claridad á aquellas mentes en flor, y sembrará los prin-

cipios del bien en aquellas conciencias que el hálito del mal aun no ha tocado; pero el periódico, bajo la forma de una hoja que el viento arrastra, va á todas partes á ofrecer su óbolo de luz; penetra al salón del académico, á la tienda del comerciante, al claustro de la Universidad, al taller del artesano, á la choza del labriego y aun al tugurio del infeliz.

El periódico es el libro del pobre y del rico, el defensor de los derechos conculcados, el rayo que vibra amenazante sobre las frentes de las tiranías, la cestilla que en inspirados versos lleva su manajo de flores á la joven enamorada, y muchas veces, el lazarillo que en nombre de Dios pide una limosna para el pobre y para el huérfano.

Por eso, el periodista honrado y digno, merece respeto y admiración. Es un soldado del bien que gana victorias sin verter sangre y destruye errores sin herir conciencias. Es un Prometeo de la cultura, que arrebató la luz á lo alto para difundirla al pueblo, aunque pase la vida atado á la roca de una labor que nunca acaba.

II

Luis Felipe Briceño fue uno de los mejores periodistas del Táchira.

Nacido en San Antonio, al promediar el siglo XIX, no recibió más instrucción que la que pudo obtener en las escuelas de su ciudad natal.

Niño aún, se dedicó á la tipografía, trabajando en la imprenta que en 1861 llevó á San Antonio el doctor Manuel M. Merchán.

Aquella ocupación fue á la vez una escuela en

donde poco á poco adquirió los múltiples conocimientos que más luego exhibió en la variada lucha de la vida.

En 1872 fundó en San Cristóbal, en unión de su hermano Alejandro, EL PORVENIR, semanario que tuvo una larga duración, y en el cual escribieron sobre todos los ramos del saber humano, los más distinguidos pensadores del Táchira. De tal modo se estimuló en levantar su periódico el señor Briceño, que le atrajo la colaboración de los mejores escritores y poetas del País, y consiguió publicar revistas mensuales, que desde París y Madrid le enviaban respectivamente los ilustrados escritores españoles don Federico de la Vega y don Andrés Sánchez del Real.

A la vez que periodista, el señor Briceño fué un incansable propagador de toda idea buena. Sirvió al pueblo en la instrucción primaria, fundó concursos agrícolas para impulsar el progreso de la agricultura, trabajó en el campo de la administración pública y contribuyó eficazmente con estudios de antigüedades, á esclarecer los orígenes de nuestra historia regional.

Su índole apacible, sus modales finos y cultos y su fácil adaptación al medio en que se hallaba, le valieron numerosas amistades y la estimación general de que siempre fue objeto.

La rudeza de las luchas políticas en las administraciones anteriores, y motivos particulares, lo obligaron á abandonar el suelo de su cuna para ir á Bogotá, en donde pasó los últimos años de su vida, ganando con la pluma el sustento diario.

Allí, las nostalgias de la tierra amada, los rigores del clima, y la pobreza, compañera muchas veces de los más abnegados servidores públicos, le llevaron á

la tumba ha pocos años, dejando en aquella su segunda patria, una huella de estimación y de respeto.

La prensa de Bogotá registró con frases de dolor la ausencia eterna del valiente adalid del periodismo.

Una pobre cruz y algunas campestres flores marcan aquella fosa, que apenas si se distingue en medio de los mármoles y los bronces que guardan los sarcófagos de los grandes en la antigua ciudad de los Zipas.

Presbítero doctor Ignacio Ramón Duque

Era un día de julio de 1843.

La Universidad de Bogotá estaba de fiesta.

Había rendido sus exámenes de opción al doctorado en Derecho Canónico, un joven sacerdote venezolano, que dejaba gratamente emocionado al Cuerpo Examinador.

Esa noche, en el banquete con que el graduado obsequió á sus examinadores y amigos, el doctor José Félix Merizalde, Rector para entonces de aquel notable instituto, pronunció estas breves pero elocuentes frases, dirigiéndose al joven:

«La Universidad de Bogotá se considera honrada con la elección que de ella hicisteis para optar á vuestro grado de Doctor. La Junta que ha practicado vuestro examen se ha manifestado satisfecha del acto, y queda admirando la multiplicidad de conocimientos de que habéis hecho gala, y la facilidad y expedición con que habéis desenvuelto vuestras ideas.

«Yo os felicito por todo ello, y al hacerlo, felicito también desde aquí á los autores de vuestros días, que allá, en lejano suelo, estarán atentos á la suerte

del hijo amado; y felicito también, y muy principalmente, á la tierra de vuestra cuna, hoy más que nunca hermana de mi Patria por los nuevos lazos con que ha querido estrecharlas el Destino de los Pueblos. Que el camino á esta capital no se olvide á los que hasta ayer formaron con nosotros una gran Nación, y que vengan como vos aquí, á hacer exhibición de ciencia, y á recibir en cambio, el lauro con que se premia á los triunfadores en el estadio del saber.»

El joven que á tanta honra se hacía merecedor ese día, es el virtuoso levita cuyo nombre va al frente de esta ligera semblanza.

Nació en los alrededores de La Grita en la primera década de la pasada centuria, y recibió su instrucción elemental en el instituto que para entonces regía en dicha ciudad el sabio doctor Antonio Bernabé Noguera.

En la Universidad de Mérida cursó estudios superiores, los cuales hubo de interrumpir cuando, á causa de su ordenación, fue enviado á servir un ministerio parroquial.

Nombrado Cura y Vicario de La Grita, tuvo como Coadjutor á un sacerdote que luego á luego llegó á ser una figura brillante en el clero venezolano: el Illmo. señor Zerpa. Desahogado así en las tareas ministeriales, y con un compañero tan inteligente como sabio, dióse á estudios profundos, y se preparó para ir á Bogotá á obtener su grado, á la vez que á curarse de una enfermedad contraída á la vista, á causa de sus vigiliias y trabajos.

Aquel viaje fue fecundo en bienes para la tierra de su cuna.

A su regreso, no sólo se presentó en La Grita con

un lauro ilustre, sino con multitud de mejoras para su pueblo, recogidas en el taller del artesano, en la tienda del industrial, en el campo del agricultor y en el instituto de enseñanza.

Cuántos frutos que hoy llenan la campestre troj, y cuántos cereales y leguminosas que engalanan nuestros prados, provienen de semillas introducidas por aquel sacerdote meritorio.

Y es que el doctor Duque no era sólo un guardián fiel de la lámpara sagrada, sino un luchador en el campo social, un impulsor del progreso en todos los radios de su acción. Por esto, no fue ajeno tampoco á la cuestión política, que le absorbió parte de su actividad y de su celo. Una curul ocupaba en el Congreso de 1848, cuando se verificó el famoso atentado del 24 de enero, que tanta resonancia ha tenido en los tiempos posteriores.

Al regresar á La Grita, después de ese viaje tormentoso y rudo, fue elegido Canónigo de la Catedral de Mérida por el Illmo. señor Boset, puésto que renunció poco después para fundar su patrimonio y dedicarse á una vida más tranquila y reposada.

Largos años vivió así, ejerciendo en su pueblo una verdadera paternidad, y dando ejemplos altísimos de entereza de carácter, de laboriosidad y de virtud.

En 1878 lo sorprendió la muerte, todavía en el vigor de la existencia.

Su memoria es querida. Han corrido más de cinco lustros y todavía su recuerdo enternece á los corazones buenos y hace nublarse de llanto los ojos que le vieron y admiraron.

Su tumba fué el primer túmulo que se levantó en el Cementerio nuevo de La Grita. Tenía la forma

de un carro, coronado por una cruz: símbolo perfecto de sus más altos ideales: la religión y el progreso.

José Eloy Contreras

En un campo de la Parroquia Sucre, antigua jurisdicción de La Grita, nació José Eloy Contreras el año mismo en que terminó la sangrienta guerra federal con el establecimiento de los veinte Estados Soberanos, con la abolición de la pena de muerte y la prisión por deudas, y la proclamación de las demás libertades que constituyen las garantías y derechos del individuo.

Sus padres, aunque sencillos y modestos, eran con todo, últimos vástagos de esas distinguidas familias castellanas que durante los días de la Revolución francesa y de la guerra de independencia de la Península, vinieron á situarse en nuestras hermosas regiones de los Andes, donde fundaron hogares respetables y virtuosos, y donde bajaron á la tumba legando á sus descendientes altas dotes de entereza de alma, hábitos de honradez y de trabajo y prácticas de humanidad y religión.

En las Escuelas de La Grita fue siempre alumno distinguido por sus talentos, aplicación y conducta. Estudió hasta primer año de latín con el doctor Francisco Antonio Guerrero, bajo cuya inmediata dirección estaba; y luego se trasladó á Mérida, en cuya Universidad hizo los cursos de Filosofía, y empezó los de Medicina y de Derecho.

Hay inteligencias como predispuestas para abarcar todos los ramos de la actividad intelectual.

Para ellas, ciencias, letras y artes, todo les des-

pierta interés y les cautiva. Tienen como una facultad superior que las inclina—y con éxito—á la universalidad. La tribuna, la lira, las ciencias abstractas, los números, las de observación: todo lo arrostran y lo dominan con una facilidad que asombra.

Nuestro compatriota vino al mundo con ese múltiple dón.

Estudió lenguas vivas, y las manejó con soltura y expedición; leyó Filosofía, y reveló su gran talento metafísico; se sentó en los claustros de Derecho, y sus progresos fueron brillantes; tomó los libros de Matemáticas, y los teoremas le fueron inteligibles, y los problemas, de fácil resolución; cursó Medicina, y la difícil ciencia de Hipócrates le preparó triunfos y le concedió lauros; subió á la tribuna, y vió á las turbas pendientes del hilo de oro de su palabra; pulsó la lira, y el numen palpité en su frente pensadora y le inspiró divinos versos.

Una carrera de luz se le mostraba en el horizonte de la vida; risueñas lontananzas le deslumbraban; espejismos encantadores y bellos le atraían..... Pero un destino nefasto; una como antinomia inexplicable del mundo moral, de un momento á otro le arrebató la existencia, y hundió en el misterio del sepulcro aquella preciosa vida, aquel talento exquisito, aquel corazón de turquesa que parecía una cítara con armonías para calmar todas las penas y notas para cantar todos los sentimientos del alma y todos los triunfos de la inteligencia.

En la más bella juventud, y cuando esperaba ceñir á su enhiesta frente dos borlas de doctor, una fiebre terrible le devoró el organismo en pocos días.

Con él se hundió en la tumba quizá una gran obra de Derecho, quizá una magnífica epopeya; tal

vez algún brillante estudio sobre el problema social, á que era tan dado por temperamento y por inclinación. Es lo cierto que el día de su muerte fue de verdadero dolor para su suelo patrio, para sus amigos, para su hogar.

A su desaparición, sus buenos padres no pudieron resistir el golpe del infortunio, y poco á poco fueron agostándose como plantas que marchitan los cálidos favonios del estío, hasta seguirle uno tras otro en el camino de la eternidad.

Hoy se ve desolado y triste el campo donde vivió su familia; y en las nubes que forma la evaporación del rocío matinal, y en las auras que mueven aquellos pinares silenciosos y melancólicos, y en la soledad de aquella mansión antes pintoresca y bella, parece como que vaga el alma de un gran poeta, que pasó á habitar las regiones de lo invisible para cumplir un nuevo destino en el plan inmenso é impenetrable de la Creación.

Carlos Ranjel Pacheco

Atronaba en los campos patrios el glorioso cañón de San Mateo y La Victoria, y veíase surgir en los sueños ideales del alma, la Patria independiente y libre, cuando vino á la vida, en la ciudad de Las Nieves, el distinguido ciudadano cuyo nombre encabeza estas líneas, y que, cargado de años y merecimientos, bajó hace dos lustros á la tumba.

Fue su padre el Coronel Ranjel, aquel bizarro paladín que, con Campo Elías y Rivas Dávila, abandonó un día su bella ciudad y su hogar feliz, para ir á conquistar en las batallas, bajo las irradiaciones

olímpicas del genio de Bolívar, la independencia y libertad del suelo de su cuna.

De niño, aprendió en el regazo de su dulce madre, la religión del honor y del deber, sentado á la sombra de los verdegueantes laureles segados por su heroico padre en los campos de la gloria. Y en aquella escuela bienhadada, y bajo el ejemplo de aquellos patriarcas meritisimos de la clásica ciudad de los Caballeros, formó la inteligencia para la verdad y el bien, y templó el corazón para las arduas labores de la vida.

En 1825, cuando brillaba sobre sus sienes el rubio sol de la niñez, fué distinguido con una vega en el Colegio Seminario, donde estudió nociones elementales, y lengua latina; y de donde pasó á la Universidad, en cuyas aulas terminó, en 1837, los cursos de Instituciones Civiles y Teológicas con notable aprovechamiento.

Su amor á las bellas letras lo llevó al estadio de la prensa, y sucesivamente publicó dos periódicos, en asocio de jóvenes inteligentes, que, más luego, llegaron á ser figuras distinguidas en los estrados de la política y del saber.

En ejercicio de su profesión, recorrió diferentes pueblos de la Provincia, y para 1842, estaba radicado en La Grita, donde estableció una sociedad mercantil con el distinguido bogotano, señor Fermín Paúl. Muerto éste, y liquidado el negocio, pasó á San Cristóbal, en donde contrajo matrimonio con la señorita Dolores Garbiras, inteligente y honorable compañera que le hizo felices los días de la existencia.

Establecido en el Táchira, el señor Ranjel Pacheco laboró en todos los campos de la pública activi-

dad con un patriotismo que le hace acreedor á las más altas consideraciones. La instrucción pública, la beneficencia, la magistratura, el comercio y las industrias, la prensa, la religión y la política le deben valioso contingente; y el pueblo, la generosa protección que siempre le dispensó.

En 1845, siendo empleado público en San Cristóbal, aparece colaborando en el «Eco del Torbes», periódico fundado por el señor Domingo Guzmán; en 1865 fundó «El Correo del Táchira», y en 1870, «El Eco de Occidente». Y «El Observador», «El Atalaya», «La Idea» y otros periódicos tuvieron su colaboración, siempre inteligente y bien intencionada.

En muchas ocasiones sirvió en la judicatura, en la instrucción pública, en cargos concejiles y en otros puéostos de honor y de confianza.

En 1888, se trasladó á Mérida, y al mismo tiempo que servía de mentor á su hijo en la administración del Estado Los Andes, que éste presidía, redactaba «El Album de las Familias» y dirigía todos los trabajos para la celebración del primer centenario del natalicio de su padre.

Vuelto á San Cristóbal, escribió una novelita, La Virgen del Valle, llena de ternezas, y de sabor eminentemente local.

Escribía unos Estudios de Economía Política, cuando la muerte le apagó la existencia en 1895.

El señor Ranjel Pacheco fué un hombre de incansable actividad. Ya en sus días achacosos, mantenía una correspondencia múltiple; escribía artículos sociales para «El Pregonero» y «El Diario de Caracas»; discutía asuntos lingüísticos con los académicos; les dirigía asuntos privados á sus amigos;

oía las consultas de sus relacionados y trabajaba á la vez para conseguir el pan diario.

Su índole era amable y bella; pero en las ocasiones en que hubo de manifestar su carácter, se irguió como hombre y erizó su melena como león.

La ley de su vida fué el trabajo; y el fin de sus actos, el bien.

Su nombre merece respeto y estimación.

General José Antonio Baldó

I

Los Llanos de Venezuelá atraieron la atención de los Conquistadores desde los días primeros de su descubrimiento.

Desde que Spira y Federman, al promediar el siglo diez y seis, admiraron aquellas dilatadas pampas donde los astros aparecen como brotando de la tierra; aquellos ríos caudalosos, en cuyas riberas el caimán se tiende jadeante á la hora del bochorno y cuyas aguas dormidas parecen cristales para retratar las maravillas de los cielos; y aquellas tierras fecundas, para entonces pobladas tan sólo de malezas, y vestidas de flores silvestres que los favonios de la tarde movían como las ondas de un mar de cintas y colores; desde esos días primitivos, distinguidas familias peninsulares fueron á plantar su tienda de campaña y á encender el fuego del hogar en aquel suelo primoroso destinado á ser asiento de fabulosa riqueza en el dilatado curso de los tiempos.

Al alborear el siglo de nuestra Independencia, ilustres familias hacían de la histórica Ciudad de Bari-

nas, un centro de cultura y de honorabilidad, centro que aun hay ancianos que rememoran en la dorada bruma de sus recuerdos infantiles. Allí los Pumar, los del Toro, los Pulidos, los Briceños, los Febres Cordero y muchos apellidos más, que son lustre de nuestra historia en la cuna de la República.

Todavía para la época en que apareció la terrible PESTE de los Llanos, y en que la Furia de los rencores fraticidas comenzó á tornar rojas de sangre aquellas sabanas verde-esperanza, hubieron de emigrar hacia la Cordillera multitud de personas distinguidas que fueron á llevar á nuestros pueblos, su valioso contingente de virtud y alta prez. Entre los más caracterizados de aquellos emigrantes al Táchira, está el general José Antonio Baldó, á cuya memoria me prometo presentar un tributo de admiración en estas ligeras pinceladas.

II

Nació el General Baldó en Barinas, en octubre de 1840.

Cursó estudios inferiores en el Colegio de aquella ciudad, y desde niño reveló las dotes de su inteligencia y las virtualidades de su carácter.

Cuando las primeras guerras civiles de la Patria encendieron su voraz tea, y como Euménides sangrientas recorrieron los Llanos, arrasándolo todo, el joven Baldó, como los antiguos Troyanos, llevando sus dioses penates y el recuerdo de su tierra amada, tramontó las empinadas serranías y fué á situarse en el suelo que, en el andar de los años, adoptó como su segunda Patria.

En el Rosario de Cúcuta contrajo matrimonio con

una distinguida señorita, alondra inspirada que con dulcísimos acentos le cantó las mañanas y las tardes de su felicidad. De brazo con ella emprendió la jornada de la vida, y fue ella la que muchas veces le señaló á la distancia el Thabor del triunfo, y ella la que en las horas nubladas de la existencia, le acompañó con la sublime abnegación de Eponina y le confortó con la misma energía moral de la madre de Napoleón.

Lleno el cerebro de concepciones luminosas y bellas; iniciador de toda idea de progreso y beneficencia, y anhelante del desenvolvimiento de su Patria en todos los encausamientos de la pública prosperidad, vió en el hermoso valle del Táchira una fuente de futura riqueza, y desde luego emprendió allí sus primeros trabajos, en los cuales concentró inteligencia, decisión y caudal.

El quiso mejorar la agricultura en aquellas tierras que juzgó paradisiacas, introduciendo las nociones modernas sobre cultivo y laboreo de frutos, para facilitar sus tareas al agricultor y aumentarle el producto de sus esfuerzos. Las haciendas de cacao y caña que allí plantó, hubieran colmado debidamente sus anhelos á no haber sido por inconvenientes insuperables que no está prever en los cálculos del hombre. Con todo, de esa fecha data la introducción en el Táchira, de la caña extranjera ó cristalina, que él hizo llevar de Cuba, y las primeras máquinas para trabajos agrícolas, que él hizo importar.

Situado definitivamente en San Cristóbal, fue allí un propagandista incesante de toda idea útil, y un colaborador eficaz de toda obra buena.

Ya desde 1862, se había exhibido como persona de variada ilustración, publicando importantes artículos políticos y sociales en la REVISTA OFICIAL DE LA FRONTERA, periódico que dirigía en el Rosario, el señor Antonio Gutiérrez. Y luego á luego, la tribuna, la prensa, el folleto, fueron medios de que se valió para llevar ondas de luz á las masas sociales, y regueros de ideas, á las esferas del poder.

En 1876 aparece acompañando como Secretario General de Gobierno del Estado, al Doctor Manuel Hernández Sosa, y aunque su estada en aquel puésto fue de corta duración, dejó estela luminosa á su paso por las alturas oficiales. Creó la GACETA OFICIAL DEL TÁCHIRA, y suscribió decretos importantes sobre apertura de caminos, creación de escuelas, construcción de puentes, formación de la estadística, libertad de industrias y otros ramos del servicio público.

De esta época en adelante, su carrera política es larga de narrar. En alas de su propio valer, fué ascendiendo rápidamente hasta llegar á ser Administrador de la Aduana de San Antonio, Diputado al Congreso Nacional, Senador de la República y Presidente Provisional del Táchira.

Admirador de las grandes figuras de la Patria, no perdió ocasión de colocar su grano de incienso en el ara de la gratitud nacional. En 1887, como Secretario de Gobierno del Táchira, tocóle presidir la celebración del primer Centenario del eminente Doctor José María Vargas, y tal lujo de pompa desplegó en aquella fiesta brillantísima verificada en el pequeño pueblo que se honra con el nombre del ilustre sabio, que todavía, al través

de casi dos décadas, se recuerdan aquellos tres días de fiesta como tres oasis de gloria en el desierto siempre luctuoso de nuestra terrena morada.

El General Guzmán Blanco le apreció en el más alto grado, y más de una vez utilizó sus dotes de intelecto, de honradez y de carácter en pro de los intereses del País.

En todos los puestos públicos que desempeñó, la laboriosidad fue su característica más determinada. La decisión é interés con que emprendía toda obra, fueron el secreto de sus triunfos. Su confianza siempre estribó en un poder: su actividad.

De aquí que, á pesar de las múltiples y difíciles labores de la política y de la administración, el General Baldó fue incansable con la pluma. En EL PORVENIR y EL FERROCARRIL DEL TÁCHIRA aparece como colaborador; y notables artículos suyos, sobre política, artes, industrias y hacienda se leen en LA FEDERACIÓN, EL FORO y EL SUFRAGIO LIBERAL DEL TÁCHIRA.

En 1877 publicó en LA OPINIÓN NACIONAL de esta Ciudad, una serie de artículos sobre minas, y sobre la idea redentora de un ferrocarril entre el puerto de Santa Cruz y Colón, en el Táchira; artículos que, al decir del señor Aldrey Jiménez, llamaron la atención en la Capital de la República «por la seriedad del asunto, la fuerza de los argumentos, la exactitud de los cálculos estadísticos y el patriótico desinterés revelado en su autor».

También le corresponde á él la gloria de haber reunido todos los numerosos datos que, sobre

historia, leyes, literatura, geografía, instrucción, comercio, historia natural y agricultura fueron publicados por el General Francisco Linares Alcántara en un volumen titulado APUNTES ESTADÍSTICOS DEL ESTADO TÁCHIRA.

El General Baldó era un caballero. La rectitud de sus procederes, la afabilidad de su trato y el dón de gentes que le distinguía, le hicieron acreedor al más alto aprecio. Tuvo amigos en toda la República, y franca y sincera estimación en todos los que lo conocieron.

En el recinto del hogar era un modelo. Supo formar una familia para ser orgullo social: matronas que son prez y gala, y caballeros que son lustre y gloria.

El mayor de sus hijos, José Antonio, cursó ciencias médicas; y después de graduado de Doctor, fué á Europa á completar sus vastos conocimientos en los grandes centros del saber. Tiene como médico una fama legítimamente adquirida, y hoy regenta con lucidez la Universidad Central de Venezuela, á la cual ha impreso seriedad en los estudios y circunspección en el régimen universitario. El segundo de sus hijos varones, Lucio, á pesar de no haber llegado aún á la mitad de la vida, es ya un abogado de reputación consagrada, un escritor de fácil vuelo, un orador elocuente y un político hábil. Esas dotes, y su trato amable y culto, le han llevado á los más altos puestos públicos, y actualmente colabora con el eximio Jefe de la Restauración Venezolana, en el alto empleo de Ministro de Relaciones Interiores.

El General Baldó murió en el Táchira, el 8 de junio de 1893.

Una enfermedad desarrollada rápidamente, lo llevó á la tumba cuando todavía hubiera dado ricos y sazonados frutos.

Su memoria tiene un santuario en la veneración pública, y una página de luz en la historia del Táchira.

Su vida pública puede resumirse en dos palabras: fue un gran patriota y un buen ciudadano; su vida privada se compendia en una: fue un secretario de su deber.

Alejandro Briceño Briceño

Un amigo mío acaba de mostrarme en el cementerio de Petare, la tumba donde duerme el sueño de la eterna paz, este apreciado coterráneo.

Yo lo conocía mucho de nombre: en mis colecciones de periódicos viejos, había leído numerosos artículos suyos, y en una cartera de curiosidades, fui apuntando algunos datos acerca de su vida y de sus obras. Quería consagrarle un recuerdo, y el día de hoy me ha prestado ocasión para ello.

Alejandro Briceño Briceño nació en San Antonio del Táchira: estudió materias elementales en el Colegio de Cúcuta, y luego se dedicó con su hermano Luis Felipe á las labores de la tipografía.

En esta modesta escuela, en que se han for-

mado tantos cerebros superiores, adquirió por lo menos la afición al estudio, á que más tarde se dedicó de lleno en el fondo de su gabinete.

Muy joven todavía, publicó sus primeros versos en EL ATALAYA, periódico que fundó en San Antonio el señor Ignacio B. Caicedo; y para 1870, ya aparece, en unión de su hermano, como Redactor de EL MONITOR, simpático semanario dedicado á política, literatura, religión, industrias y noticias.

En 1872 fundó con su mismo hermano EL PORVENIR, á la vez que redactaba EL IRIS, y colaboraba en EL VERJEL, canastilla de flores que dirigían dos jóvenes tan inteligentes como prematuramente arrebatados á la vida: Luis Faudel y Pablo Sánchez C.

De esta fecha en adelante, todos los periódicos del Táchira exhiben siempre una poesía, una acuarela, un artículo moral ó un cuento suyo.

Antes que los Penthélícos y los Marmoristas franceses hubiesen ido á buscar su inspiración en las rimas orientales y á escribir con el colorido de aquellos pueblos, en cuyos artesonados palacios se albergó un día la civilización del mundo, nuestro poeta se había embelesado con esa tierra, cuna de los hombres, y había conversado con esos dioses eminentemente humanos, que pulsan una lira de oro, como Apolo; ó exhiben sus formas desnudas, en voluptuosidad sibarítica, como Venus; ó van coronados de pámpanos y yedra, con la clámide en los hombros, el tirso en la mano y los labios olorosos á vino, como Baco; ó se tienden en divino sopor, envueltos en un manto de estrellas y con una antorcha moribunda en las ma-

nos, como la Noche; ó vibran sus terribles centellas y amenazan con destrucción y ruina, como el soberbio Júpiter: él había estado ya en la Pagoda india, adorando en extática contemplación la trinidad bramánica, y había ido al Harem del Sultán á admirar aquellas hermosas odaliscas, de ojos negros como la noche, de mirada calcinante como el fuego, de labios rojos como las rosas de Alejandría, de tez como los primeros tintes de la mañana, cuello de nieve, andar de gacela, y aromadas y bienolientes como los verjeles de Ispahán en las primeras mañanas del mes de las flores, del dátíl y del sándalo.

Su mismo seudónimo ALÍ-BABA, nos da una idea de su predilección por esa tierra hiperbólica, donde Harun-al-Raschid dió tema á la pluma admirable de las Mil y Una Noches.

En todos sus escritos, se nota esa influencia oriental, que determinó su estilo bíblico, muy en boga para esos días en maestros como Víctor Hugo y Pelletán, José Selgas y Severo Catalina.

Con motivo del terremoto de Cúcuta en 1875, escribió un canto elegíaco, de alguna extensión, que constituye quizás su más notable obra de arte.

También se dedicó á estudios científicos, y en la obra APUNTES ESTADÍSTICOS DEL ESTADO TÁCHIRA, PUBLICADOS POR ORDEN DEL GENERAL FRANCISCO LINARES ALCÁNTARA, figura un estudio zoológico-geológico de aquel Estado, que revela por lo menos estudio de la materia.

En 1877, fué á Caracas, á ocupar puésto en el Congreso como Diputado por El Táchira, y desde entonces fijó allí su residencia. Vivió mucho tiem-

po consagrado á la enseñanza, regentó un Colegio en Petare, y al fin, acosado por la pobreza y los achaques de salud, se rindió á la muerte en este último pueblo, en cuyo cementerio está casi olvidada su tumba.

Fue un buen servidor público y un eterno enamorado del arte. En otro país, en donde el talento y el saber tuviesen más precio en la estimación pública, tal vez habría dejado un nombre más digno de la posteridad: en nuestra Patria, se sintió siempre anonadado al peso de la indiferencia, y casi buscó en el desdén, la atrofia de sus bellas facultades.

Monseñor Doctor José Concepción Acevedo

San Cristóbal habrá de recordar siempre con placer, al distinguido levita cuyo nombre encabeza esta rápida semblanza.

Entre los cuarenta y siete sacerdotes que, en el lapso de dos siglos, han tenido á su cargo la Párrquia Matriz de la Ciudad, sólo uno, Fray Cristóbal de Abreu, la sirvió por más tiempo que este batallador insigne, que tan alto rayó en todas las faces de la lucha social.

Nació el Doctor Acevedo en Bailadores, en la tercera década del siglo diez y nueve; y en Mérida hizo sus estudios superiores que coronó, en 1853, con el grado de Doctor en Derecho Canónico.

A la vez que estudios superiores, cursaba también Derecho Civil, pues bien comprendía que el sacerdote católico, al mismo tiempo que vocero de la mansedumbre y de la caridad, es abogado de la

justicia, en nombre de la cual tendrá muchas veces que ir á los palacios de los poderosos, á reprobales, como el profeta Nathan á David, las violaciones del derecho, las transgresiones de la ley. Y es que la religión es la justicia, como es también el amor.

Tanto durante sus estudios, como en los negocios de la vida, el Doctor Acevedo dió pruebas de su claro talento y de su profundo saber.

Nombrado Cura y Vicario de San Cristóbal, en 1869, se trasladó allí con su familia; y desde entonces no esquivó esfuerzos ni sacrificios para contribuir á la cultura y progreso material de la hermosa Capital del Táchira.

Destruído el Templo Matriz de la Ciudad, por el terremoto de 1875, él concentró todas sus energías no en reedificarlo, sino en construir una gran basílica, que fuese digna del culto católico, y digna de aquel pueblo inteligente y laborioso que marcha á paso de gigante en el camino de la prosperidad.

Desgraciadamente, obstáculos de diverso orden le impidieron ver terminada esa obra, en la cual han trabajado activamente sus distinguidos sucesores.

El Doctor Acevedo era un carácter. Cuando, en los negocios de la vida, él se trazaba una línea de acción, la seguía imperturbable sin desviarse un punto.

Su conducta estuvo siempre calcada en lo que él creyó su deber: ni doblegamientos ante la fuerza, ni claudicaciones ante los halagos del mundo.

Si por la exquisitez del sentimiento, no es com-

parable al Apóstol Amado, ni al obispo de Cambray, por la entereza de corazón sí tiene semejanzas con el Apóstol de las Gentes ó con el obispo de Maux.

Murió en 1891, cuando acababa de recibir la investidura de Prelado asistente al Solio Pontificio.

Su muerte fue generalmente sentida, y su memoria tiene culto de respeto y estimación.

Elías Burguera

Entre las glorias de la vida, pocas hay comparables á la del que surge á la grandeza social, impulsado por su esfuerzo propio.

Ostentar sobre las sienes una corona heredada en la cuna, ó ser proclamado, como los Emperadores romanos, por el capricho de las Legiones, es un encumbramiento que no merece atención: también las plumas se elevan cuando las levanta el viento, y en las copas de los árboles se ostentan parásitos cuyas semillas llevan allí las aves ó el ciclón.

Empero, nacer aldeano como Washington, y por el propio estímulo subir hasta llegar á ser el redentor de un mundo; cargar leña cuando niño como Lincoln, y surgir hasta sentarse en la primera curul del más grande de los pueblos modernos, y realizar en su patria la abolición de la esclavitud, el más bello de los beneficios sociales; ser modesto industrial cuando pequeñuelo, y levantarse de allí á fuerza de labor, hasta deslumbrar al mundo con su figura, y merecer que sobre su sepulcro se escriba: *«Arrebató el rayo al cielo y el cetro*

á los tiranos», como Franklin; ó haber nacido en pobre hogar como Bonaparte, y por un esfuerzo sostenido llegar á ser un matemático ilustre y un sabio excelso; á ceñir la corona del más brillante de los imperios, y á conquistar el título de primer guerrero de los siglos.....éso es encadenar la más legítima y espontánea admiración y ascender al alcázar de la gloria por el luminoso camino del mérito.

Para los que así surgen, todos los labios tienen aplausos, y todos los pechos, altares.

La grandeza del esfuerzo propio es una grandeza que domina sin airar; que deslumbra sin que despierte indignación.

Y es que no hay propiedad más legítima, que la que se adquiere á trueque del sudor de nuestra sien.

II

Un ejemplo bellissimo de ese meritorio encumbramiento, nos presenta el hombre á quien tengo el gusto de consagrar estas líneas.

Nació en Táriba, el 8 de agosto de 1841, y pequeño aún se trasladó con su familia á Tovar, donde estableció su residencia definitiva.

Seis meses tan sólo concurrió á los bancos de una escuela, y en esos seis meses, aprendió á leer y escribir. La lucha por la existencia lo obligó á abandonar aquel recinto sagrado, con todo el pesar de su alma, ávida de luz y de saber.

Su niñez fué un sueño. Todavía en la edad de las ilusiones de oro, comprendió que la vida es

deber, y cerrando la vista á los risueños espejismos de la edad feliz, cargó sobre sus hombros el peso de la existencia y se dispuso á emprender la dolorosa jornada. Tenía un padre anciano á quién cuidar, y hermanitas por quiénes ver, y á ellos consagró su cariño y atenciones. Hizo del trabajo un culto, y de la honradez, una religión, y antemurado así, contra las contingencias de la fortuna, se dió á las labores del comercio.

Poco tiempo después murió su amado padre; y no queriendo deber sus éxitos sino al esfuerzo propio, regaló á sus hermanas la pequeña herencia que recibió de él.

Los hombres de verdadero temple moral, sienten plena confianza en sí mismos, bien así como las águilas cuando por vez primera van á dejar el nido, que se lanzan resueltamente al espacio, convencidas del poder de sus alas.

Ellos no temen los golpes de la adversidad, pues bien comprenden que ésta sólo es resultado de nuestros propios errores.

La fortuna, tan decantada en todos tiempos, no es sino un mito.

No existe deidad alguna que se goce en arrebatarse sus bienes á unos para enriquecer á otros. La suerte en los negocios, no es sino consecuencia necesaria del talento, de la previsión, de la laboriosidad.

«¿Cómo es que algunos hombres viven en la abundancia, y se enriquecen, mientras que otros apenas ganan lo necesario para vivir y se adeudan?» pregunta Jenofonte en la Economía. «La razón, contesta, es que los primeros se ocupan de sus negocios, entanto que los últimos los descuidan».

«Todo el que trabaja tiene,» es un aforismo muy popular. Y no sólo el hombre puede atender á su subsistencia y acumular el fruto de su trabajo: también la hormiga come, descansa, duerme, y llena sus graneros de provisiones; y la abeja se alimenta regaladamente y abastece al hombre de blanca cera y sabrosa miel.

«¿Como ha hecho usted para adquirir tan gran riqueza?» preguntaron un día á Mr. de Rotschild. «Practicando diligentemente tres cosas, contestó él: trabajo, honradez y ahorro.»

Sí; esa es la sólida trípode sobre que descansa todo caudal bien adquirido.

El indolente jamás verá sus arcas llenas de dinero. El belitre, el pródigo, el vicioso, el derrochador, el imprudente, el confiado jamás saldrán de casa en ruinas.

El señor Burguera, con un talento claro, con una honradez aquilatada, con una laboriosidad suma, jamás fracasó en sus empresas, pues así como los grandes capitanes encadenan á la victoria, él hizo á la prosperidad su inseparable compañera.

Su fortuna fue aumentando día por día; y su tacto para la vida, y su habilidad para los negocios crecían también en la misma proporción.

III

Sobre la tumba de John Donnough, en Nueva Orléans, se leen estas hermosas máximas, que son un código del comerciante. (1)

[1] Life of John Donnough.

«Nunca olvides que el trabajo es condición de nuestra existencia. El tiempo es oro: no desperdicies ni un minuto; cárgalo cada uno en cuenta. Obra con todos los hombres como quisieras que obraran contigo. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Nunca pidas que otro haga lo que tú mismo puedas hacer. No consideres nada tan trivial que no merezca tu atención. Nunca gastes más de lo que ganes. Capitaliza tu haber todos los meses, y nunca gastes del capital sino de las ganancias. Haz que el mayor orden regule los actos de tu vida. Estudia siempre la manera de hacer el mayor bien que puedas. No te prives de lo que sea necesario para tu comodidad; pero vive con sencillez y frugalidad honrosas. Trabaja como si fueras á vivir eternamente, y vive como para morir mañana».

Tan sabios preceptos parece como que hubieran guiado la vida comercial del distinguido compatriota nuestro.

A una actividad incesante, unía un gran hábito de orden, lo cual le permitía aun recibir clases de números, idioma castellano y otras materias.

Llegó á adquirir tal conocimiento de los negocios, que sus cálculos eran indefectibles. Jamás lo sorprendió lo inesperado, ni tuvo que lamentar la inepticia de un error.

Su generosidad es proverbial. Hubiera muerto millonario, á no haber sido por su esplendidez en favorecer á todos cuantos á él ocurrían.

Su honorabilidad llegó á constituirlo en un poder social, no sólo para su pueblo, sino para la Cordillera toda.

Fue Candidato popular para la Presidencia del Estado Mérida en 1880; pero, ajeno á las luchas de la política activa, renunció á tan honrosa designación.

Tovar le debe gran parte de su cultura y de su desarrollo comercial. Trajo profesores de Colombia, para impulsar la educación de la niñez; hizo constante guerra á la vagancia y al juego, y cooperó eficazmente á la apertura de las vías de comunicación entre aquella ciudad y el Lago de Maracaibo.

Hizo grandes esfuerzos para mejorar las condiciones de la harina de Los Andes, y dar á aquella industria, toda la perfección que ha adquirido en otras partes del mundo.

El trigo de la Cordillera, especialmente el de Mucuchíes y Bailadores, es comparable á los trigos de Sandomir y Odesa en Rusia; pero, desconocidos como son allí los sistemas de molinenda modernos, nuestra harina, si bien abundante en productos nutritivos, es inferior en belleza y crecimiento á la rusa ó norteamericana.

Con el fin de mejorarla, el señor Burguera hizo notables estudios así del cultivo de los trigos como de la benefacción de la harina; é introdujo un molino moderno, cuya máquina é instalación le costaron más de veinte mil dollars, queriendo de este modo empezar á sustituir nuestros antiguos métodos de molienda y nuestros viejos aparatos de muelas de asperón y de piedras. La harina que allí se elabora es casi igual á la mejor de los Estados Unidos.

Ojalá otros hacendados de la Cordillera hicieran lo mismo en sus respectivas localidades, y

ya podríamos abastecer á Venezuela de excelente harina, y evitaríamos así la vergüenza de que á la tierra del pan, deba venirle éste de país extranjero.

IV

El señor Burguera fundó en Tovar un hogar por mil títulos respetable y respetado; viajó dos veces por Europa, y con sus viajes, sus lecturas y su profunda observación, llegó á adquirir una ilustración no común.

Su memoria era prodigiosa, y la había cultivado de tal modo que era uno como cofre que contenía las mejores joyas de la literatura española, así antigua como moderna.

Murió el 27 de junio de 1900, dejando un capital fuerte y una casa de comercio admirablemente bien organizada.

La noticia de su fallecimiento conmovió hondamente todo el Occidente de la República. Tovar vistió de luto, y aquel cadáver fue conducido á la última morada, con las mayores demostraciones del sentimiento público.

Sobre su tumba pudo escribirse :

«Fue un gran patriota, un distinguido hombre de negocios, un amoroso padre de familia, un benefactor social».

Ingeniero José Miguel Crespo

El 10 de Octubre de 1888, murió en San Cristóbal, un hombre á quien la causa de la ins-

trucción debe en el país, inteligentes y abnegados servicios: el Ingeniero José Miguel Crespo.

Convencido, como Condorcet, de que «bajo una constitución la más libre, un pueblo ignorante es siempre esclavo», se dió á la nobilísima tarea de propagar la luz, en todas las formas en que es posible realizar su difusión. En las columnas del periódico, en las páginas del libro, en la cátedra del profesor, en todas partes trató siempre de regar verdades, para llevar el día á la noche de la conciencia y á las tenebrosidades de la razón.

Nació en Maracaibo el 5 de Agosto de 1823; y muy niño todavía, se trasladó á Caracas, en cuya Universidad hizo los cursos de Filosofía y de Farmacia. Graduado de Agrimensor, siguió estudios de Ingeniería, que hubo de interrumpir en fuerza de causas superiores.

Algún tiempo después, quiso continuarlos en Mérida, y con tal fin se estableció allí con una botica; pero las contingencias de nuestra vida social, le impidieron la realización de sus ideales, y hubo de regresar á la tierra de su cuna donde contrajo matrimonio con la honorable señorita Juana Rosa Suárez.

Sus conocimientos matemáticos lo llevaron á los campamentos, como Ingeniero militar; y más luego, ciñó también la espada, y estuvo en los campos de combate donde se debatió con sangre y fuego el principio federal. En ellos ganó, por su denuedo y bizarría, las charreteras de coronel.

Triunfante la Federación, emigró á Cúcuta, donde fundó un Colegio, que tuvo como colabora-

dores á los hermanos Asisclo y Juan de Dios Bustamante. Después se trasladó á Táriba, y allí estableció la Botica del Torbes, la cual le sirvió de base para fundar luego el Colegio Cagigal.

Más tarde se unió al Doctor Santiago Briceño, y con el nombre de Colegio Táchira, crearon un instituto superior que dió los más bellos frutos, y hubiera continuado dándolos, á no ser por el terremoto de 1875, que así como destruyó las ciudades, abatió los espíritus y cortó las alas á todos los entusiasmos nobles y bellos.

Algún tiempo después, se radicó en San Cristóbal, y allí regentó la Escuela Normal; se dedicó á educar los hijos de su primer amor; contrajo nuevas nupcias, por muerte de su primera esposa, y prestó al pueblo servicios importantes que le hacen acreedor á la pública estimación.

Muy joven todavía, regentando en Maracaibo el Colegio La Esperanza, se dió al cultivo de las bellas letras, y escribió algunos dramas que le dieron reputación. Por el mismo tiempo escribió un tratado de Esgrima, que fue adoptado como texto en los Colegios y Escuelas del Zulia; y por último, publicó en el Táchira una Aritmética Razonada, en la cual ha aprendido los fundamentos de los números, toda una generación entre nosotros. Dicha obra se distingue por la claridad de la exposición, el laconismo y precisión de las definiciones, la solidez de los razonamientos y la hábil combinación de la teoría y la práctica.

Entre sus hijos se distinguió José Miguel, quien cursó en Caracas estudios de Filosofía, en cuya

Universidad se recibió de Agrimensor Público y de Bachiller. Joven inteligente, de claro criterio y de entereza de carácter, hubiera podido ascender á mayores alturas, si las circunstancias de la vida no lo hubiesen impulsado á entrar en el campo de la contienda política, que gasta las energías, absorbe la inteligencia y apaga en el corazón la lumbre de los más risueños ideales. Murió trágicamente, todavía sin cruzar el cenit de la existencia, en 1902.

El señor Crespo fue un hombre de amable carácter, de inteligencia clara y de principios fijos. Supo siempre respetar el pensamiento ajeno, y pidió para sus ideas, el respeto que se merecen los fueros de la conciencia y la independencia de la razón.

El Táchira habrá de considerarle siempre como uno de los impulsores de la instrucción pública y de los más laboriosos regadores de ideas en el campo social.

Doctor Anacleto Bustamante

El 7 de diciembre de 1901, la Universidad de Los Andes vistió de gasas fúnebres, las Cátedras callaron por un momento sus elocuentes lecciones y la numerosa juventud que en aquellas cristalinatas fuentes bebía el saber, rodeó silenciosa y triste un cadáver que era conducido á la última morada.

Un sentimiento de veneración hacia el ilustre muerto, se notaba en todos los circunstantes.

Cierto mutismo excepcional caracterizaba aquel convoy. No se discutía entre los acompañantes,

como en los entierros de los grandes creadores de la Ciencia, ni se hacían apasionados elogios ó depresiones hirientes, como ante el féretro de los jefes de partido: aquella urna parecía contener los despojos mortales de uno de esos hombres que pasan la vida sencilla y apaciblemente, pero en medio de la general estimación que sabe conquistarse el propio mérito.....

En verdad, el Rector de aquel ilustre centro del saber, el modesto y virtuoso sabio cuyo nombre encabeza estas líneas, había muerto.

Una hepatitis aguda apagó aquella existencia, que había ardido para la verdad, para la honradez, para el bien.

La Patria perdía un hombre digno; las aulas, un maestro sabio; el hogar, un padre amoroso; la tierra de su cuna, un hijo ilustre.

—

El Doctor Bustamante nació en Lobatera, en el Estado Táchira.

Al lado de un sacerdote meritísimo, hizo los estudios preliminares, y en Mérida cursó luego Filosofía y Jurisprudencia Civil, y coronó su carrera con el grado de Doctor.

Un atavismo de familia le inclinó á la educación de la juventud.

Hay temperamentos predestinados por la naturaleza para formar el corazón y el cerebro de la niñez.

Almas bellas, en quienes concurren admirablemente el atractivo de la bondad, la ternura del corazón, la indefectibilidad de la honradez, una

mansedumbre infinita y un instinto peculiarísimo para llevar á las inteligencias infantiles los principios fundamentales de la verdad y de la rectitud.

La Providencia, que en sus planes secretos todo lo prevé y todo lo dispone, los ha dotado con ese sentido singular para que llenen sobre la tierra un alto destino.

Como la madre adivina las diferentes emociones del pequeñuelo que apenas sonríe en la cuna, ellos interpretan los sentimientos del niño, le sus traen de las inclinaciones aviesas y le estimulan los instintos del bien.

El padre l'Epée, enseñando pacientemente á los sordos-mudos á leer y escribir, y Don Bosco, redimiendo del vicio y de la maldad, las turbas perdidas de chicuelos de la hampa, son almas sublimes, que deslumbran al mundo con la grandeza de su apostolado y arrebatan espontáneamente la más profunda admiración.

El Doctor Bustamante se consagró muchos años á la enseñanza de la niñez, y de los bancos de su escuela salieron hombres dignos, ciudadanos probos, corazones caldeados en el fuego que temple para las grandes luchas de la vida.

En El Rosario de Cúcuta regentó un notable colegio, acompañado de su hermano Juan de Dios, institutor distinguido y autor de una obra didáctica justamente apreciada. También colaboró en afamados Colegios de Táriba, Capacho y San Cristóbal.

Las escisiones sociales, insufladas por los odios

banderizos, y el ansia vehemente de calma y tranquilidad, lo llevaron á Mérida en 1887, y allí pasó sus últimos tiempos, en su Quinta de Santa Bárbara, dedicado á las fruiciones del hogar, en medio de su esposa y de su hija única, que constituían los ídolos queridos de su corazón.

Allí le visité en 1897, y aun conservo vivas las emociones que experimenté ese día.

Aún estaban abiertos sobre su escritorio, los últimos volúmenes de la Historia de la Iglesia por el Abate Darrás, que acababa de leer; y esa circunstancia hizo girar la conversación sobre los primeros siglos del Cristianismo. No olvidaré nunca la elocuencia con que durante largo tiempo habló sobre aquellos días de heroísmo y de virtud, que no sólo á los historiadores místicos, sino aun á talentos tan libres como el de Castelar, han inspirado las páginas más bellas, las consideraciones más profundas, los pensamientos más elevados. Aquella alma eminentemente estética y sensible, parecía enamorada del divino Filósofo de Nazareth, del Apóstol de Tarso, de los primeros Pontífices de Roma, de los Mártires de la fe, de los Cenobitas del Desierto, de las Virgenes Cristianas. Aquella fraternidad evangélica le parecía la única clave del problema social: oyéndole antojábaseme ver allí al Abate Saint-Pierre predicando á las naciones su evangelio de paz, *su sueño de hombre honrado*, como irreflexivamente calificó el Cardenal Dubois el proyecto de paz perpetua de aquel insigne pensador, cuyo lecho de moribundo rodearon hasta los grandes filósofos del siglo XVIII, y que mereció que sobre su tumba se escribiese este

lacónico, pero decidior epitafio: IL AIMA BEAU-COUP.

Fueron mis compañeros de visita ese día el Doctor Gonzalo Bernal, alma blanca y noble, á la cual rindo culto de verdadero cariño, y mi inolvidable condiscípulo y amigo Doctor Víctor Manuel Ramírez, bajado á la tumba con un cerebro en flor.

Triunfante en el País la Revolución Restauradora, el Doctor Bustamante fue Diputado á la Constituyente Nacional, y luego, Rector de la Universidad de Los Andes. Le sorprendió la muerte como el ocaso al sol, regando luz, difundiendo ideas.

Esa es la más bella corona de la vida.

Miguel María Escalante

Cuando, al pasar por la orilla de un cementerio, recordamos que en él duerme el sueño de la fosa un amigo querido, instintivamente detenemos la marcha y vamos á tributar un recuerdo cariñoso á la sombra amada, y á deshojar un manojo de rosas sobre la piedra que guarda sus cenizas. Un recuerdo al amigo de la infancia; un haz de pétalos regados en su tumba, éso es esta página, y nada más. Escalante murió en los días rubios de la primera juventud. Su vida fue apenas un crepúsculo. Vino al mundo lleno de ilusiones y esperanzas; luchó por conseguir la realidad de sus dorados sueños, y en esa lucha sucumbió, como el atleta que se rinde en el es-

tadio después de haber agotado hasta el último resto de valor.

Nació en La Grita en 1871, y quedó huérfano de padre cuando aun no podía darse cuenta de lo que son los grandes dolores de la vida.

Al abrigo de una madre generosa y buena, que trabajaba rudamente para alimentar á sus hijos, fue creciendo poco á poco entre las labores de la escuela y las labores del hogar.

Lo conocí en los bancos del Colegio, y fuimos compañeros en los cursos de Filosofía. Era de cabellos negros, ojos grandes y expresivos, tez color de rosa, de una inteligencia vivaz, de un carácter imperioso y altivo, incapaz de toda sujeción.

Vistió hábito talar, tenía una hermosa voz que lo distinguía en los cantos del coro, y era majestuoso y severo en su porte sacerdotal.

Un día abandonó el Colegio; rasgó los hábitos; tomó el bastón del peregrino, y partió. Aquella inteligencia volcánica tenía nuevos planes, y debía ir á realizarlos en un escenario mayor. Desde entonces no volvió á ver su ciudad natal.

Algún tiempo después apareció como corredactor de un periódico en Caracas, y más luego, como fundador y redactor de «El Apóstol Liberal». Era éste, como la Montaña de la Convención Francesa, una cumbre enhiesta, desde la cual lanzó candentes proyectiles contra todas las ideas consagradas, y abogó por todas las medidas violen-

tas y represivas. Editoriales fogosos, crónicas mordaces, versos acerados, alusiones virulentas..... todo aparecía en aquel diario como una espada amenazante y terrible.

Sostuvo el Gobierno del Doctor Andueza Palacio, y con él, gozó de una situación próspera y serena. En esos días contrajo matrimonio con una señorita de Caracas, y su risueño hogar le dió motivo para templar la lira y escribir cantos llenos de sentimiento é inspiración.

Cuando repercutió por los aires el grito del Totumo, su periódico fué entonces una ametralladora. Anatematizó la revolución con todas las energías de su gran fuerza moral. Los profetas hebreos le dieron el calor de la inspiración, y con Ezequiel lanzó sobre el campo enemigo lluvias de fuego; con Amón, amenazas terribles; con Sofonías, clamores violentos, y con Daniel le aseguró una estrepitosa tumba en medio del arrepentimiento y la desolación.

Con todo, el empuje legalista triunfó, y el joven Casañac hubo de buscar en el extranjero un asilo y un pan.

—

El extrañamiento de la tierra natal lo mató. Retornó un día al seno de su esposa y de su hija; pero ya incapaz para luchar.

Medio oculto en la Capital, se ganaba la vida escribiendo crónicas en los periódicos, y editoriales que él no firmaba.

Una tarde, de brumas en la mente y de debilidad en el corazón, vió hundirse al sol en Occi-

dente y quiso también como él descender á su ocaso: una copa de ácido fénico fue el Pegaso alado en que voló á la eterna región. Tenía veinticinco años.

Icaro del pensamiento, vió derretirse sus alas al llegar á las cumbres, y cayó; Prometeo de la lid, quiso arrebatar el rayo al cielo, y sintió al punto al buitre que le roía las entrañas, y la oculta fuerza que sus nervudos brazos le encadenaba al suelo; y como el Hércules ya impotente de la fábula, hizo también una pira, y en ella sucumbió.

Una modesta cruz, con los brazos levantados al cielo como implorando á Dios perdón, es lo único que indica el lugar de su postrer morada. Allí duerme ya casi olvidado, á pesar de que su tierra aún está removida.

Doctor Francisco López Ramírez

La muerte es un horror. La segadora fatal es incansable en su obra de destrucción. El camino de la tumba no se vacía un momento. Da tristeza ver apagarse en el banquete de la vida, con intervalos de segundos, tanto foco de esplendente luz.

Ora es un ángel de hermosura singular, azucena nacida al primer beso de la aurora, que pliega su perfumado seno y se convierte en polvo y nada; ora una matrona ilustre, sobre cuya frente se ostentaba la diadema de los años, y en cuyo corazón habían hecho nido las blancas palomas de las virtudes cristianas; ya es un sabio ilustre, que arrebató sus secretos á lo desconocido y

regaló al mundo maravillas portentosas; ya un joven que aparecía en el escenario de la vida como un vaticinio de gloria, como una promesa de ventura, coronado de talento, anhelante de saber y lleno de energías para trepar á cumbres y exhibirse en cimas.

Es inexplicable que pueda perecer el árbol sin dar su fruto, apagarse el astro sin regar su lumbre, morir la flor sin esparcir su esencia.

En la economía de la creación, todos los seres tienen su destino y todas las cosas tienden á un fin; pero en vano se buscaría esa finalidad en el árbol que se marchita en brote, en el animal que muere en embrión, en el hombre que sucumbe niño.

Son gérmenes de algo que no se ha exhibido; formas que aún no se han determinado.....

El Doctor Francisco López Ramírez murió cuando apenas iba á entrar en la lucha de la vida, harto de ciencia, pletórico de fuerzas, ávido de triunfos y sostenido por el aliento de amigos y admiradores.

Nació en Táriba en 1862; cursó estudios superiores en Mérida, y terminó su carrera con el grado de Doctor en Ciencias Políticas que le confirió la Universidad de Los Andes en 1891.

Sus estudios fueron sólidos y llenos.

Vivió siempre enamorado de esa ciencia sublime, el Derecho, que tiende á reivindicar la personalidad humana, á establecer el equilibrio de los intereses sociales, á extinguir las odiosas desigualdades entre los hombres y á implantar la fraternidad de los pueblos y de los individuos.

Como la armonía es el alma de la naturale-

za, la justicia es el alma de la humanidad: aquélla equilibra las fuerzas brutas para producir la estabilidad del Universo; ésta equilibra los instintos y los intereses encontrados, para producir el orden y la paz. La armonía es la ley de la Creación; la justicia es la ley de las sociedades. Hé allí su importancia. Y el Derecho es la Ciencia de la justicia.

Poco tiempo tuvo para dedicarse al foro; pero ese corto tiempo fue suficiente para revelar sus conocimientos en la práctica de la ley, y para conquistarse un renombre justamente merecido.

Cuando en 1898 subió á la Presidencia del Estado Los Andes el General Espíritu S. Morales, lo nombró su Secretario General de Gobierno. En ese puésto, dejó documentos políticos trascendentales, regueros de ideas luminosas, lanzadas á las turbas populares para morigerar las pasiones de los partidos, imponer el respeto del derecho ajeno y levantar el concepto de la política, hondamente deprimido por las luchas de los odios y las animosidades de las facciones en esa dolorosa brega de muchos y sangrientos años.

Como escritor, tenía el dón de un hermoso estilo. Lacónico y decidor, sin esa hojarasca que obscurece las ideas, ni esa sobriedad ruda que lanza los pensamientos informes, como bloques de mármol, para que el estatuario los cincele y pula, sus escritos, así jurídicos como literarios, son joyas que bien merecerían conservarse en las páginas de un libro para salvarlas de las veleidades del tiempo.

El Doctor López Ramírez murió en Maracaibo en 1902. Una fiebre violenta lo arrebató á la vida,

y le apagó en la mente ese mundo de rubias ilusiones y de dorados ensueños con que veía esbozarse en el horizonte la silueta de su porvenir.

Sobre su tumba, la Patria regó flores, y los amigos, lágrimas.

Era un sol que se hundía en mitad de su carrera.

Manuel Antonio Pulido Pulido

Entre las grandes aspiraciones humanas, sólo hay una verdaderamente legítima: el mérito.

Llevar en el alma la virtud, ó en la mente el saber; tener una historia limpia, muy limpia; guardar un corazón noble y generoso; no haber sido causa para el luto de un hogar, ó las lágrimas de alguna persona; atraer el respeto general y el cariño de todos los buenos, es un tesoro más grande que los que ocultan las entrañas de la tierra ó los que fingen en su anhelo los grandes ambiciosos.

Por lo demás, el brillo del oro, las fastuosidades de la vida, el deslumbramiento del mundo, los ensueños del placer y los visajes de una falsa reputación, no son sino humo que se desvanece, espuma que se evapora, vanidad que se disipa.

El mérito es la grandeza de la vida. En todas sus fases tiene como corona la inmortalidad, porque, ó se exhibe entre cercos de luz en las páginas de la historia, ó vive entre el perfume del afecto en los corazones dignos.

El, en las tempestades del mundo, siempre flota. Los nublados de la existencia no lo oscurecen, porque, más bién, él los disipa. A la maldad que lo hiere, la ofusca con su luz, como hay

árboles que mellan con su sabia, el hacha que los troncha.

El es á un tiempo, antorcha que ilumina y escudo que resguarda, como es timbre de la existencia y felicidad del corazón. . . .

Tales reflexiones me han ocurrido al considerar la vida del personaje cuyo nombre encabeza estas líneas.

Nació en Barinas el año de 1827. Era miembro de una de esas familias de ilustre prosapia, que salieron de aquella Provincia para llevar el contingente de su honorabilidad á muchas ciudades de Venezuela.

Llegó á San Cristóbal en 1874, donde estableció un hogar que fue como nido de virtudes. Allí, al calor de los afectos de familia y en las dulces faenas del trabajo, vió deslizarse su vida apacible y gratamente, alejado de todas las tormentas sociales, y como contemplando desde la playa, el naufragio doloroso de tantas grandezas ficticias, de tantas reputaciones inestables.

La tea de las discordias civiles jamás llegó á sus puertas, y su palabra, elocuente y sincera, más bien apagó muchas veces el incendio social.

Dotado de natural talento, había adquirido una ilustración suficiente para brillar en las exhibiciones del saber. Su pluma sólo se empleaba en rendir culto á la verdad y homenajes al mérito; en describir las conquistas del trabajo y las glorias de practicar el bien. Colaboró en muchos periódicos, y sus escritos cautivan por la naturalidad del estilo y lo sincero de sus convicciones.

Más de una vez, su pensamiento fluyó en el

lenguaje de las musas, en versos sencillos y hermosos, semejantes á ciertas flores silvestres, que, sin los pomposos atavíos del nardo ó de la rosa, son así mismo bellas, é igualmente perfumadas. El corazón de suyo es gran poeta, y su poesía es tanto más hermosa, cuanto menos la disfraza el artificio de la lengua.

En toda empresa benefactora podía hallarse su nombre y siempre estaba al frente de toda gran idea. La generosidad era un aroma de su alma, como el honor era el brillo de su frente. Hubiera querido mejorar á la humanidad, aun en aras del sacrificio, y como no podía, daba el ejemplo de un hombre de bien. Para toda desgracia tenía consuelos, para todos los dolores lenitivo. De sus labios no salían sino palabras de bondad; jamás amargó á ningún corazón, recordándole miserias ó desgracias caídas.

Cuando la Patria necesitaba de sus luces y su honradez, lo llamaba á desempeñar altos destinos, en donde él exhibía su pulcritud extrema y su acendrado patriotismo. De allí descendía siempre entre el cariño y la admiración de sus conciudadanos, para ir de nuevo á calentar con sus alas el nido del hogar, y entregarse otra vez á las dulces fruiciones de la familia.

Cuando murió, ya ésta se hallaba formada. En el lecho de su muerte, recibió el beso de hijas que son matronas honorables ó señoritas virtuosas, y de hijos que son cumplidos y apreciables caballeros.

Sobre su tumba, la amistad regó flores, y el reconocimiento, lágrimas. La tierra que lo recibió no tuvo que ocultar desdoras ni purificar manchas.

Fue un ciudadano distinguido, un sabio modesto,

un amigo fiel, un esposo intachable y un padre de familia tan afectuoso como estricto.

Doctor Francisco Antonio Guerrero

I

“Las tempestades de la vida sólo se forman en los antros del alma”, ha dicho Shakespeare.

“El dolor es como las plantas: para existir, necesita brotar de una cimiento”, escribió Smiles.

“La tranquilidad de la existencia es obra de la sabiduría”, son palabras de Bossuet.

Estos hermosos aforismos me vienen á la mente, al recordar la vida del sabio cuyo nombre encabeza estas líneas.

Como resbala la fuente por entre los nenúfares y gramíneas del prado; como se desliza el aura al través de las rosas y follajes del florestal; como rueda la onda, retratando cielos y nubes, por sobre la superficie del lago azul: así tranquilos y serenos y luminosos pasó sus días aquel amado maestro, á la sombra del honor, que es gloria, y contraído á la ciencia y al bien, objetivos sublimes para las almas enamoradas de la grandeza moral.

Su vida fue formada de líneas rectas. Ni el vicio mancilló su nombre, ni la pasión extravió su criterio, ni el arrepentimiento turbó su conciencia: por éso, de sus labios jamás brotó una maldición, ni sintió sobre la frente el hielo con que toca la mano del infortunio.

Superior á las pequeñeces humanas, tuvo para ellas el desdén de la grandeza; de carácter íntegro, hizo respetar su derecho con los fueros de la virtud;

y atalaya avanzada sobre el curso de los sucesos, previó siempre las tempestades sociales y supo eludir á tiempo el golpe con que pudieran herirlo.

II

Nació en la gentil Sultana de la Sierra, en 1842.

Su padre, Don Nicolás de Tolentino Guerrero, era para entonces propietario en aquella ciudad, en la cual desempeñó por largos años importantes puéostos públicos.

Trasladada la familia á La Grita, el niño retornó algún tiempo después á Mérida, en cuya ilustre Universidad cursó estudios superiores, que coronó el 4 de agosto de 1862, con el grado de Licenciado en Derecho Canónico.

Han corrido muchos años desde que él abandonó aquella ciudad, y sin embargo, me ha sido grato oír allí, á personas distinguidas por su ciencia y probidad, el juicio que siempre les mereció aquel joven de claros talentos, de corazón de turquesa, de conducta intachable, de dilatado saber.

Como los astros que trasmontan el poniente, dejó allí una estela de luz que tres décadas no han apagado.

Ese es el privilegio de las almas bellas: vivir en la conciencia de los buenos, honor muy mucho más glorioso que tener un nombre esculpido en arcos de triunfo, ó un busto cincelado en bloques de mármol.

III

Radicado en La Grita, fundó allí un hogar, uniendo su suerte á la de una distinguida señorita, que supo

llevarle al alma uno como rocío de placidez y de ventura.

Su hogar fue siempre un cielo sin nubes. De él hizo su pequeña patria, su ideal más bello, su placer más noble. Verse rodeado de sus pequeñuelos, era su mayor dicha; educarlos, su labor más preciada. A ellos consagró las mejores horas de su vida y las palpitations todas de su alma.

Para este tiempo abrió su bufete de abogado, y se consagró al servicio público. La amabilidad del carácter, la dulzura del trato, y la probidad, que era distintivo suyo, le atrajeron numerosa clientela, y tal confianza, que á vuelta de poco tiempo, ya no ocurría á los tribunales en demanda de justicia, pues era árbitro arbitrador de todas las controversias, y sus decisiones se tenían con caracteres de ejecutoria: tal confianza inspiraban.

Compartía también estas labores con la enseñanza de la juventud. Fundó una escuela superior, á cuyos bancos acudían oleadas de niños, que iban á recibir las lecciones del maestro. Él hizo amable el aprendizaje. Comprendiendo la importancia de los sistemas objetivos, dió de baja la enseñanza antigua, odiosa y ruda; y tal carácter imprimió al estudio, que de su escuela salieron numerosos jóvenes que, más luego, y en diferentes faves de la actividad humana, han sido bellas figuras en el Pritáneo nacional.

Sus conocimientos jurídicos eran profundos. Tuvo siempre gran admiración por el Derecho Español, cuyas leyes le eran familiares, desde el Fuero Juzgo y las Siete Partidas, hasta los Códigos actuales. Consideraba esas colecciones como un acervo precioso de sabiduría, y como un monumento de gloria que siempre habrá de ser consultado, cualesquiera

que sean las evoluciones del derecho moderno. Tenía proscritos de sus estantes los comentadores franceses é italianos, ya fuesen Laurent ó Mazoni, Baudry-Lacantinerie ó Chironi; y hasta las más delicadas cuestiones del derecho mercantil novísimo, sobre seguros y letras de cambio, las resolvía admirablemente con sólo pensar un poco sobre los infolios de las Leyes de Partida ó las Ordenanzas de Bilbao.

En la tribuna, era un orador de excelsa talla.

Tenía voz diáfana y limpia, magnífica caja peccoral, acción majestuosa y grave, presencia gallarda y hermosa y notable facilidad de improvisación: con esas dotes el éxito siempre era completo.

En 1882, fundó un centro literario, en beneficio de algunos jóvenes, antiguos alumnos suyos: allí tuvo cuna el gran Colegio del Corazón de Jesús, en cuya fundación y sostenimiento acompañó al eminente Dr. Jáuregui con una inteligencia y una laboriosidad que han dejado eco.

Desempeñaba el puésto de Vicerrector de dicho instituto, cuando la fatalidad vino á herirlo, todavía en el apogeo de la vida y de la actividad. Había salido una tarde á una dehesa de su propiedad, en compañía de algunos de sus chicuelos. Distraídamente se separó uno de éstos, en pos de una becerilla recién nacida que sesteaba en la sabana. Al verlo la vaca madre, se viene sobre él, rabiosa y amenazante: el doctor Guerrero vuela á favorecerlo, y en verdad, logra salvarlo; pero á costa de una herida grave que le infirió con los cuernos, el furioso animal.

Largos meses estuvo en cama, luchando con la muerte, en medio de los cuidados de la ciencia y las atenciones de la familia; pero al fin, todo fue vano;

y el 26 de febrero de 1894, espiró, entre las lágrimas de su esposa desolada, los besos y los ayes de sus amantes hijas y el profundo dolor de todo un pueblo acojonado.

IV

El Dr. Guerrero fué una figura ante la cual la mente se detiene en respetuosa meditación. Su vida no tiene una sola mancha que la oscurezca.

Fue cuidadoso de su honor hasta en las más leves cosas. Ni una palabra indiscreta, ni una acción reprobable se le observó jamás. Sus ideas no tuvieron nada de turbulento ni demoledor. Creyó con fe sincera, y en las horas luctuosas de la vida, dirigió siempre á los cielos una mirada de confianza. Superior á las pequeñeces humanas, se elevó por sobre las miserias de la existencia. Las sospechas de la política jamás lo vieron con mirada torva; los rencores de un adversario jamás lo hicieron temer; la frialdad de un amigo jamás le amargó el alma. Tuvo todas las virtudes de un ciudadano distinguido, y por sobre todas ellas, y como corona esplendorosa, el espíritu público y el bien general despiden de su frente irradiaciones de luz.

La Grita honrará algún día su memoria tributándole el homenaje que justamente se merece.

José Gregorio Villafañe

Nació en Guasualito, en 1814.

Su padre, descendiente de alta prosapia castellana, era rico propietario del Apure, donde tenía uno de los mejores hatos de aquellas regiones.

Muerto, á consecuencia de las fatigas é inquietudes que le causó la guerra de nuestra Independencia, dejó varios pequeñuelos, á la protección de una madre amorosa y buena, la cual, no obstante su juventud, supo cumplir los grandes deberes que cayeron sobre sus hombros al extinguirse el compañero de sus días.

Llena de nobles y generosas aspiraciones, quiso educar á uno de sus hijos en un gran centro europeo; y en 1821, envió á Londres á José Gregorio, niño que apenas abría los ojos á la luz de la razón.

Diez y seis años pasó bajo aquel cielo nebuloso, contraído á estudios serios, que lo hicieron un hombre cuando apenas ostentaba en la nívea sien los dorados resplandores de la juventud.

Terminada su educación, regresó en 1837 al seno de su familia, y poco tiempo después, elegido diputado al Congreso por la Provincia de Barinas, se trasladó á la Capital de la República en cumplimiento de su mandato.

La buena acogida que tuvo en el seno de la sociedad caraqueña, y los nuevos horizontes que vió abrirse en su rumbo al porvenir, lo decidieron á encargarse á su hermano Domingo de la casa paterna y de los cuantiosos bienes de la familia, para de este modo corresponder á la exigencia que le hizo el General Páez, de servir al Gobierno Nacional en el ramo de las Relaciones Exteriores.

Más luego, nombrado Representante de Venezuela en Nueva Granada, se trasladó á Bogotá, y allí contrajo matrimonio con la honorable señorita Margarita Quevedo, la cual, con sus talentos, su bondad y sus caricias, contribuyó á hacerle amables y placenteros los días de la existencia.

Terminada la misión, regresó á Caracas; y en la Capital sirvió diferentes empleos, entre otros, la cátedra de idioma inglés, en la Universidad.

En 1868 fue nombrado, por parte de Venezuela y en sustitución del señor Francisco Conde, Miembro de la Comisión Mixta que conoció y decidió sobre varias reclamaciones norteamericanas, puésto que desempeñó con brillo, como se ve del informe que en julio del mismo año, rindió al Gobierno Nacional. Para esta época era también secretario privado del señor Antonio Leocadio Guzmán, á quien acompañó varios años.

Las evoluciones de la política y la necesidad de reposo para su agitada existencia, lo llevaron al Táchira, que lo recibió como á huésped distinguido, y al cual él correspondió, fijando allí su residencia definitiva.

Más de treinta años vivió en esa su segunda tierra, donde dió los más altos ejemplos de una vida consagrada toda á rendir culto ferviente al trabajo, á la honradez y al bien.

Deseando que los pueblos del Táchira estuviesen en comunicación inmediata con el Lago de Maracaibo, pensó en la construcción de una vía férrea entre Puerto Villamizar y San Carlos del Zulia; y él mismo, con su infatigable actividad, trabajando como ingeniero y como menestral, estuvo en esas montañas vírgenes, donde el tigre y la serpiente aún no habían oído el golpe del hacha, ni siquiera el disparo del fusil. Diversos viajes hizo á la Capital de la República para obtener del Gobierno Nacional la realización de aquella vía; pero al fin, sus trabajos fueron infructuosos, y desencantado y triste, abando-

nó aquella empresa que lo había llenado por algún tiempo de doradas ilusiones y lisonjeras esperanzas. En San Cristóbal sirvió á la administración pública en diferentes destinos, á los cuales imprimió siempre los caracteres de su honorabilidad y su discreción.

En 1874 publicó en La Opinión Nacional, una serie de estudios sobre el Táchira, dedicados á su amigo íntimo Dr. Aristides Rojas, y los cuales revelan el talento observador y los conocimientos múltiples que adornaban al señor Villafañe. Dichos estudios fueron editados en un volumen, con el nombre de Apuntes Estadísticos del Estado Táchira, por orden del Gral. Guzmán Blanco en 1877; y podrían editarse varios volúmenes con los numerosos artículos que sobre temas sociales, políticos y económicos; sobre comercio, artes, agricultura é industrias publicó en diferentes periódicos del país.

Pronunciado por la Reina Regente de España el Laudo arbitral en nuestra cuestión de límites con Colombia, el señor Villafañe lo comentó en un folleto, con tal lucidez jurídica y conocimientos prácticos de la materia, que es lo mejor que se escribió sobre aquella célebre sentencia que dió motivo á tantos juicios y opiniones encontradas. Fue el primero que demostró con pruebas irrefutables, lo injusto de aquel fallo, y la necesidad de negarse á su cumplimiento por adolecer de nulidad, ya que el árbitro se había excedido decidiendo puntos que las partes no le sometieron á su jurisdicción.

El señor Villafañe murió en San Cristóbal, en setiembre de 1894. Tenía 80 años, dignamente empleados en una vida adornada por las más bellas virtudes públicas y privadas.

Se había hecho acreedor á las más altas consideraciones públicas, y la sociedad tachirensé supo manifestárselo así, con la pompa que desplegó en sus exequias fúnebres y las manifestaciones de duelo que le tributó la prensa en general.

Doctor José María Salas

De tránsito por Tovar cierta ocasión, tuve necesidad de pasar allí una tarde. La ciudad estaba de duelo: las campanas lloraban; el pesar se dibujaba en las fisonomías, y cruzaban la calle en todos sentidos personas vestidas de riguroso luto.

Cuando salí á dar una vuelta, desfilaba una procesión hacia el cementerio: seguía, aunque en traje de camino; y al llegar á la mansión mortuoria, acababa de subir al pedestal de una tumba, en actitud de orador, un respetable sujeto. Hubo silencio profundo: calló el *Delicta juventutis mæ*, entonado por los sacerdotes; el sepulturero paralizó sus trabajos, y la voz del orador empezó á derramarse sobre la multitud. Qué dón tan hermoso es el de la palabra. Eso de arrebatár á las turbas, de conmover los corazones, de tener á un auditorio encadenado con el hilo de plata de la voz; éso de llover ideas que engendran emociones profundas; de lanzar sobre las multitudes esa chispa que produce incendios de entusiasmo ó calcinaciones de dolor, es un atributo sublime, un poder admirable, una gloria excelsa. Pero no es la palabra que electriza los tumultos populares, ni la que se produce en cláusulas de oro en los salones académicos, la que ocupa la cima en la escala de la oratoria: es aquélla que se exhibe á las orillas de las tumbas como portera de la eterni-

dad; aquélla que viene húmeda de llanto, como los cantos de la mañana húmedos de rocío; aquélla que nos traslada de este mundo á una realidad suprema: la muerte; y á un abismo inmensurable: lo infinito; aquélla, en fin, que produce en las almas, el dolor, y que hace brotar á los ojos esos pedazos de la vida que se llaman lágrimas.

Hablar, para mantener suspenso el auditorio, y poder llorar á la vez, para arrancarle llanto; enternecer á un hombre, de suyo avesado á las luchas de la vida; y por medio de la palabra convertirle ese corazón de hierro en el tierno y lacrimoso de una dama, es un atributo que excede á todo atributo humano, es un poder superior que excede á todos los poderes que se disputan el dominio sobre la tierra.

Aquel orador no empezó apacible y suavemente como hacía Bossuet cuando hablaba sobre los sarcófagos de los Condés ó de Enriqueta María de Francia: su palabra al romper fue un grito de dolor y una explosión de lágrimas; pero ni las contracciones nerviosas le obscurecieron la voz, ni la nube del pesar le eclipsó las ideas: su discurso fue enterneciendo progresivamente al auditorio, á la vez que su llanto caía gota á gota sobre la enlutada urna.

El no pintó las miserias de la vida, ni los misterios de la eternidad; ni asombró con los horrores de la muerte, ni se elevó á considerar oscuros problemas en presencia de la tumba.....su voz fue una cascada de ternezas que partían el alma; habló del amigo generoso, del caballero culto, del hombre honrado, del corazón noble, del esposo amante, del padre afectuoso, del ciudadano digno, del patriota verdadero.....y toda la oración tejida con frases delicadas,

con ideas hermosas, con pensamientos sublimes, y sobre todo, con palabras que brotaban del corazón y que á fuerza de tristes caían en sus oyentes como brasas quemadoras.

El discurso fue corto, pero tempestuoso, como toda explosión volcánica, ya surja del pecho ó de las entrañas de la tierra.

Descendió de allí en brazos de sus amigos. La más profunda emoción lo embargaba. Había exhalado parte de la vida en los efluvios del sentimiento, en el fuego de las ideas, en la licuefacción de las lágrimas. Su auditorio estaba también hondamente conmovido.

Al salir pregunté por el nombre del orador, y supe que era el Dr. José María Salas.

Después llevé con él estrechas relaciones y pude conocer la belleza de su alma y las galas de su talento.

Nació en Bailadores en 1827, se educó en Mérida, y fundó un hogar en Maracaibo.

Aunque de familia distinguida, era el amigo querido de las turbas populares. Descendía de los sillones de pana y de los estrados de mármol, para estrechar entre sus brazos al modesto hijo del pueblo.

Jamás el orgullo se posó en su pecho, como jamás deslustró su frente la sombra de una mancha.

La generosidad fue su primer dón. Su dinero no era suyo, sino del primero que lo necesitaba.

Para compadecerse de la desgracia ajena había recibido un alma privilegiada. A todo infortunio ocurría con su llanto y sus dádivas; y más se interesaba por los dolores ajenos que por los propios. Su constitución moral era la de una sensitiva: tenía

la terneza de un niño y ciertas fibras delicadas de una alma de mujer.

Como abogado era hombre de luz; pero en la práctica del foro sufría interiormente; lo atormentaba esa lucha interna entre el triunfo de la justicia y la conmiseración hacia el condenado. Desempeñó altos destinos públicos. Como Juez del Crimen, aún se recuerdan sus visitas á las cárceles. Sabía desarmar el delito con sus ternezas; y un discurso suyo corregía más que un año de prisión.

Su hogar era un verjel de virtudes. Casó con una señorita tan ilustrada como llena de méritos. Le ha sobrevivido, y aun hoy, en la augusta majestad de los años, cautiva con los tesoros de su bondad y las gracias de su talento y su saber.

El Dr. Salas murió hace dos lustros; pobre, sí, pero abrumado de méritos y gozando de general estimación.

De él han quedado algunos magníficos discursos, y unos pocos artículos literarios.

Aun no era viejo cuando la muerte apagó la antorcha de su vida.

Sobre su tumba pudiera grabarse este epitafio de un poeta heleno:

“No reina aquí la noche: en el asiento
De esta humilde pirámide de arena,
Yacen los esplendores de un talento
Y la lumbre inmortal de un alma buena”.

Doctor José Federico Bazó

El nombre de los ciudadanos eximios no debe dejarse ahogar en el olvido.

Grecia y Roma tuvieron sus obeliscos para eternizar hechos gloriosos, y sus arcos, para consagrar virtudes legendarias; nosotros debemos inscribir, por lo menos en las páginas del libro, los nombres preclaros y las acciones bellas.

La mejor educación del espíritu se obtiene en el ejemplo de los hombres superiores: ese es un libro que atrae y estimula; un estudio que enseña y encanta.

Hoy quiero recordarle á la juventud andina, á las letras, á las ciencias, al foro, á la judicatura y al magisterio, el nombre de aquel escritor, de aquel jurisconsulto, y sobre todo, de aquel maestro, cuyas clases de filosofía oyó toda una generación de las más distinguidas é ilustradas de la Cordillera.

—

Nació el doctor Bazó en Valera, ciudad de Trujillo, en 1838.

Niño aún, perdió sus amados padres, y vió desaparecer su cuantioso patrimonio en manos de sus albaceas.

Sin el calor, pues, del hogar; sin el regazo de una madre amable y tierna; sin la protección de un padre generoso y noble, los días de su niñez fueron tristes, como triste es la suerte de todos los huérfanos.

Desde muy pequeño sintió el deseo de cultivar su inteligencia, y al lado de un sacerdote distinguido, hizo en el pueblo de La Quebrada, sus estudios de latinidad, los cuales le permitieron incorporarse en Mérida, al curso de Filosofía. En el Seminario de esta misma ciudad, usando la investidura talar, es-

tudió Lugares Teológicos, que abandonó para seguir los cursos de Derecho Canónico y Civil, los cuales coronó con la borla de Licenciado en 1862.

Habiendo unido su suerte á la de una honorable señorita, Estefanía Jugo, descendiente de ilustres Próceres, entró de lleno en la lucha por la vida en el campo social.

En diferentes pueblos de Trujillo ejerció la profesión por algún tiempo; y en 1869, aquel Estado le envió á Caracas como Representante al Congreso Nacional.

Eran días de lucha y de agitación: habíase condensado en el cielo del país una gran tempestad: el pueblo estaba lleno de odios y de resentimientos: la estabilidad del orden político era imposible, y el vendabal se desencadenó. La jornada del 27 de abril, que dejó la Capital llena de cadáveres y á un revolucionario audaz en las cumbres del poder, dió en tierra con el Gobierno de Palacios; y el Dr. Bazó hubo de huir, disfrazado, para incorporarse á los ejércitos azules que aun luchaban, y caer con ellos en la memorable acción de Guamas. Hecho prisionero, era conducido á Caracas, cuando en una noche lóbrega, en un tortuoso camino de Barinas, pudo escaparse, trasmontar luego la Cordillera por el pueblo de Los Nevados, y ganar á Mérida, de donde pasó sucesivamente á Tovar y al Táchira.

En Táriba colaboró como Catedrático en el Colegio que para entonces regentaba allí el Dr. Santiago Briceño; en Capacho sucedió á Don Juan de Dios Bustamante en la dirección de la Escuela Superior que allí había creado la Municipalidad, y luego, en San Cristóbal, fundó el Colegio Cárdenas, que más tarde anexó al Colegio Federal, del cual fue nom-

brado Rector. Este instituto tomó, bajo su sabia dirección, un gran vuelo, y vino á convertirse en un gran centro de instrucción, al cual concurrieron numerosos jóvenes de varios Estados, y que dió poderoso impulso al desenvolvimiento literario de nuestros pueblos.

En los bancos de esos diferentes institutos se sentaron, con gran aprovechamiento, jóvenes que más luego han sido figuras esclarecidas en el País. El Gral. Cipriano Castro, actual Presidente de la República, y una de las personalidades más prestigiosas y sobresalientes entre los Jefes de Estado de Sur América; José Antonio Baldó, médico distinguido, y hoy, Rector de la Universidad Central de Venezuela; José Abdón Vivas, inteligente abogado y escritor elegante; Abel Santos, jurista de reputación y hombre de conocimientos universales; Luis Velez y Román Cárdenas, matemáticos probados en las arduas dificultades de la ciencia, y muchos otros que sería largo enumerar.

En 1887 y 1888, el Dr. Bazó desempeñó la Cátedra de Matemáticas en el Colegio de La Grita; luego se retiró, para ir á formar parte de la Administración de Justicia en Mérida, y más tarde, á servir la Secretaría General de la Gobernación de Trujillo.

Murió en Mérida el 24 de febrero de 1894.

El Dr. Bazó tenía el aspecto de un griego de Atenas, y los lineamientos morales de un romano del tiempo de Catón. Era alto, de fisonomía dulce y severa, cabellos y barba del color de la castaña, ésta

muy larga, ensortijada y abundante; ojos expresivos, andar majestuoso y porte grave.

La rectitud de sus procederles le rodearon siempre del aprecio y consideraciones públicas.

Como institutor era notable. Tenía el doble dón de hacer arnar el estudio y de dejar al alumno penetrado aun de las materias más abstrusas. Se deleitaba en la enseñanza de la Geometría. Esta ciencia, decía, y con mucha verdad, la necesita el hombre desde la cuna hasta el sepulcro. En ella se fundamenta la educación, se modela el carácter y se perfecciona el estilo; ella da variedad á la inteligencia, precisión á los racionios y vigor al pensamiento: ella es necesaria para dirigir los movimientos del cuerpo y determinar las acciones de las manos: ella es la base de las artes y de innumerables profesiones: de ella salen ciencias como rayos de un foco de luz: un teorema ha engendrado la Topografía; otro, la Trigonometría; varios, los Cálculos y la Astronomía matemática. Razón tenía Platón para haber inscrito en la puerta de la Academia: “No entre aquí quien ignore los rudimentos de la Geometría”.

El Dr. Bazó tributó siempre gran admiración á la Poesía. Mostrándome una vez las Eglogas de Virgilio y el Cultivo del Maíz de Gutiérrez González, me decía: “Leyendo estas divinas obras, espero al fin hacerme poeta”.

También fue un exquisito cultivador de su idioma, á cuyo estudio consagró, todos los días, por lo menos algún momento.

A su muerte, Mérida vistió de luto; la Prensa del Estado le tributó el homenaje de merecidas alabanzas, y numerosa juventud regó sobre la tumba del

maestro—empapadas en el afecto del alma—coronas de siemprevivas.

Pbro. Doctor José de J. Carrero

La ilustración y la austeridad de costumbres son fundamento esencial del clero católico.

El sacerdote cristiano debe ser oráculo de la sabiduría y ejemplo vivo de sus propias enseñanzas.

Lámpara encendida en medio de la humana noche, debe irradiar luz; modelo de virtudes divinas, debe ser bondad, ternura, amor.

El sacerdote, puesto en la tierra para transmitir á lo futuro una ley redentora y un dogma inmortal, debe conducirlos en manos impolutas, como las que los Pontífices de Israel conservaban en permanente ablución, y predicarlos con inmanchados labios, como los que los antiguos profetas purificaban con el carbón ardiente.

Así, su misión es verdaderamente evangélica, y su obra, la continuación de esa cadena inquebrantable, en la cual fueron eslabones Pedro y Pablo; Crisóstomos y Agustinos; León el Grande y Ambrosio de Milán; San Bernardo y San Vicente de Paúl.

Digno representante de ese ideal sublime, fue el meritisimo sacerdote á quien dedico estas breves pinceladas.

Nació en Queniquea, antigua jurisdicción de La Grita: estudió hasta rudimentos de Filosofía bajo la dirección del sabio Dr. Ignacio R. Duque, y luego se trasladó á Mérida, en cuya Universidad siguió estu-

dios superiores, que coronó con el grado de Doctor en Derecho Canónico en 1864.

En ejercicio del ministerio sacerdotal, fue Cura de Bailadores, Vicario de San Cristóbal y Canónigo de la Iglesia Catedral de Mérida.

En esta última ciudad fijó su residencia definitiva, y levantó su figura moral en el estudio y en el perfeccionamiento de su propia persona, hasta hacerse verdaderamente ostensible en el clero venezolano.

La Universidad le llamó luego á luego á servir diferentes cátedras, y de tal modo fue multiplicando sus conocimientos, que á los cuarenta años era sin discusión un sabio.

Con la misma facilidad con que desenvolvía una curva ó reintegraba una cantidad, leía un libro en hebreo ó en griego, hablaba en diversas lenguas vivas ó discurría sobre cualquiera de los ramos de la Historia Natural.

Viajó dos veces por Europa, obteniendo cada vez mayor caudal de conocimientos universales.

En su vida privada, era austero. Parco en la comida y ajeno á todo vicio, sólo buscaba distracción en los ejercicios piadosos y en la lectura incessante. En la Tebaida, habría llevado gustoso la vida de aquellos monjes, y entre los Benedictinos, se habría dado como ellos, á conservar la civilización antigua en medio á la tempestad que asoló á Europa en el período de las irrupciones bárbaras.

Mas no sólo fue un idealista de su religión, sino un hombre práctico en la múltiple agitación de la vida real. Todos los problemas sociales le atrajeron la atención, y á todos les consagró su incesante actividad.

En el campo de la agricultura, su perspicaz mirada previó la futura caída de nuestros frutos exportables, y para evitar á nuestros pueblos los desastres de una crisis económica, se esforzó por introducir en la Cordillera nuevos cultivos, y consagró dinero y tiempo á propagar los de morera, algodón y viña. Aunque grandes sus esfuerzos en esta labor, no tuvo secundadores, por la desconfianza con que nuestras masas agricultoras ven toda innovación en sus prácticas agrícolas.

Sus altos méritos lo llevaron á ocupar el Deanato de la Catedral de Mérida, y más luego, la Vicaría General del Obispado, en cuyo puésto lo encontró la muerte cuando todavía estaba en todo el vigor de la existencia, plétórico de energías vitales y lleno de problemas trascendentes en el mundo intelectual.

Su prematura muerte causó la más honda emoción en todo el obispado. Era un árbol de quien se esperaban, y con justicia, abundantes frutos.

Dejó un recuerdo glorioso y una senda de luz para el sacerdocio patrio.

Doctor Francisco Baptista

Morir un hombre en la mitad de la vida: apagarse la luz de una existencia cuando apenas brillaba en el cenit, y más, si esa existencia guardaba los misterios del saber y los tesoros de la bondad.....¡ah! es un dolor.

El árbol cae, y á su redor brotan los fecundos renuevos que ostentarán sus mismas hojas y reproducirán sus mismos frutos; muere el ave, y deja en el tibio nidal la alada prole que irá de prado en prado entonando sus mismos cantares

y luciendo sus mismos atavíos; pero ¡ah! expira Sócrates, y veintidós siglos que le suceden no lo reproducen; muere Fidias, y el cincel no exhibe otro Júpiter Olímpico; acaba Rossini, y el teclado queda huérfano de la mano que produjo esas admirables sinfonías de *Semíramis*; la sublime serenata del *Barbero*, ó aquella melancólica canción del sauce de Desdémona, triste como los quejidos de la noche ó las lágrimas de la inocencia.

El alma no se reproduce. Uno de los grandes méritos del hombre consiste en la originalidad de cada individuo de su especie: puede conseguirse un diamante igual á otro perdido; pero un hombre que se identifique con el que ha muerto ¡jamás!.....

Cuánto sentimiento hermoso, cuánta concepción bella, cuánta idea sublime se desvaneció como humo al caer en la tumba la alta personalidad cuyo nombre encabeza estas líneas.

Nació el Doctor Baptista en Boconó de Trujillo, el 13 de noviembre de 1841: hizo sus estudios en Mérida, cuya Universidad le orló la sien con la borla de Doctor en Jurisprudencia Civil, y pasó lo mejor de su vida en el Táchira, consagrado al ejercicio de su profesión.

Si las cualidades del alma se traslucen en el aspecto del individuo, el Doctor Baptista indicaba con su sola presencia la gran superioridad que lo distinguía. Su figura tenía lineamientos de perfección escultural; su faz destellaba luz. Era, en verdad, un hombre raro en estos tiempos de igualdad social.

Una de sus bellas cualidades consistía en el carácter. Yo no puedo concebir ni la virtud en

un individuo destituido de ese atributo, que bien pudiera llamarse columna vertebral del alma. En la organización humana hay tendencias tan antagónicas y fuerzas tan contrarias que, sin el sostén de ese admirable eje, el equilibrio se destruye y brota entonces esa deformidad que se llama el vicio.

En el Doctor Baptista, el carácter fue el guía de sus actos. Desde joven formuló sus principios sobre la verdad y el bien, y á ellos se ciñó! Las novedades del siglo y los rumbos de la moda lo encontraron inconvencible. Sus ideas eran un eje, al redor del cual giró su conducta.

Entre sus grandes dones figura el de la palabra. Rico de conocimientos, filósofo por instinto, con una voz hermosa, gallarda presencia y naturalidad en la acción, subía á la tribuna para atraer y deleitar: sus discursos eran regueros de ideas, no de palabras: gustaba más de abrir rumbos que de trillar las sendas de la rutina. Y cuando el calor de la inspiración lo abrasaba, entonces producía su cerebro concepciones felices que salían como alados piróforos, batiendo alitas de oro y dejando rastros de luz. No lo oí sino dos veces, y en ambas me dejó satisfecho.

Sus escritos sobre política general y Filosofía del Derecho son bastante atinados.

El Derecho es indudablemente una de las ciencias que más ennoblecen al espíritu, que prestan más vuelos á la inteligencia y que elevan al hombre á la contemplación de las cosas humanas desde una altura mayor; pero en el caos de doctrinas erróneas que han privado en todos tiempos, para que el jurista pueda cernerse en la se-

renidad de esa región, necesita poseer una alta idea de la Moral y de la Justicia. La Moral, la Justicia y el Derecho no son, en esencia, sino tres manifestaciones de un mismo concepto, tres radios de un mismo foco. Una sombra que oscurezca una de estas irradiaciones, desfigura el todo, como la perfección artística se destruye con el menor defecto. De aquí por qué dicha ciencia haya tenido aspectos tan luctuosos cuando la moral era tenebrosa, y la justicia, nefanda.

El Doctor Baptista era un católico de convicciones, y en la cumbre de la moral que predicó Jesús, era donde se colocaba para discurrir sobre esa ciencia cuyo principal fin es garantizar la libertad del hombre y mantener el equilibrio de los intereses humanos. Así, en sus escritos jurídicos, no se revela el Dracón que escribe con sangre, sino el corazón noble que se goza en instruir para que se evite el error, y que inspira la conmiseración y la bondad para con los desgraciados del presidio. El enseña que el Derecho nació más para garantir, que para penar: más, para señalar las lindes de la libertad, que para corregir los extravíos de la ignorancia ó de la pasión.

El Derecho, así considerado, es una especie de sacerdocio que tiende, más que al lucro profesional, al bien común. De aquí que él, consecuente con sus teorías, creyó un deber sagrado vivir en la agitación social, difundiendo luces y planteando principios; y hé aquí que fue político.

Desde 1873 entró en este nuevo campo de la lid, y fue combatiente infatigable. Guiado siempre por convicciones, y no por medros personales ni

por venganzas viles, su lucha política fue en la región tranquila de las ideas, que deja para la Patria, luz, y no odios; glorias, y no duelo; conquististas del bien, y no ruinas dolorosas.

Su desinterés como político lo honra: durante muchos años fue periodista, sin recibir por ello emolumento alguno; y entre sus papeles de familia hay muchos recibos del Hospital de San Cristóbal, al que en diferentes épocas dió sus sueldos como empleado. Bello rasgo de patriotismo, que practicó en nuestros tiempos de oro, el eminente Doctor Vargas, y en nuestra edad de plata, el inmaculado Manuel Felipe de Tovar.

Así como desprendido, fue también enérgico en servicio de la Patria. Los Congresos y Legislaturas oyeron su palabra independiente, en pro del bien general; y si muchas veces no triunfó, el aplauso de las barras fue siempre corona de sus esfuerzos y recompensa de sus intenciones.

Cuando el General Guzmán Blanco estaba en las cumbres como Jefe titular de la Reivindicación y Presidente de la República, el Doctor Baptista fue uno de los que protestaron contra el célebre protocolo Rojas-Pereira. El Ilustre lanzó rayos de ira; pero los protestantes esperaron en pie, resguardados sólo con el escudo del deber.

En 1878 redactó, en unión de otros caballeros, el importante periódico «Unión de la Cordillera», órgano de la sociedad del mismo nombre, la cual lanzó al País la idea de reducción de los Estados. El General Guzmán se atribuyó este pensamiento en su mensaje de 15 de Octubre de 1880; pero ante la verdad histórica, suficientemente comprobada, no hay alteración posible. Allí

están los testigos oculares que dan fe, y están los documentos, que declinan sobre el Táchira la gloria de la iniciación. Por lo demás, si los grandes Estados comunicaban majestad á la nación, y simplificaban el gobierno, no eran propios para el progreso regional, ni facilitaban los diversos grados de la administración.

El Doctor Baptista murió desgraciadamente hace algunos años. Estaba en toda su entereza intelectual y física. La nieve de la vida apenas empezaba á platearle el cabello rubio, y aun no ostentaba en la faz los pliegues precursores de la decrepitud.

La fiebre amarilla, que tan sangrienta historia tiene escrita en el mundo, apagó esa preciosa existencia, en quien se habían desarrollado á la par, las facultades del intelecto y las virtudes del corazón.

Sus amigos no pudieron rodear su lecho mortuario, ni ir al cementerio para arrojar sobre su féretro siquiera un puño de esa tierra tachirense que tanto amó, y á cuyo bien consagró veinte años de esfuerzos heroicos y de lucha constante.

Doctor Aristides Garbira

Atravesando una calle, en pasados días, hallé ocasionalmente un pliego de la antigua COPA DE LOS POBRES. Estaba ajado y roto: hoja desprendida del árbol, había sufrido las veleidades del viento y los rigores de la intemperie.

En medio de las manchas de la vejez y en caracteres casi ilegibles, alcancé á ver unos versos: tenían por mote: EN LA MUERTE DE MI ESPO-

SA; y por firma: ARISTIDES GARBIRAS. Guardé el papel y seguí.

El mismo día á las seis de la tarde, en esa hora llena de profundos misterios y de admirables encantos; cuando la luz y las sombras se besan para decirse adiós; cuando el ave canta con tristeza y el corazón palpita con inquietud, desdoblé el papel, y solo, sentado muellemente en mi cuarto, leí la desesperadora elegía.

El corazón humano es la musa por excelencia en los cielos del arte. El tiene misterios que la inteligencia ignora; sospechas que el talento desconoce; inspiraciones que escapan al genio. Su lenguaje es siempre grandilocuo: á veces no consta en los diccionarios; pero todo el mundo lo interpreta. El sabe decir lo que siente de manera arrebatadora: si está alegre, arranca risas; si melancólico, suspiros; si desesperado, hace convertir en lágrimas las fibras del sentimiento. En él hay tempestades que avasallarían las del océano. Las olas del mar jamás se han agitado como las pasiones en el corazón: las huracanadas terrestres son apacibles ante las de un alma abrasada por la ira, ciega por el amor ó abatida por el pesar.

La inteligencia calcula para expresarse, y es fría; el corazón se desata en explosión, y es fuego. Aquélla convence; éste persuade, domina, subyuga.

En el Olimpo del arte, Horacio es la inteligencia; Safo, la inspiración. Aquél es natural y reflexivo; ésta, tempestuosa y desalada. Las pasiones de aquél son aves que cantan en los verjeles del trópico las mañanas del Estío; las de

ésta, leones que rugen en los arenales de Lidia ó buitres que desgarran su presa en las cumbres andinas. Aquél muere recitando sus odas y pidiendo que derramen perfumes en su estancia; ésta expira entre el oleaje del mar de Lesbos, á donde se arrojó, loca, en un arrebato de brutal apasionamiento.

Entre nosotros hay muchos poetas de cincelada frase y acicalado verso; de periodos que semejan campanillas de oro; de estrofas esmaltadas como ánforas de Venecia. Pero hay también muchos que saben poner el corazón en cada palabra; que aromatizan la frase con ternuras, ó la coloran con tintes que reflejan el alma.

Aquéllos son el arte; éstos, el pensamiento.

El Doctor Garbiras, sin alejarse por completo de aquéllos, ocupa puesto, y culminante, entre éstos. Basta para convencerse, leer el tristísimo canto en la muerte de su esposa. Aquello es una explosión de dolor: una queja, un lamento, un ay! brotado de lo íntimo del alma. Al leerlo se ven titilar lágrimas, se oyen gemidos, se escuchan lloros, se siente abatimiento, se nota desesperación.

Él poeta, silencioso y pensativo, ataraceado por el dolor, parece que va recorriendo ese hogar antes feliz, que alegraba con sus hechizos la compañera de sus días; pero ya no la encuentra por parte alguna; la llama y no le responde, y entonces, acongojado, y en un arranque de verdadera inspiración, exclama:

*¿Dónde está la mujer encantadora
Que formó las delicias de mi vida?*

*La que fué mi eternal, brillante aurora,
Mi paloma dulcísima, querida?*

*¿Qué se ha hecho la flor pura, fragante,
Que mi existencia toda embalsamaba,
Y que absorta, entusiasta, delirante,
Con un místico amor me idolatraba?*

*¿En dónde está mi bien, dónde está el ave
Que llenó mis mañanas de alegría,
Y con acento almibarado, suave,
Por doquiera mi nombre repetía?*

*La Nereida del Torbes hechicera
Que escogí para esposa ¿qué se ha hecho?
¿Dónde está mi virtuosa compañera?
El encanto y consuelo de mi pecho?*

*Su aposento está triste, solitario;
Su lecho abandonado, silencioso,
Y empolvado su altar, ese santuario;
Donde imploraba al Todopoderoso!*

*Estos sus muebles son...Este, su ajuar...
Su labor principiada en la almohadilla,
Sus agujas, su seda, su telar,
Y su escogida y predilecta silla!*

*Todo en desuso está: su blanca mano
Esos caros objetos ya no toca...
La llamo por doquiera, mas en vano!
Que para siempre enmudeció su boca!*

*Esa lámpara triste, agonizante,
Esos negros, fatídicos crespones,
A mi espíritu dicen lo bastante
Para llorar mis caras ilusiones!*

Qué versos tan espontáneos, éstos que le inspira la acerbidad del dolor! El no cree que ha muerto la mujer amada; la busca con cariño, la llama con ternura, pero al fin, el silencio del hogar, la lámpara mortuoria y los negros fatídicos crespones le hacen convencerse de la triste realidad. «Ya no existe», exclama; ha muerto la mujer encantadora que hizo el regalo de sus días; huyó el ave que alegró sus mañanas; se paralizó la mano que enjugaba su frente; enmudecieron los labios que decían á su oído palabras de consuelo y de dicha. ¡Ah! su Pepita no existe!... Pero al girar la vista por la cuna, contempla allí á sus hijos pequeñuelos, esos pedazos del corazón en cuya faz se retrata la virtuosa madre, y, angustiado por el dolor, «dormid» les dice:

*Dormid, hijos del alma! que hoy no vive
La que ese sueño cándido arrullaba,
La que dulce y sensible os pronunciaba
Su maternal y santa bendición!
Ya no tenéis quien vele vuestros lechos,
Ni cuide vuestros males. Su ternura
No la hallaréis jamás, ni la dulzura
Que os guardaba su noble corazón!*

*No oiréis de sus labios adorados
Los rezos que paciente os enseñaba,*

*Ni los consejos que virtuosa os daba!
No tenéis una madre á quien llamar!
Todo lo habéis perdido! y vuestra infancia
Pasará en orfandad, envuelta en duelo,
Como en fatal, aciago desconsuelo
Los días de mi vida han de pasar.*

Versos sentidísimos, llenos de ternura, de amor, de infortunio, de abatimiento, de desesperación... Versos perfumados con el aroma del alma, luminosos como la aurora, bellos como la inocencia, tempestuosos como la locura de la pasión.

Pero los hijos, que apenas asoman en la cuna sus rubias cabecitas, como inplumes polluelos en el nidal de la paloma, no calman su infortunio, ni distraen siquiera su dolor: la imagen de la esposa se le presenta de nuevo, como una azucena de los jardines, como un lirio de los valles, como una gardenia hermosa *tan llena de pudor y de modestia, tan llena de esperanzas y de encantos*; y la contempla, y la acaricia y la adora;

*« Mas viene la verdad aterradora
Y le arrebatata todo.....hasta la fe ».*

Aquí la desesperación no tiene límites, y los siguientes versos que produce son dignos de aplaudirlos con lágrimas y de grabarlos en el mármol del corazón:

*Morir una mujer joven y bella
Como la flor que el huracán desgaja;
Mirar envuelta en funeral mortaja*

*A la cara mitad de nuestro sér;
A la que llena de lozana vida
Soñaba un porvenir grato y hermoso,
Es perder el objeto más precioso
Que en la tierra se puede poseer.*

*Es llevar para siempre en nuestro pecho
El fiero torcedor de los pesares,
Y naufragar en los oscuros mares
Del infortunio acerbo, abrumador,
Porque sólo nos queda para alivio
De esa pérdida inmensa y desastrosa,
Una cruz y una tumba misteriosa
Que reviven y acrecen el dolor.*

.....

El Doctor Garbiras pertenece á esos poetas que, como Daniel Mantilla, Maitín y Lozano, ponen en cada verso una fibra del alma ó una gota del rocío del corazón. Sus versos no mueren; son como flores de primavera, siempre lozanas y hermosas. Podrán variar los gustos artísticos; pero ellos siempre viven, porque su principal mérito está en el sentimiento.

Los poetas que así cantan son los más amados, porque en sus penas relatan nuestras penas y en sus dolores refieren nuestros dolores; y son los más grandes, porque reciben como tributo la más digna de las ofrendas: las lágrimas.

Su misión es también excelsa: enternecer á los corazones insensibles es sembrar en ellos la simiente del bien. La virtud no germina sino en las almas tiernas: las almas empedernidas no

tienen ese aroma, como no tienen fragancia las azucenas marchitas.

Los ojos que se humedecen en llanto revelan un corazón bueno.

*Llora, y sabré si en tu pecho
Se anida un alma de oro,*

decía un poeta griego del siglo segundo.

El Doctor Garbiras fue, además, un notable médico, en quien se aunaron conocimientos profundos y gran experiencia. Nació en la Sultana del Coquivacoa; pero, joven aún, fundó un hogar en el Táchira, y desde entonces tuvimos orgullo en considerarle como andino.

Llevó sobre la frente triple corona: talento, saber, honorabilidad.

Murió en 1900.

Epifanio Mora

Nació en La Grita, el 7 de abril de 1868.

Lo conocí en la escuela, y desde entonces fuimos amigos íntimos.

Terminados nuestros estudios elementales, pasamos al Colegio; y en un mismo día nos inscribimos en el curso de latinidad.

Hay almas que sienten entre sí recíproca atracción: el carácter, las ideas, las costumbres y todo tiende á estrecharlas: son ésas las que pueden sentir la verdadera amistad, tal como la definió el orador romano cuando dijo: « el amigo es otro yo ».

Hé allí nuestras dos almas.

En veinte años que traté á este condiscípulo querido, jamás la menor nube obscureció el cielo de nuestra amistad. Vivíamos juntos; leíamos nuestras lecciones en compañía; y aprovechábamos nuestros paseos de tarde para discutir sobre las materias que estudiábamos. Cuando las tareas terminaban temprano, íbamos á las dehesas que están cerca de la ciudad, y por allá, al pie de los árboles, muellemente reclinados sobre las sabinas frescas, hablábamos sobre filosofía ó literatura, ó forjábamos para el porvenir, mundos de dicha, sueños encantadores, doradas utopías de imposible realización.

Después veníamos á mi pieza. Sentados al redor de un quinqué, estudiábamos las lecciones del siguiente día, y luego nos entregábamos á leer literatura española. El Quijote, las Novelas Ejemplares, la Austríada, la Araucana, las poesías de Fray Luis, las comedias de Lope y Calderón, la Celestina, el Lazarillo de Tormes; Cienfuegos, Moratín, Jovellanos, Quintana, Capmani, Baralt, Espronceda, Zorrilla, Balmes.....todos estos fueron autores y obras que devoramos en el silencio de la noche y que discutimos en horas dulcísimas que en vano puedo recordar sin sentir en los párpados el tibio calor de una lágrima.

Los jueves, día de vacante en el Colegio, nos íbamos al campo, y á la sombra de los árboles, á la orilla de las fuentes, leíamos novelas, poesías ú otras obras de mero pasatiempo. ¡Cuántas veces nos deleítamos por allá con la Graciela, Rafael, Atala, la Amalia de Mármol, Pablo y Virginia y cien novelas más, y multitud de colecciones de poetas americanos!

Los domingos también estaban consagrados al estudio. Traducíamos á Virgilio y á Terencio, las cartas y discursos de Cicerón, los Anales de Tácito, versos de Víctor Hugo, ó Le Genie du Christianisme de Chateaubriand.

Escribíamos poco. Algunas tardes, extinguidos ya los últimos reflejos del Poniente y casi á la hora de regresar, nos ejercitábamos en improvisar en verso. La ley para ésto consistía en tomar cada uno como *pie*, el último verso de la estrofa anterior, ó el quinto, cuando hablábamos en estrofas bermudinas.

Una tarde, ya entre el claro-oscuro de la noche, estábamos en un punto que se llama SANTA ROSA. Nos acompañaba esa vez, como muchas otras, un queridísimo amigo y compañero nuestro. Llegado el momento de partir, éste propuso una improvisación á la luna, con el *pie*:

«Eres la musa que inspira».....

Estaba en esos días entre nosotros, una linda joven, á quien habíamos convenido en llamar Inés para no ser entendidos cuando á ella nos referíamos en público; y á la cual Epifanio profesaba profundo cariño. Nuestro amigo, aprovechando la ocasión de bromear á Epifanio, comenzó así su improvisación:

Eres la musa que inspira
Mis ensueños de poeta:
Por tí mi alma vive inquieta
Pensando en tu amor, Inés.

Te adoro como se adora
Una risueña esperanza,
Una dicha que se alcanza

.....

Aquí se paró el improvisador, y como no pudiese terminar, y yo notase el afán, exigí á Epifanio que concluyera la octava. El, fingiéndose herido, y en un arranque de verdadero entusiasmo, me contestó con el siguiente *improptu* :

« ¿ Como quieres, caro Emilio,
Que yo termine esa octava,
Si ella en el pecho me clava
El más agudo puñal ?.....
¿ No sabes que á Inés adoro
Más que á un ensueño querido ?
¿ Que para amarla he nacido ?
¿ Que ella es mi ángel terrenal ? »

Me quedé sorprendido con la facilidad de esa improvisación, y la escribí inmediatamente en mi cartera como recuerdo de aquella gratísima tarde.

Un día estábamos cuatro ó cinco compañeros en mi pieza de estudio, cuando se presentó un relacionado á exigirme que le escribiese una necrología para un amigo suyo recién muerto.

En esos días era gala entre nosotros echar á volar una LAGRIMA ó unas SIEMPREVIVAS en la muerte de todo quién. Epifanio, que estaba chocado con las necrologías, y que oyó la exigencia, me pidió permiso para dictarla, á lo cual accedí, tomando la pluma para escribirla. Dictó lo siguiente :

« SIEMPREVIVAS

Lectores, no lloréis! que si hoy inerte
Ha caído en la fosa un sér humano,
Se ha cumplido tan sólo el soberano
Y altísimo decreto de la muerte.

Paz á esa tumba fría
Y bulla en nuestros pechos la alegría ».

Sonreímos todos al terminar él su estrofa, y el adolorido huyó lanzando centellas de ira.

Un jueves habíamos ido á leer á un campito, propiedad de una tía suya. Después de dos horas de estar bajo un copado árbol, leyendo no recuerdo qué, vinimos á la casa, donde la buena señora nos esperaba á la mesa. Nos hizo sentar, y un momento después se presentó con un plato de pan fresco en una mano, y en la otra, una fuente de hermosas *papas* cocidas: púsole todo en la mesa, y regresó para volver á continuación con dos pocillos de chocolate. Epifanio le recibió el uno, y tomando en la otra mano una papa, improvisó, dirigiéndose á mí:

« Tomando, amigo, chocolate espeso
Con papas que, como esta, son la vida,
Y suponiendo que también hay queso,
De toda pena el corazón se olvida ».

La excelente señora sonrió, y, comprendiendo la intención, dijo al punto: no tendrán que imaginarlo, pues les tengo uno magnífico. En efecto, á poco llegó una sirvientica con él.

Muchas otras improvisaciones notables, de ese tiempo, conservo en mis cuadernos de apuntes.

Sus dotes para la tribuna eran excelsas. En una de las veladas literarias con que la ciudad de San Cristóbal celebró el centenario de Páez, fue excitado á discurrir, por varias personas distinguidas; y después de algunos minutos de preparación, trepó á la tribuna y cautivó prodigiosamente con una improvisación que fue acogida con los más frenéticos aplausos.

Sus versos son de una delicadeza becqueriana. Su poesía más notable lleva el rubro de Notas; y es una serie de rimas sutiles, vaporosas y aladas como las del poeta sevillano.

Empieza el canto con esta hermosísima introducción :

«El arpa estaba silenciosa y muda
Y con las cuerdas rotas,
Suspensa de los sauces que temblaban
Al contacto del viento con las hojas.

Huérfana del cantor que la pulsara
En sus dolientes horas;
Huérfana de las tristes elegías
Y las épicas odas.

Luego el poeta, con la lira en las manos y próximo á cantar, convierte las miradas hacia la pendiente de la vida, y contempla atrás las ilusiones muertas, los encantos de la niñez extinguidos; adelante, el horizonte inmenso del porvenir con sus celajes risueños, sus promesas encanta-

doras y sus cielos de luz á donde el ideal dirige las impalpables alas. Siente por un instante el vigor de la existencia y exclama con honrada energía:

« No te humilles jamás : combate siempre
Con valor y constancia,
Que esta tierra es un punto de partida
Que dejamos mañana.

Nunca transites las torcidas sendas
Que llevan á la infamia :
Vive como las nieves impolutas
De las altas montañas.

Mira los temblorosos horizontes
De la callada pampa
Que invitan á los altos pensamientos
Y á las supremas ansias.

Elévate en un rayo de la luna
Y á lo infinito viaja
Y á Dios podrás decirle que sí fuiste
Su hechura y semejanza ».

Aquí se detiene para dirigir una mirada á la mansión del hombre: por doquier halla penas, dolores, infortunios, miserias, abismos, luctuosidades que lo hundan en profunda melancolía, hasta hacerle creer que no es ésta la mansión de los vivos, y que él mismo no es sino un muerto que misteriosamente piensa, medita y habla. Fenómeno psíquico, resultado de esa lucha ince-

sante que se libra en los antros del alma y que produce á veces el abatimiento, la desesperación y la locura. Pero en aquel estado terrible, súbito contempla una ráfaga de luz, siente las caricias de la madre naturaleza, y exclama, como saliendo de un ensueño delicioso :

« Oh ! frescas brisas, gemidoras voces
que va esparciendo vagabundo el viento,
arrullos de paloma enamorada,
cantares de turpial y de jilguero ;

de otra edad más dichosa y ya pasada
celestiales, purísimos recuerdos !
si eso lo sientes, corazón, y gozas,
entonces, corazón, aun no estás muerto !

Bellísimas estrofas, que conmueven hondamente con el efecto de esos dos versos finales.

Después, las lágrimas vuelven á rodar por sus mejillas, y sucesivamente le pasan por delante la tumba, el abandono y el olvido en que le dejarán los seres que amó, el caudal de esperanzas que caerán marchitas al hundirse en la fosa, y el mundo de ideales que sentía bullir en su mente; y entre esta procesión de seres enlutados, contempla por fin á la mujer querida, aquélla que prefirió á sus caricias la adoración del oro, y dirigiéndose á ella la apostrofa así :

« Te hablé de amor, de dicha, de embelesos,
del dorado país de la quimera,
de noches de pasión interminables,
pasadas al fulgor de las estrellas ;

de los susurros del bosque umbrío
tan llenos de misterio y de tristeza,
de los blancos jazmines que llenaban
de perfume la estancia predilecta;

y nunca tus pupilas se encendieron
con el rumor de mi palabra férvida,
porque es el oro el centro de las almas
que viven inclinadas á la tierra ».

Por fin, decepcionado de la vida, sin esperanzas para el porvenir, desilusionado del placer, sin fe en el amor, con lágrimas en los ojos y tristezas en el alma, encuentra como único consuelo ir á visitar la casita hermosa donde vió la luz primera, á las caricias de sus hermanas, y entre los besos amorosos de sus padres; pero aun allí le persigue el infortunio, y donde creyó hallar sus antiguas dichas, sólo encuentra ahora « escombros y tristezas y ruina más inmensa que su ruina »:

Pobre, desconsolado y peregrino,
herido por las zarzas de la vida,
me encaminé al hogar de mis mayores
como quien busca, náufrago, una orilla.

Empecé á desandar la dura senda
presa de la fatal melancolía
con que se escuda el alma cuando nada
la conforta, la alienta, ni la alivia;

Sin abrigo y sin pan y solitario,
autómata infeliz, siempre seguía:

me empujaba el destino á que volviera
otra vez á mi punto de partida.

Cuando al lugar llegué donde anidaron
todos los regocijos y las dichas,
no encontré sino escombros y tristezas
y ruina más inmensa que mi ruina».

Sus demás poesías son regularmente tiernas y
hermosas.

No son aves multicolores que cantan en los
verjeles las alboradas del estío; sino negras ma-
riposas que aletean como en torno al ropón de
un ataúd: todas ellas están llenas de una me-
lancolía indefinible que revela un alma aguijoneada
por el dolor.

Entre sus papeles privados dejó también algu-
nas prosas, notables por el saber local y la
corrección del lenguaje.

Su estilo tiene mucha semejanza con el de
Juan de Dios Restrepo. Acostumbrado á leer clás-
sicos, tenía un caudal de frases bellas y de ex-
presiones castizas con que tejía sus artículos pri-
mosamente.

No se puede empezar á leer una prosa suya
sin acabarla. Su estilo es miel que gusta y pega.

Epifanio murió trágicamente el 29 de diciem-
bre 1896. En el silencio de la noche, manos
alevosas dispararon sobre él y le arrebataron la vida.
Murió en la flor de la juventud.

Su paso por el mundo fue como el de los
bóldos: envueltos en reverberaciones de luz, apa-
recen un instante y se alejan para no volver.

La vida tuvo para él sombras; la humanidad

miserias; la tierra espinas. Por eso vivió triste, abrumado por nostalgias que le herían el corazón.

Su memoria es para mí inolvidable; y aunque escribo estas líneas muy lejos de su tumba, en el pensamiento vuelo allá, y deshojo sobre ella las rosas blancas de mi cariño como tributo del corazón.

Doctor Santiago Briceño

I

Si el talento es una irradiación que deslumbra y una excelsitud que atrae; si el saber es un embellecimiento de la vida y una acreencia á la pública estimación, y si una labor fecunda y noble en el campo social es un título al afecto del presente y á la veneración del porvenir, el Doctor Santiago Briceño dejó legítimamente asegurado ese triple blasón.

Vino al mundo con el rayo del talento sobre la sien; bebió en las aulas y en los libros raudales de ciencia y de erudición, y cruzó el camino de la vida regando verdades y sembrando bienes, en la múltiple obra de su incesante actividad.

Llegó á una época de la existencia en que, por razón natural, el descanso se impone; pero en vano quiso sustraerle á la Patria, ni aun en sus últimos días, el concurso de su acción: profesaba la máxima del sabio griego: «la muerte no debe encontrarnos reposando en mullido almohadón, sino de pies en la éra, regando el suelo con el sudor de nuestra faz».

Nació el Doctor Briceño durante la primera década de la República, en la hermosa Sultana de la Sierra, en ese suelo privilegiado donde la cultura es un atavismo de raza, donde el corazón se modela para los instintos nobles, y la inteligencia se predispone para las concepciones felices.

Niño aún, ingresó en los claustros universitarios, y allí, con lucidez y aprovechamiento singulares, fue conquistando uno á uno los triunfos del saber. A los diez y ocho años, mereció ser catedrático de Sintaxis Latina, y sustituir accidentalmente en diferentes ocasiones, á los Profesores de Filosofía Intelectual.

«El Centinela de la Sierra» y otros periódicos importantes, tuvieron entre sus colaboradores á ese niño precoz, que, todavía en la edad de las ilusiones de oro y de los sueños de violeta, ya concebía con la madurez de un sabio, y expresaba con la elegante corrección de los veteranos de la pluma.

Terminados sus estudios académicos, hizo su pasantía en el Táchira: fue á Mérida en 1872, á recibir la investidura de Doctor en Ciencias Políticas, y luego retornó á aquella tierra que lo había recibido con las mayores demostraciones de afecto y á la cual él correspondió fijando allí su residencia definitiva, y uniendo su suerte á la de una distinguida señorita de Táriba, hija de un Prócer de nuestra Independencia, y merecedora por sus bellas prendas morales del alto honor á que la llamaba su destino.

III

Una existencia tranquila y apacible es un placer.

Estar alejado de la contienda pública, que gasta á la mente su vigor, y su reposo, al alma, es hacer de la tierra un edén.

Vivir como Cicerón en Tusculano, dedicados á las fruiciones del hogar, á la contemplación de la naturaleza y á las especulaciones de la Filosofía; ó como Petrarca en Vaucluse, idealizados en los cielos sublimes del arte, lleno el pecho de ternuras inefables, y cantando en divinos versos la epopeya del amor y los sueños de la fantasía; ó como Kant en su retiro de Kónisberg, en medio de una familia adorada, reivindicando los fueros de la razón y del derecho en las batallas incruentas del raciocinio, sin oír el bramido de la tormenta social, ni sentir los dardos de las pasiones populares que siempre van á herir los pechos más nobles y las frentes más altas.... ah! es conquistar la más dulce de las satisfacciones de la tierra.

Pero el hombre no está solo en el escenario de la vida. El no puede encerrarse como los gasterópodos en una concha pétreá para vivir aislado de sus congéneres. El egoísmo es el rompimiento de la ley humana. Cada hombre se debe á los demás, y sustraerles el concurso de la actividad, es faltar al cumplimiento del deber. La vida social es un canje mutuo de beneficios, y la mayor gloria corresponde al que sirve más. Por eso, el aislamiento es una deserción punible, sólo permitido en los días decadentes de la decrepitud, cuando ya la sangre se

enfria en las venas y el pensamiento se apaga en el cerebro.

“El más digno destino de la vida, es dedicarla al bien de todos”, escribió Séneca.

“El más bello homenaje tributado á Dios, es ser útil á la sociedad”, dijo Sócrates.

El Dr. Briceño, inspirado en esas ideas de la verdadera filosofía social, no podía encastillarse dentro de los muros de su hogar para tributarse un culto egoítrico y construirse allí su propio bien: por eso entró de lleno en el estadio de la lucha, y puso su contingente de ciencia y de energía á la solución del múltiple problema social.

Allí, adquirió triunfos que son envidiables y se conquistó un nombre que merece admiración.

Desde entonces empezó á distinguirse por sus altas dotes políticas, que constituían uno de sus principales méritos como hombre público.

Poseía una clara visión de los sucesos. Acostumbrado á estudiar los hombres que asomaban al escenario político, su carácter, sus virtudes, su temperamento, pocas veces equivocó el papel que les estaba llamado desempeñar.

Era incansable en debatir el problema político. Lo consideraba desde todos los puntos de vista, planteaba las bases, preveía con sana lógica las contingencias posibles, y deducía el curso de los sucesos con exactitud matemática.

De aquí, sus éxitos sucesivos en esa difícil carrera en que tantas energías sucumben y tantos talentos se eclipsan.

En 1876, ya apareció presidiendo la Legislatura del Estado Táchira; en 1877, fue primer Vicepresidente del Congreso Nacional; y durante el período de

la Reivindicación, acompañó al Gral. Rosendo Medina como Secretario General de Gobierno de aquel Estado.

En ese puésto, su labor fue fecunda en resultados benéficos. Implantó ramos importantes de la administración, como la Estadística; creó la Escuela para presos en la Cárcel Pública de San Cristóbal; hizo celebrar el 5 DE JULIO con actos no sólo reveladores de acendrado patriotismo, sino del adelanto alcanzado por un pueblo que veía con deslumbramiento de gloria las maravillas del saber y los triunfos de la Civilización. Un concurso literario en prosa y verso sobre diferentes temas; otro de artes y oficios, y una exhibición de toda clase de trabajos de dibujo, de aguja y de pasamanería, presentados por las niñas de las diversas Escuelas y Colegios, fueron los puntos sobresalientes de esas pomposas solemnidades en que se dieron cita el talento y las gracias, la madurez del sabio y la fogosidad del joven, la belleza de la mujer y la sonrisa del niño.

Terminóse la simpática fiesta con un decreto del Gobierno del Estado, convocando para una Exposición regional, de todos los productos del arte y la industria, de todas las riquezas de nuestros parques y canteras, de toda clase de trabajos científicos y literarios. Si las contingencias y azares de nuestra vida pública no hubiesen impedido dicha exposición, habría correspondido al Táchira la gloria de iniciar en Venezuela esa clase de festejos, que no sólo sirven para revelar las riquezas públicas, sino que estimulan el progreso y estrechan las relaciones comerciales entre las diferentes regiones de un país.

En 1880 volvió á aparecer como Secretario General de Gobierno, y luego como Primer Designado á

la Presidencia del Estado Táchira, cargo que desempeñó durante algunos meses, por ausencia del Principal, Gral. Medina.

En 1881 presidió en su segundo período, la Constituyente de Los Andes, reunida en Timotes, Asamblea majestuosa á la cual concurrieron ciudadanos distinguidos, patriotas espectables, sabios ilustres, animados todos del gran pensamiento de unir aquellos hermosísimos pueblos de la Cordillera, destinados á ser un día emporios de riqueza y centros de cultura y de saber.

IV

Durante este tiempo había laborado también en el campo de la instrucción pública.

La difusión de la luz es uno de los mayores bienes que pueden hacerse al pueblo.

La ignorancia es la noche del alma, y en esa noche, el error impera, la superstición extravía y el infortunio mata.

Sin libertad, la vida es una atrofia moral; y el hombre ignorante es un esclavo.

El mayor de los beneficios humanos es el conocimiento del deber, y éste no se adquiere sino en la palabra y en el libro.

A todo hombre ilustrado incumbe propagar la luz; su misión es como la de los soles en el cielo, llevar claridades al fondo de las tinieblas.

El Dr. Briceño, enamorado siempre de toda idea bella, desde muy joven se exhibió ya como apóstol de la instrucción.

En Táriba fundó, con el ingeniero Don José Miguel Crespo, el Colegio TÁCHIRA, que tan hermosos

frutos dió y hubiera continuado dando, si la catástrofe del 18 de mayo de 1875, no lo hubiera hecho desaparecer.

Después, jamás escatimó servicios á tan noble causa. En diferentes ocasiones figuró en las Juntas de Instrucción, ya del Estado ó del Distrito Cárdenas, y de modos diversos tendió mano protectora á los institutos de enseñanza.

Correspondió también al Dr. Briceño, la justa satisfacción de haber sido uno de los primeros andinos que se dieron cuenta de las altas dotes militares y políticas de un hombre que hoy está en las cumbres de la humana gloria: el Gral. Cipriano Castro. El vió que en ese cerebro joven ardía una llama poderosa, y que en ese corazón se encerraba una energía capaz de impulsar á las mayores alturas, y por eso lo rodeó, y por eso fue uno de los creadores del partido Castrista del Táchira, en 1890.

Cuando el Gral. Andrade surgió al poder, lo llamó á su lado, lo nombró Plenipotenciario de Venezuela para tratar con el de Colombia la cuestión del Laudo Arbitral sobre límites entre ambos países, cometido que desempeñó á satisfacción del Gobierno.

En el brillante período de la Restauración, su personalidad se exhibió en alturas envidiables. Presidió, en el primer lapso de sus sesiones, la Constituyente Nacional de 1901; y después, los Congresos de 1902, 1903 y 1904.

Su presencia en las Cámaras era siempre augurio de algo bueno. Jamás dejó de llevar á ellas un gran concurso de ideas útiles: ya un decreto de honores á la Patria; ya una ley redentora de la agricultura, la industria ó el comercio; ora, un acuerdo para exaltar la memoria de algún servidor ilustre;

ora, la apertura de un nuevo puerto, ó la creación de un instituto docente; pero siempre su labor quedó marcada con el sello de un avance en el derecho, de un progreso en la ley, de una mejora en la administración.

v

El Dr. Briceño era uno de los abogados más distinguidos en el País. Profundo en la Filosofía del Derecho, conocía la ley por su razón íntima, por su causa remota y suprema.

En la práctica del foro, tenía el dón del dictamen. Estudiaba una cuestión jurídica por todas sus fases, y elegía siempre la acción intentable con una seguridad completa. Sus triunfos allí, fueron la base de su reputación y la confianza de su numerosa clientela.

En política profesó ideas liberales moderadas. Llevaba en las manos la bandera del derecho y de las libertades ciudadanas; pero no quiso ser de aquellos atrevidos sondeadores de la vida, que, por buscar un rayo de luz salvadora en las tinieblas de lo incógnito, muchas veces subvirtieron hasta en sus cimientos el edificio social.

Sus creencias católicas eran definidas; y no sólo por exquisitez de sentimiento y por admiración hacia la moral evangélica, sino porque sabía que fuera de las sociedades cristianas sólo imperan las tinieblas del error, las supersticiones de la conciencia y los ídolos de la esclavitud; y porque estaba convencido de que no hay dogma bello, ni verdad luminosa, ni idea sublime, ni promesa trascendental, sino el dogma, las verdades, los vaticinios y las ideas predicadas en la montaña de Judea, contenidas en ese documento

eterno que es el verbo de la divinidad, el Evangelio, y selladas con la sangre de un Dios, entre el asombro del mundo y la conmoción de la naturaleza, en la memorable colina de la Redención.

VI

El Dr. Briceño tenía su residencia en Táriba, donde supo formar una familia numerosa y donde vivió colmado de atenciones y de general estimación.

Fue fundador del Colegio de Abogados del Táchira, y su primer Presidente.

Actualmente ejercía la Presidencia Provisional del Estado Mérida, en las cercanías de cuya ciudad se rindió á la muerte el 3 de julio de 1904, lleno aún de vigor intelectual y acariciado por hermosas esperanzas.

La Cordillera vistió de luto y cubrió de flores la tumba de su ilustre hijo.

Sus amigos y apreciadores lamentámos su muerte y tributámos el homenaje de nuestra admiración á su preclara memoria.

Fue un cerebro luminoso y una actividad incansable.

Mons. Dr. J. M. Jáuregui Moreno

El vapor último ha traído una noticia verdaderamente infausta, que arranca á mi pecho un gemido de dolor:

¡Mons. Dr. J. M. Jáuregui Moreno ha muerto!

El sacerdote meritísimo, que, como los astros en el cielo, cruzó por los desiertos de la vida dejando á su paso estelas de luz; el sabio ilustre, que arre-

bató sus leyes á la Naturaleza, y sus secretos, á la arcanosa esfinge de lo incógnito; el orador masilloniano, que, desde la cátedra sagrada, sabía mantener su auditorio fijo con los hilos de oro de su inimitable verbo; el maestro querido, que formó con la palabra y con el ejemplo una generación de hombres útiles á la Iglesia y á la sociedad; el apóstol del divino credo, que pasó la existencia entre las idealidades sublimes de una mística exaltación y la práctica fervorosa y santa de la caridad más pura; el padre de los huérfanos y desvalidos, el protector de las familias y de los pueblos, el amigo siempre generoso y noble. . . . ¡ya no existe!

El carro de la muerte lo ha arrebatado en la Ciudad de las siete colinas; se ha ausentado de este erial de amarguras para ir á batir sus alas de ángel frente al trono del Supremo Dios.

La muerte de este sacerdote eximio es un acontecimiento luctuoso que ha encontrado resonancia en todas partes. La Patria está de duelo; los pueblos de la Cordillera visten de fúnebres crespones, y nuestras mismas enhiestas montañas habrán velado sus mantos de verdura en señal de luto por el ilustre muerto.

Nació Mons. Jáuregui en Niquitao, Estado Trujillo, el 27 de agosto de 1848.

Primer renuevo de un hogar hermoso y joven, fue saludado á su advenimiento con sonrisas de placer y besos de felicidad.

Su amorosa y tierna madre supo modelarle el corazón para las grandezas de la vida, y saturarlo

con el aroma de virtudes que jamás pudo marchitar el hálito emponzoñado de la existencia.

Al lado de un sacerdote meritorio, hizo sus primeros estudios, y luego se trasladó á Mérida para crecer en edad, en ciencia y en méritos, á la sombra paternal del Illmo. señor Boset, obispo cuyos moldes rompió el Omnipotente el día que lo formó, como dijo de él, con belleza inimitable, nuestro gran Acosta.

Ordenado de sacerdote, sirvió el Curato de Milla, y luego el de Mucuchíes, donde el joven levita empezó á desplegar sus grandes facultades como benefactor social en el inmenso radio de su vigorosa acción. Allí echó los cimientos de dos pueblos; edificó dos iglesias; abrió un gran camino, de diez y siete leguas de extensión, sobre el Lago de Maracaibo; fundó escuelas y fomentó en todos sentidos la educación de la niñez; y allí dió poderoso vuelo á la inteligencia, espaciándose en los dilatados campos de las Ciencias Físicas y Naturales, á la vez que saturando su espíritu con la doctrina de los Santos Padres y cultivando su mente con el estudio de la Teología trascendental, la Historia y la Literatura.

A esas múltiples labores estaba consagrado, cuando los pueblos le constituyeron su mandatario político para que fuese á representarlos en las asambleas de la Nación; y la Legislatura de Mérida lo vió sentado en sus Curules, abogando por los fueros de su Distrito; y el Congreso de la República oyó más luego su elocuente palabra, que ora vertía de sus labios amenazante y terrible como un haz de espadas de fuego lanzadas sobre las enhiestas frentes de los despotismos y las oclocracias, ora luminosa y persuasiva para proclamar los triunfos del derecho y la

justicia, y para volver por los grandes intereses de la comunidad, á los cuales siempre consagró un rayo de su mente, una fibra de su corazón, y la mejor parte de su infatigable actividad.

En 1883 fue nombrado Cura y Vicario de La Grita. De ese día en adelante su gloria crece, y la Fama lleva su nombre á todas partes.

Allí fundó el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, su gran obra, instituto que llegó á tener una organización europea, que fue uno de los principales centros educacionistas del País, y que dió una falange de sacerdotes para la Iglesia, y otra de hombres notables para las ciencias y las letras; para la prensa, la tribuna, la política y la administración.

Allí también fundó el Colegio de Niñas del Espíritu Santo, de cuya Junta Directiva fue siempre Presidente, y cuyos hermosos y sazonados frutos están en la conciencia de aquellos pueblos.

Pero al lado de ese afán por la instrucción, palpitaban en él los impulsos de la caridad, y el Hospital de La Grita, los Asilos de Huérfanos de varias ciudades y su Institución de las Siervas de la Sacra Familia, revelan los quilates de esa alma seráfica, encendida siempre por los ardorosos anhelos de los Francisco de Asís y Vicente de Paúl.

En 1885 recorrió á Europa, y ese viaje contribuyó á darle más amplios horizontes á su pensamiento, más vuelo á sus ideas, más firmeza—si es posible—á su fe, y más fervor á su inflamada caridad.

A su regreso emprendió la reconstrucción del Templo Matriz de La Grita, y bajo su sabia dirección, aquella obra se levantó hasta exhibirse como uno de los más hermosos y artísticos templos de la Cordillera.

Sucesos nefastos, verificados en 1900, lo obligaron á salir del País. El águila caudal se cernió entonces en horizontes más dilatados y se posó en cumbres más enhiestas.

El nombramiento de predicador que le hizo en Roma la Peregrinación de Obispos y Sacerdotes mexicanos, le prestó ocasión para realizar uno de los grandes anhelos de su vida: visitar la Tierra Santa. Acompañado de numerosos sacerdotes hizo este viaje, con la satisfacción de celebrar misa y predicar en cada uno de los santuarios célebres que rememoran la pasión del Hombre-Dios. A su regreso á Roma, se trasladó á París, y allí fundó su Congregación para atraer y convertir sacerdotes extraviados, la cual empezaba á llenar su noble objeto, cuando el Gobierno expulsó del territorio francés á los Padres que la componían. Trasladado entonces á México, fue nombrado Rector del Seminario, y luego, Provisor y Vicario General de la Diócesis de Mixtecas, puesto que desempeñó hasta febrero de 1904, en que retornó á Roma en servicio de aquella Diócesis.

La Santidad de León XIII lo nombró Protonotario Apostólico, y varias Corporaciones Científicas de Europa lo hicieron Miembro Honorario.

Grandes empresas maduraba en la mente, y estaba contraído á la realización de importantísimas labores, cuando, las consecuencias nefastas de una operación quirúrgica, lo llevaron al último instante de la vida, y espiró. A las tres de la mañana del 6 de mayo último, lanzó la postrer mirada al cielo, y en ella envió el alma á Dios.

A su rededor, varios sacerdotes católicos entonaban los himnos cristianos, y las dulces Hermanas de

la Caridad, que habían agotado los recursos de la tierra, pedían para él, con lágrimas en los ojos, la corona de los justos en el cielo.

Mons. Jáuregui era un escritor de fácil vena, y cuyas formas literarias, galanas y bellas, tienen la delicadeza y la perfección de los relieves griegos. En sus escritos campea una imaginación rica y pomposa, al lado de un talento exquisito y regalado. La SULTANA DEL ZULIA es un modelo de descripción y una joya de estilo; su TRATADO DE URBANIDAD PARA LOS SEMINARIOS, adoptado como texto por el Arzobispo de Santo Domingo, es un trabajo de mérito, lleno de erudición y buen sentido, y la BIOGRAFÍA DEL ILLMO. SR. ZERPA, de la cual sólo se publicaron algunos capítulos, revela las dotes que lo distinguían como historiador elegante y elocuente, de viveza y animación.

Con todo, no era con la pluma en la mano como él se exhibía en su cenit: su trono era la tribuna; su arma poderosa, la palabra; su dón más sublime, la elocuencia.

No necesitaba trazar siquiera el plan para un sermón; su facundia era inagotable; sus recursos, múltiples; su talento, siempre radioso; y su palabra, siempre fluida, sonora y bella. Erguido en la Cátedra Sagrada, sus ojos eran luz; su frente, majestad; sus brazos y su cuerpo, movimiento y vida; y su voz, un raudal de períodos que parecían música, de pensamientos que herían la mente, de erudición que causaba maravilla, y sobre todo, de ese *quid divinum* que va al fondo del alma, la sorprende, la cautiva

y la deja atada, con hebras de diamantes, de la boca del orador.

Mons. Jáuregui estaba aún en el vigor de la existencia. Ha bajado al Ocaso, cuando todavía hubiera irradiado mucha luz sobre el horizonte de la vida. Deja tras sí una estela de admiración y una inmensa familia intelectual, que siempre tendrá en la mente, para rendirle culto de cariño, el nombre del Maestro.

Por hoy duerme en la Ciudad Eterna; pero mañana vendrán sus cenizas á los pueblos donde se mecía su cuna; donde ejerció su apostolado; donde bendicen su memoria miles de almas bellas y donde murmuran su nombre hasta las auras de los campos y los torrentes de los valles y lo escriben en primorosos dibujos hasta las flores de los verjeles y las nieves de las montañas.

Hoy, que ha terminado para él la lucha de la vida, la Gloria le ha abierto las puertas de la inmortalidad.

Su memoria vivirá en los siglos, como ya vive en los corazones buenos, regada con las lágrimas de la amistad más pura.

Eleázar Silva

El poeta es uno como iris en los cielos de la vida.

Su alma es la concentración de todos los rayos de la luz, de todas las facetas de la idea, de todas las manifestaciones del sentimiento.

En su lira hay notas para disipar todas las brumas y para sonreír á todas las esperanzas. Ella tiene consuelos para el dolor, caricias para el placer, ternuras para la amistad, anatemas para el crimen, reprobaciones para todas las lobregueces de la con-

ciencia y de la historia, y cánticos soberbios para saludar todas las promesas redentoras del mañana.

Como en el iris brillan todos los colores de la luz, en el alma del poeta se condensan todas las múltiples manifestaciones de la actividad.

Pero el arte verdadero es un atributo del sér; no un resultado de la diaria labor.

El artista de genio nace con marcada tendencia, como el árbol, para producir ciertos frutos, ó las flores, para ostentar determinado color.

Por eso, desde los días plácidos de la infancia, el verdadero poeta exhibe las revelaciones de su excelso dón.

Hesíodo, de tal modo cautiva cuando pequeñuelo con los encantos del divino idioma, que los Beocios lo suponen alimentado con la leche de las musas y llevando los labios almibarados con la miel de las abejas de Helicón.

Virgilio es apellidado el *poeta niño*, cuando, jugueteando entre los apriscos de los alrededores de Mantua, á la sombra de los robles y los castaños, su alma infantil volaba como una mariposa de flor en flor, y cantaba con divinos acentos, al par de los favonios entre las rosas y de los ruiseñores entre el follaje de los almendros en flor.

Byron, en los bancos de la escuela, causa la admiración de sus maestros con aquellos raudales de inspirada poesía que vierte de sus inagotables labios.

Y Víctor Hugo, la apoteosis del arte en las excel-situdes del talento, cuando apenas tenía nueve años, escribía admirables versos en lengua castellana en el colegio de Nobles de Madrid.

Quince años tenía el joven poeta á quien consagro estas líneas.

Era una noche de julio de 1892.

Celebraba el Club de Bucaramanga, con una espléndida velada, el aniversario de la Independencia de Colombia: de pronto el poeta infantil escala la tribuna, y con verbo cadencioso y musical, y entre las frenéticas aclamaciones de la multitud, recita admirablemente los primeros versos con que se exhibió en público.

Un aplauso general saludó al novel bardo.

Lluvias de rosas, lanzadas por las damas, le cayeron á los pies.

Numerosos caballeros fueron á recibirle al pedestal de la tribuna.

Y en tanto él, ruborizado quizás de su audacia, presenciaba cómo todo un pueblo culto le hacía la consagración de poeta en medio de las mayores efusiones de la espontaneidad.

—

Eleázar Silva nació en el Táchira en 1877.

Estudió los fundamentos literarios en el colegio de Bucaramanga, donde oyó las clases de Retórica y Métrica que allí daba para entonces Ismael Enrique Arciniegas.

Retornado al Táchira, llevó por algún tiempo los libros de una casa de comercio, y luego entró á formar filas en la política local.

Fue redactor y colaborador de varios periódicos, y su prosa, robusta y elegante, le atrajo siempre numerosos lectores.

Sus poesías son pocas; pero bien revelan cuánto hubiera llegado á ser con mayor cultivo intelectual y con una vida menos agitada y más larga.

Su musa es siempre varonil, y sus estrofas tienen corte á lo Díaz Mirón.

En los serventesios recitados en el Teatro de San Cristóbal la noche del 28 de octubre de 1897, palpita esa bizarra virilidad que despierta en el organismo las corrientes propulsoras de la más alta conmoción.

Su poesía A VENEZUELA es una de las mejores que dejó. Hay en ella soltura y espontaneidad, y esa fuerza vivificadora del pensamiento que realza las ideas, sostiene la armonía del ritmo y produce ese como aleteo incesante de la inspiración.

Empieza con esta valiente estrofa, que es una profesión de fe:

Soldado humilde ¡oh Patria! tu estandarte,
que la opresión escarnecer no pudo,
sigo, como los huérfanos del arte,
mi sangre y mis esfuerzos á ofrendarte
bajo el radioso palio de tu escudo.

Y son bellos también, este apóstrofe á la juventud, y ese llamamiento hecho á la raza latina, con que acaba la composición:

Juventud de las cumbres empinadas
que, al compás de las dianas triunfadoras,
trajiste vencedoras tus mesnadas
desde las negras noches enlutadas
hasta el triunfo de luz de tus auroras.

Sonríe al porvenir que te saluda!
Hinche otra vez tu generoso pecho
y á la nación que desespera y duda.

presta de nuevo tu potente ayuda
y marcha á las conquistas del derecho.

El ideal resurgirá glorioso
en este siglo que triunfante asoma ;
las faltas del pasado bochornoso
con el siglo se irán, siglo coloso
que en el tiempo insondable se desploma.

Radiará la conciencia del civismo
en el alma de cada ciudadano,
y salvada la patria del abismo,
será un sol de justicia y patriotismo
el esplendente sol americano.

Despierta del letargo, alma latina !
puésto de honor en el humano drama
conquistas ya : sé estrella matutina
que al cenit de la gloria se encamina,
y vé adelante : el porvenir te llama.

Yérguete en la batalla gigantea,
dominadora antigua y sin segundo,
y que otra vez la humanidad te vea
rigiendo por la espada y por la idea
los destinos magníficos del mundo.

Su poesía *LOCA* es muestra brillante de sus dotes como poeta descriptivo. Leyéndola, antójasele á uno escrita por la misma pluma que tan gallardamente describió los amores de Juan y Rosa, en el lindísimo poema *La Pesca*.

Sus sonetos *EL FERROCARRIL* y *EL IDEAL* son bastante bellos. El primero es una descripción tan

gráfica que, al leerlo, cree uno sentir de cerca el monstruo de la locomotora, con su monótono rodar, sus bramidos estrepitosos y lanzando al aire su denso penacho de humo.

Silva murió en Cumaná en 1903.

Luchador por la causa de la patria, concurrió á los campos de batalla cada vez que su deber se lo impuso, y en ellos supo afrontar los peligros con serenidad estoica y vencer como los inspirados de Marte. En uno de los combates librados en la última revuelta del país, cayó al pie de su bandera, atravesado el pecho por una bala.

Esa muerte la había presentado. Su poesía **SOBRE TU SANGRE**, es un recuento doloroso del fin que él había soñado:

“Y quedaste en el campo de batalla
junto al derruido muro, como un héroe
que sin lanzar un ay! rinde la vida”.

Esos versos son el postrer canto del cisne.

Como Acuña, cantó sus amores con la muerte, y como él, se rindió en la mañana de la vida.

Era una esperanza que se dobló en flor.

El arte en el Táchira

I

PINTORES Y ESCULTORES

*

EL arte es la satisfacción de un reclamo del espíritu. En los pueblos rudimentarios, como en las sociedades cultas, él ha sido siempre el lenguaje del sentimiento. Especie de necesidad moral, que se traduce en la aspiración constante hacia lo bello, él ha hablado siempre á la mente y al corazón. Desde la choza del troglodita y el tamboril del salvaje, hasta los palacios del Sena, ó las sinfonías de Beethoven ó los frescos del Vaticano, él habrá evolucionado maravillosamente, pero siempre ha existido.

Las tribus americanas, como todos los pueblos primitivos, debieron tener, y en efecto tuvieron, sonidos rítmicos y formas plásticas para expresar las emociones íntimas; pero las más antiguas huellas

del arte entre nosotros, fueron dejadas allí por el paso de los conquistadores.

*

Entre los Franciscanos que en 1576 llevó á La Grita el Capitán Francisco de Cázares, se distinguía como pintor y escultor, el Padre Orellana.

Admirador del Ghiotto, seguía sus inspiraciones artísticas; y á vuelta de poco tiempo, había cubierto las paredes del convento, de lienzos en los cuales se ostentaban los Santos más distinguidos de su Orden y las más sobresalientes figuras bíblicas. Sus discípulos avanzaron cada vez más en el divino arte, á punto que aquel monasterio llegó á convertirse en un taller, á la vez que santuario de oración.

*

En 1610, á causa del terremoto que destruyó la ciudad, los frailes hubieron de trasladarse á un campo llamado Tadea. Iba entre ellos un escultor que se distinguía más por su piedad que por sus vuelos artísticos: llamábase Fray Francisco. Aterrorizado con aquel movimiento seísmico que en pocos instantes redujo á polvo la población naciente, ofreció al cielo, dice la tradición, hacer una imagen del Crucificado, para rendirle culto especial y consagrarle la nueva ciudad.

Desde luego puso manos á la obra, trazó en un gran tronco de cedro la divina imagen, tomó el hacha y la azuela, y empezó á trabajar. Pronto se exhibió una figura humana, pero que no tenía los

lineamentos característicos del Cristo moribundo. Pasaban días y días, y Fray Francisco no podía interpretar aquella expresión sublime. Una tarde, después de suspender los trabajos, se puso en oración : un éxtasis profundo lo embargó, y cuando volvió en sí, ya en altas horas de la noche, oyó que en la pieza de su trabajo golpeaban los formones, y el raedor pasaba por las fibras de la madera. Acercóse allá, y algo como una figura humana envuelta en una ráfaga de luz, salió al través de la puerta, encandilándole los ojos. Contólo á sus hermanos, y á los primeros albores del día, después de hecha la oración matinal, dirigieron todos al lugar donde estaba la imagen, y la encontraron terminada. Fray Francisco lloró entonces de placer: en aquella faz divina estaban los rasgos que él había concebido y que en vano le fue posible expresar. Esa imagen es el Santo Cristo de La Grita, cuyos portentosos milagros llenarían volúmenes si se fuesen á narrar, y cuya hechura se atribuye en parte á un ángel.

Los numerosos retoques que ha sufrido en más de dos siglos, le han desfigurado su primitiva majestad; pero, á pesar de todo, es una imagen que aún deja en el espíritu las más hondas emociones por la severidad de los lineamientos, la dulzura de la expresión y la verdad del conjunto: no se puede contemplar hito á hito sin sentirse uno impulsado á bajar la vista en señal de veneración.

Cuando las contingencias del país obligaron á los padres Franciscanos á abandonar su monasterio, dejaron en él numerosos lienzos, originales algunos, y los más, copias de los grandes cuadros de la escuela española.

En las paredes del Presbiterio del antiguo Templo

Matriz, aun se veían há pocos años, algunos lienzos notables: entre ellos sobresalían, la Virgen de Chiquinquirá; una copia del cuadro de Murillo que representa el abrazo de Jesús Crucificado á San Francisco de Asís; y otra, de la Cena, de Leonardo da Vinci. Estos cuadros han desaparecido.

*

A principios del siglo XIX, señalase en La Grita una familia que parece había sido dotada con el privilegio de las artes pictóricas: de ella salieron multitud de pintores y escultores, á quienes se debió la mayor parte de las obras que se exhibían en los pueblos de la Cordillera y el Sureste de Colombia: la familia Escalante.

Don Francisco Escalante dejó muchas esculturas, más ó menos meritorias, y algunos lienzos y retablos de significación: vivió en la primera mitad del siglo.

Hijo suyo fue Miguel Escalante, nacido en 1839, y cuya escuela fue principalmente el poder de su talento. Era uno de aquellos hombres singulares que vienen á la vida con una aptitud especial para sobresalir en todas las facetas de la actividad humana. La pintura, la escultura, la arquitectura, la música, diversas artes . . . todo fue patrimonio suyo, y en todo se distinguía. En 1864 abandonó á Michelena, donde había fijado su residencia, y se fue para Bogotá. Un acaudalado de la ciudad lo llamó á su casa para que le pintara las galerías del claustro principal. Este trabajo fue largo, y durante su ejecución, habiendo observado el pintor

los amores clandestinos que la esposa de aquel sujeto tenía con un dependiente de la casa, concibió la maligna idea de revelárselos en uno de los cuadros decorativos, bajo una serie de episodios llenos de verdad y de expresión. Amaba aquel hombre profundamente á su esposa, á quien creía un modelo de fidelidad, y cuando, al recibir la obra terminada, vió la audaz revelación del pintor, lleno de ira, se lanzó sobre él y le atravesó el pecho con el puñal. Así terminó sus días aquel joven que hubiera sido un portento en las altas esferas del arte.

*

Hace pocos años murió uno de los mejores escultores que ha tenido el Táchira: Atanasio Cárdenas.

Nació en San José de Bolívar, Municipio de La Grita, y muy joven fue discípulo del reputado maestro Rafael Pino.

Sus esculturas son apreciables, no por los rasgos característicos de un genio audaz y creador, sino por la sencillez en la concepción, la delicadeza en los detalles y el dón singularísimo para expresar el sentimiento.

En 1883 concurrió á la Exposición Nacional verificada con motivo del Centenario del Libertador, con una estatua ecuestre del General Guzmán Blanco, la cual mereció una medalla de oro.

Entre sus esculturas más notables están: un Santo Cristo en La Grita; otro, en Sucre; y un San Juan, en alguno de los pueblos del norte del Táchira.

II

MÚSICOS

*

Nada se sabe de los progresos de la música clásica en épocas pasadas entre nosotros. Nuestras crónicas no recuerdan el nombre de ningún artista que sobresaliese verdaderamente en el arte de Euterpe. Algunos maestros granadinos enseñaron la música en nuestros pueblos, á mediados del siglo anterior, y aun hay ancianos que los recuerdan con verdadera admiración: entre esos pueden nombrarse los maestros Secundino Jácome y Julio Quevedo. El primero era principalmente compositor, y se distinguía en el género sagrado; el segundo era un violinista excelso, que ejecutaba no sólo con portentosa soltura, sino que sabía comunicar á su instrumento toda la flexibilidad y delicadeza, toda la vida y animación que hacen de la música el más expresivo de los lenguajes. Dejó muchas composiciones ligeras, que se oyen siempre con placer.

*

Hace poco se veía en las calles de San Cristóbal, flaco y macilento, cargado de años y de penas, apoyado en su bastón, pero todavía animado en su palabra y con toda la nerviosidad que caracteriza á los artistas, el más notable de nuestros músicos, y quien en un día de entusiasmo, fue pro-

clamado en Cúcuta, el Paganini del Táchira: Don Eloy Galavís.

Su violín era, en verdad, un primor. Ejecutaba con una limpieza exquisita, y sabía comunicar á la frase rítmica, todo el entusiasmo que llega hasta herir las fibras íntimas del alma. Fue entusiasta admirador de Paganini, de cuyo famoso Carnaval de Venecia tocaba hasta cuarenta variaciones.

Como compositor no se ejercitó sino en piezas ligeras, y entre ellas, sobresalen sus valeses, en los cuales concentró todo el fuego, toda la melodía, todos los ritmos y los acentos todos de su alma, eminentemente artística.

En sus últimos días, el violín había callado; pero él vivía de sus *guirnaldas*, colecciones de doce piezas originales que vendía para todas partes; y muchas de las cuales fueron enviadas á Europa.

*

Otro maestro bastante distinguido fue Abel Bri-ceño. Desde muy joven tocaba diferentes instrumentos con una maestría que causaba admiración. Organizó y enseñó una Banda que tuvo fama en todo el Occidente del País. Con ella partió un día para la capital de la República, donde conquistó merecidos aplausos. Entre sus discípulos más nombrados están Pedro Damián Vivas, que, al través de su cornetín de plata, jugaba con la armonía; Francisco Velasco, ingenio múltiple para cuyas manos ningún instrumento fue extraño, y que desgraciadamente murió, como el anterior, en los días bulliciosos y rosados de la vida; Alejandro Fernán-

dez, actual Director de la Banda del Estado, cuyas composiciones lírico-marciales le han atraído admiración, y cuyo primoroso bajo es uno como pedestal en que él se yergue para recibir los besos del aura popular; y Jesús Velasco Bustamante, que, sin llegar á la mitad del camino de la vida, ha conquistado ya reputación como inteligente educacionista, ha escrito textos elementales para la instrucción de la niñez, ha pasado por las altas esferas oficiales dejando hondas huellas de sus prácticas cívicas y de sus respetos á los principios republicanos, y cuyas piezas AIRES TACHIRENSES, BRISAS DE LAS PAMPAS y MARCHA Á LA LIBERTAD, se ejecutan entre las más frenéticas manifestaciones del entusiasmo, desde la Plaza Bolívar, en Caracas, por la primera banda de la República, hasta las campestres chozas de nuestras montañas por los requintos y bandolines de los mozos serranuelos cuando, en presencia de sus lindas novias, tratan de hablarles al alma con las cien voces de la armonía.

Hoy el Táchira tiene algunos profesores notables, de quienes no hago referencia, porque me he propuesto no consagrar estas semblanzas sino á individuos ya muertos; y si he hecho una excepción con los dos artistas últimamente nombrados, es porque ellos honran indudablemente á su maestro, que es uno de los los más brillantes astros en el cielo de nuestras incipientes artes.

INDICE

	PÁGINAS
Dedicatoria.....	5
PRIMERA PARTE	
Estudio físico, político, económico, social é industrial del Táchira.....	7
CAPÍTULO PRIMERO	
Orígenes, etnografía, descubrimiento, área, situación astronómica y topografía del Táchira.....	9
CAPÍTULO SEGUNDO	
Límites, división territorial, organización política y da- tos históricos.....	15
CAPÍTULO TERCERO	
Orografía, climatología, hidrografía, bosques, puertos, aguas minerales y termales, saltos y cavernas.....	21

	PÁGINAS
CAPÍTULO CUARTO	
Clasificación científica de los animales más conocidos que se encuentran en el Estado.....	29
CAPÍTULO QUINTO	
Clasificación científica de los vegetales más conocidos que se encuentran en el Estado.....	41
CAPÍTULO SEXTO	
Indicación de los principales minerales existentes en el Estado.....	57
CAPÍTULO SÉPTIMO	
Agricultura, crías, comercio, rentas y gastos del Estado.....	65
CAPÍTULO OCTAVO	
Población, raza, instrucción, cultura, costumbres.....	75
CAPÍTULO NOVENO	
Mejoras que deben introducirse en el Estado.....	87
CAPÍTULO DÉCIMO	
Itinerarios del Estado.....	105
CAPÍTULO UNDÉCIMO	
Descripción del Distrito San Cristóbal.....	109
CAPÍTULO DUODÉCIMO	
Descripción del Distrito Cárdenas.....	115
CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO	
Descripción del Distrito Junín.....	121
CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO	
Descripción del Distrito Castro.....	127

	PÁGINAS
CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO	
Descripción del Distrito Bolívar.....	131
CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO	
Descripción del Distrito Lobatera.....	135
CAPÍTULO DÉCIMOSEPTIMO	
Descripción del Distrito Ayacucho.....	139
CAPÍTULO DÉCIMOCTAVO	
Descripción del Distrito La Grita.....	143
CAPÍTULO DÉCIMONONO	
Descripción del Distrito Uribante.....	157
CAPÍTULO VIGÉSIMO	
Descripción del Distrito Páez.....	161
SEGUNDA PARTE	
Bocetos y semblanzas.....	167
Illmo. Sr. Dr. Agustín Jaime Pastrán, Obispo de Santa Marta	169
D. Gervasio Rubio.....	171
Dr. Antonio Bernabé Noguera.....	174
Pbro. Dr. Lorenzo Santander.....	176
D. Nicolás de Tolentino Guerrero.....	178
Pbro. Dr. José Amando Pérez.....	181
D. José Ignacio Cárdenas.....	185
Pbro. Dr. Santiago Sánchez.....	189
Juan y José de Jesús Entrenas.....	192
Luis Felipe Briceño.....	195
Pbro. Dr. Ignacio Ramón Duque.....	198
Br. José Eloy Contreras.....	201
Carlos Rangel Pacheco.....	203
Gral. José Antonio Baldó.....	206

Alejandro Briceño Briceño.....	212
Mons. Dr. José Concepción Acevedo.....	215
Elías Burguera.....	217
Ingeniero José Miguel Crespo.....	223
Dr. Asisclo Bustamante.....	226
Miguel María Escalante.....	230
Dr. Francisco López Ramírez.....	233
Manuel A. Pulido Pulido.....	236
Dr. Francisco A. Guerrero.....	239
José Gregorio Villafañe.....	243
Dr. José María Salas.....	247
Dr. José Federico Bazó.....	250
Pbro. Dr. José de Jesús Carrero.....	255
Dr. Francisco Baptista.....	257
Dr. Aristides Garbiras.....	262
Epifanio Mora.....	269
Dr. Santiago Briceño.....	279
Mons. Dr. J. M. Jáuregui Moreno.....	287
Eleázar Silva.....	293
El Arte en el Táchira.....	
PINTORES Y ESCULTORES.....	299
MUSICOS.....	304

**THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW**

**RENEWED BOOKS ARE SUBJECT TO IMMEDIATE
RECALL**

LIBRARY, UNIVERSITY OF CALIFORNIA, DAVIS

Book Slip-55m-10,'68(J4048s8)458—A-31/5

Nº 624158

Guerrero, E.C.
El Táchira
físico, político
é ilustrado.

F2331

T2

G8

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
DAVIS

